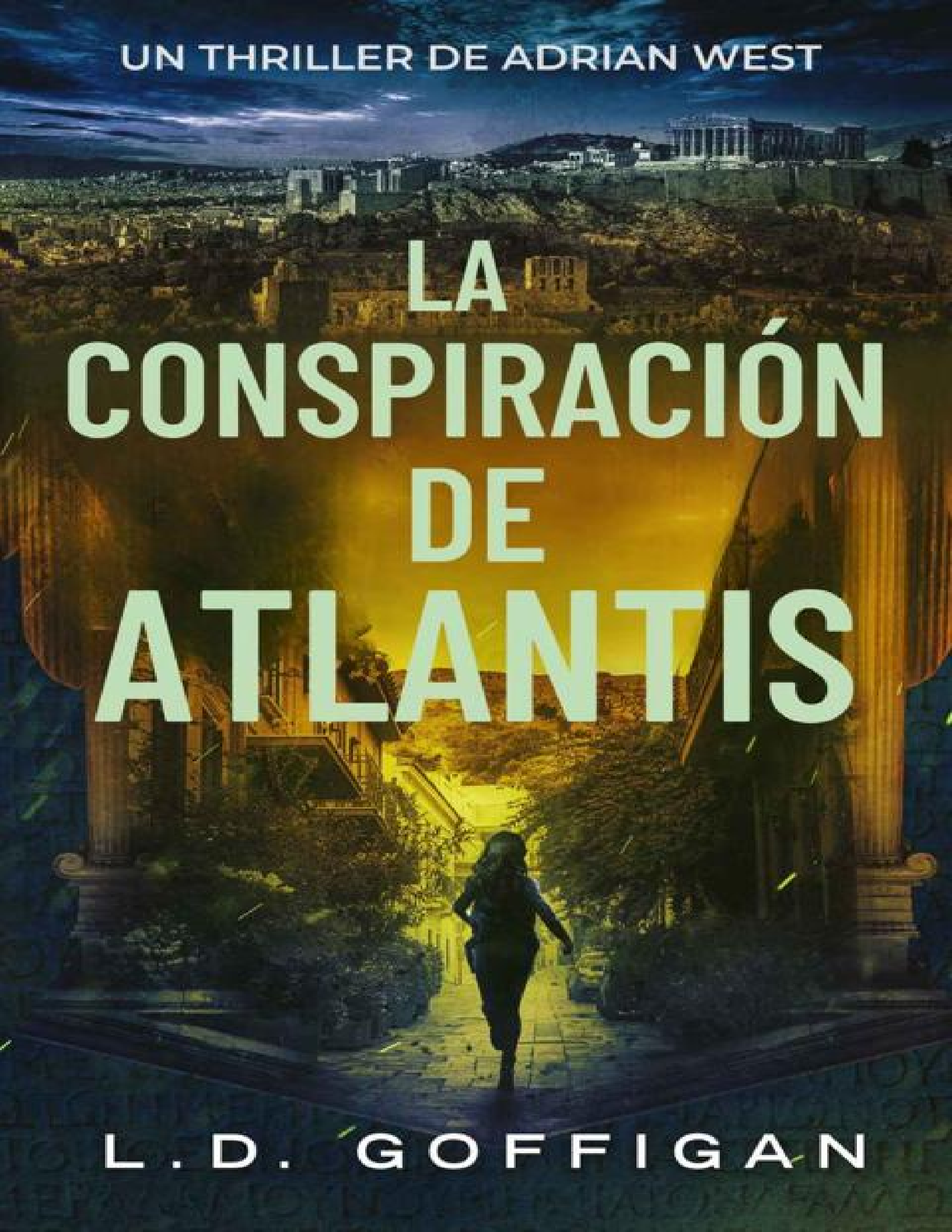
UN THRILLER DE ADRIAN WEST



LA CONSPIRACIÓN DE ATLANTIS

L. D. GOFFIGAN

LA CONSPIRACIÓN DE ATLANTIS

UN THRILLER DE ADRIAN WEST

AVENTURAS DE ADRIAN WEST

LIBRO 3

L.D. GOFFIGAN

ÍNDICE

Prólogo

Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta Y Uno
Treinta Y Dos

Treinta Y Tres
Treinta Y Cuatro
Treinta Y Cinco
Treinta Y Seis
Treinta Y Siete
Treinta Y Ocho
Treinta Y Nueve
Cuarenta
Cuarenta Y Uno
Cuarenta Y Dos
Cuarenta Y Tres
Cuarenta Y Cuatro
Cuarenta Y Cinco
Cuarenta Y Seis
Cuarenta Y Siete
La llave Veneciana
Nota Del Autor
Otras Obras de L.D. Goffigan
Sobre La Autora

Copyright © 2025 por L.D. Goffigan

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado u otro, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia.

Diseño de portada por Mibl Art

PRÓLOGO

1200 a.C.
Montañas Dikti
Creta

PURA OBSERVABA los fuegos ardiendo en la distancia, profanando la aldea que una vez había sido su hogar.

Sabía que no era solo su aldea la que ardía; había escuchado los susurros de mercaderes y comerciantes que visitaban otras tierras, tanto cercanas como lejanas. Invasores habían llegado desde el mar a múltiples costas, ya fuera para apropiarse de las tierras o para incendiarlas, obligando a los refugiados a huir. Incluso había oído que los invasores habían reducido a cenizas los grandes complejos palaciegos. Los ancianos de su aldea decían que debían haber desagradado a los dioses para que semejante desgracia hubiera caído sobre todos ellos.

La gente de su aldea, y de otras cercanas, había huido a las cuevas de las montañas circundantes buscando refugio tras la destrucción de sus hogares. Los líderes decían que algún día regresarían, pero ella temía que nunca volverían a casa.

Por ahora, las cuevas eran su refugio, donde cocinaban sus comidas sobre hogueras y dormían bajo las estrellas cuando las noches estaban despejadas, donde rezaban y hacían sacrificios a los dioses, esperando que su favor regresara. Aunque Pura se estaba formando para ser sacerdotisa, le preocupaba que los ancianos

tuvieran razón y que sus oraciones fueran en vano. De alguna manera habían desagradado a los dioses, y los dioses los habían abandonado.

Pura se apartó de la visión de su aldea en llamas, retirándose hacia las cuevas, pasando junto a aquellos que habían encendido sus fuegos para la noche, que se acurrucaban juntos para mantenerse calientes frente al frío inminente que traería el anochecer. A diferencia de los otros refugiados, Pura no tenía familia. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo debido a una enfermedad cuando ella aún era una niña. La sacerdotisa de la aldea, Kitane, la había acogido, criándola como si fuera suya mientras le enseñaba los caminos de las sacerdotisas, diciéndole que algún día ocuparía su lugar.

Pura continuó hasta llegar al fondo de la cueva, tomando un estrecho túnel que estaba prohibido para todos... para todos excepto para Pura. El túnel se oscureció a su alrededor mientras avanzaba más profundamente; tuvo que usar la luz del fuego que danzaba al final para guiarse.

Pronto emergió en una pequeña área abierta y se detuvo ante la visión que la recibió. Kitane había prohibido a cualquiera entrar en esta zona, designándola como un área privada de adoración. Ni siquiera había permitido a Pura entrar hasta ahora, y podía ver por qué.

Kitane había tallado algo en la pared de la cueva y estaba arrodillada ante ello, con la cabeza inclinada en oración. El tallado era un laberinto, sus caminos circulares conducían a un centro con escritura en marcas lineales que ella no reconocía. Aún no había sido instruida en las marcas de los escribas.

—Adelante, niña —dijo Kitane sin darse la vuelta.

Pura dio un paso adelante. Kitane se giró, dedicándole una sonrisa ensombrecida por la tristeza.

—Pronto, este ya no será nuestro hogar —dijo Kitane—. Si no hubieran sido los invasores, habría sido la hambruna que azota las tierras. Si no la hambruna, los temblores de la tierra.

El pánico se encendió en el vientre de Pura, y ella negó con la cabeza.

—No. Todavía hay...

—Nuestro hogar ya está perdido. Pero hay esperanza. —Kitane se levantó y tomó las manos de Pura, con lágrimas brillando en sus ojos oscuros—. Tenemos otro hogar, uno que nuestros ancestros abandonaron hace mucho tiempo. Dejaron símbolos como estos para ayudarnos a encontrar el camino de regreso.

—¿Dónde está ese hogar? —preguntó Pura.

—Su ubicación se ha perdido, pero se dice que está muy al este. Era un gran lugar, incluso más grandioso que los complejos palaciegos que salpican estas tierras. Creo que esto está ocurriendo no porque hayamos desagradado a los dioses, sino porque debemos regresar. Los laberintos —dijo, señalando la pared de la cueva—, nos guiarán a casa. Los dioses escucharán nuestras súplicas y nos mostrarán el camino. Quiero que reces conmigo antes de que deje una ofrenda, pero primero necesito que me hagas una promesa.

—¿Cuál?

—Temo que no estaré aquí por mucho tiempo. Los sanadores me dicen que estoy enferma y que pronto me uniré a los dioses. Te convertirás en la sacerdotisa principal aquí. Dependerá de ti guiar a los aldeanos hacia su verdadero hogar. Necesitas hacer esto.

Pura quería protestar que no estaba lista, que no entendía qué significaba todo esto. Pero sabía que necesitaba ser fuerte. Era una mujer ahora, pronto sería sacerdotisa de lo que quedaba de su aldea. Esto era para lo que se había entrenado durante muchos años.

—¿Cuál es el nombre de ese lugar? —preguntó Pura.

Kitane tomó su mano y la guió hacia el laberinto, colocándola sobre las marcas en el centro. Cerró los ojos, su voz un susurro reverente.

—Atai. Se llama la tierra de Atai.

UNO

Actualidad
Museo Arqueológico Nacional
Atenas, Grecia
10:13 A.M.

Stephanos Keliades estaba sentado encorvado en su silla de ruedas, con los ojos entrecerrados, esforzándose por parecer el anciano débil que simulaba ser como disfraz. Los visitantes que discretamente apartaban la mirada o le dirigían sonrisas compasivas no sabían que en realidad era un hombre en forma de treinta y dos años, con un cuerpo tonificado que mantenía gracias a sus quince kilómetros diarios de carrera y una estricta rutina de entrenamiento con pesas dirigida por su costoso pero eficaz entrenador personal. No tenía ningún deseo de convertirse en uno de esos hombres mayores y fofos de su organización.

La mujer que empujaba su silla de ruedas por la entrada lateral del museo, la designada para visitantes con discapacidad, vestía con pulcritud como una cuidadora de mediana edad, con su habitual cabello rubio teñido de un castaño apagado y vetas grises. En realidad era Irina, su leal colega y ocasional amante. Stephanos sabía que si Irina no llevara su disfraz, los visitantes masculinos del museo no podrían apartar la vista de ella. Su Irina era espectacular sin siquiera intentarlo, con sus deliciosas curvas y sus penetrantes

ojos verdes. Su belleza era un disfraz que ocultaba a la despiadada asesina que podía ser.

Su guardaespaldas, Michalis, que había entrado por la entrada principal, les seguía a una distancia discreta de varios metros. Stephanos podía sentir la intensa mirada de Michalis fija en la parte posterior de la peluca gris que llevaba. Michalis usaba corrector para cubrir la distintiva cicatriz de su mejilla, y vestía pantalones cargo y camiseta como un turista, un atuendo que no lograba disimular su forma musculosa y letal. Irina había resoplado ante su poco efectivo disfraz, pero Stephanos no confiaba en nadie más que en Michalis. Había formado parte de su equipo de seguridad desde que era un adolescente y había demostrado su lealtad hasta el extremo.

Irina empujó su silla de ruedas pasando por la colección de esculturas griegas y romanas antiguas**,** deteniéndose ocasionalmente para estudiar piezas individuales, aunque ninguno de los dos prestaba realmente atención. Ninguno de los tesoros allí expuestos se comparaba con lo que estaban buscando... y adónde les conduciría. Un lugar que su organización —y la humanidad— había buscado durante milenios.

Gradualmente se abrieron paso a través de las exposiciones temporales que presentaban piezas centradas en la mitología griega, hasta que llegaron a las puertas de una de las salas de conferencias, donde Irina fingió consultar su mapa del museo.

Un hormigueo de anticipación recorrió a Stephanos mientras su mirada se desviaba hacia un reloj en la pared. *Casi es hora*. Realizó la cuenta atrás en su mente.

Cinco... cuatro... tres... dos...

El sonido de una fuerte explosión retumbó desde justo fuera de la entrada del museo, seguido por otras dos.

Tal como había previsto, el caos estalló. Los visitantes del museo gritaron, corriendo hacia las salidas. Irina entró en acción, empujando su silla hacia el baño de hombres más cercano. Afortunadamente estaba vacío, y con el caos provocado por las explosiones, sabía que seguiría así. Michalis entró apresuradamente tras ellos.

Stephanos se puso de pie, quitándose la camisa a cuadros y los pantalones marrones para revelar el uniforme de guardia de seguridad que llevaba debajo, arrancándose la peluca y las gafas, aunque mantuvo la prótesis facial. No podía arriesgarse a que alguien reconociera su rostro.

A su lado, Michalis e Irina también se habían despojado de su ropa para mostrar sus propios uniformes de guardia de seguridad, aunque en Irina lucía mucho más sexy. Desvió la mirada, ignorando la lujuria que lo atravesó ante la visión. Disfrutaría de su cuerpo más tarde. Ahora no era el momento.

—¿Lista, mi *ómorfe*? —preguntó ella, con ojos chispeantes de picardía.

Él se inclinó y presionó sus labios contra los de ella.

—Listo, *foniá*.

Asintió hacia Michalis y, juntos, salieron del baño. Los visitantes aterrorizados seguían huyendo. Stephanos, Irina y Michalis interpretaron sus papeles, instando a los visitantes a darse prisa y señalándoles las salidas. Aunque no era necesario. Era prácticamente una estampida mientras los turistas huían, una estampida en la que resultaba fácil para él, Irina y Michalis mezclarse, dirigiéndose hacia la parte posterior del museo que conducía al laboratorio de conservación en el piso inferior. Stephanos utilizó la tarjeta llave que habían conseguido sobornando a un guardia de seguridad real, lo que les permitió deslizarse dentro de la escalera.

El corredor que llevaba al laboratorio ya había sido evacuado. Stephanos avanzó por el pasillo, con Irina y Michalis flanqueándolo. Sabía exactamente a dónde iba. Había estudiado el plano de esta sección muchas veces.

Giraron bruscamente a la izquierda al final del corredor, y Stephanos usó la tarjeta llave para entrar en el vacío laboratorio de conservación.

El laboratorio tenía clima controlado, como era necesario para preservar papiros antiguos. Sus ojos recorrieron la sala hasta que lo divisó. En la mesa larga central, cubierto con plexiglás protector

enmarcado en aluminio, estaba el papiro que habían venido a buscar.

Stephanos se acercó, sintiendo cómo la admiración lo invadía al contemplarlo. El papiro estaba fragmentado, pero el antiguo griego escrito allí era legible. Eran palabras que conducirían al mayor descubrimiento que la humanidad jamás habría hecho. Un descubrimiento que sacaría a la humanidad de su estancamiento y la impulsaría hacia adelante... hacia un nuevo comienzo.

—Stephanos —dijo Irina. Su tono era suave pero urgente. Stephanos se obligó a salir de su asombrado estupor y cuidadosamente levantó el plexiglás, colocando el papiro en el estuche protector que Irina había guardado en su mochila.

Irina encontró su mirada y le dedicó una pequeña sonrisa. Ella sabía lo importante que era este papiro para él, para su organización... para el mundo. Él le devolvió la sonrisa mientras salían del laboratorio, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta de salida trasera.

—*Na stamatisei*!

Stephanos giró bruscamente, sintiendo cómo la furia lo invadía. Dos guardias de seguridad reales corrían hacia ellos desde el otro extremo del corredor. Su mano se movió hacia su arma, listo para encargarse de los dos entrometidos. Pero Michalis e Irina ya habían sacado sus armas, eliminando fácilmente a los dos guardias con dos disparos perfectamente dirigidos.

Stephanos se dio la vuelta y corrió hacia la salida, con Michalis e Irina pisándole los talones. Gracias a sus preparativos, este callejón trasero estaba vacío, excepto por el coche negro que les esperaba.

Entraron, y su conductor alejó el vehículo de la salida. Se dirigieron por el callejón antes de incorporarse al tráfico en la calle principal frente al museo.

Mientras Irina y Michalis vigilaban atentamente por las ventanillas laterales y traseras, Stephanos ansiaba sacar el papiro, pasar sus manos reverentemente sobre las palabras bajo la cubierta protectora, pero no podía arriesgarse a ningún deterioro del precioso documento. Este papiro era la clave del lugar que buscaba.

Una ciudad perdida. Un mundo perdido.

Atlantis.

DOS

Sede del FBI
Grupo Especial de Reliquias y Antigüedades
Washington, DC
1:27 P.M.

Los ojos de Adrian West recorrían ansiosamente la pantalla. No podía evitar pasar la mano por las letras del antiguo papiro en el monitor. Aunque solo era una imagen, casi podía sentir el delicado material bajo sus dedos. Su cerebro de historiadora, que nunca podía apagar por completo, estaba maravillado ante la visión de un documento antiguo tan raro.

—Cuando me case —dijo la irónica voz de Vince Farinelli desde detrás de ella—, quiero que mi esposa me mire como tú estás mirando ese viejo trozo de papel.

Adrian se giró, ofreciéndole una sonrisa. Había estado tan absorta en el documento de la gran pantalla del ordenador que casi había olvidado que había varias personas más en la sala de conferencias. Encontró la mirada de su compañero, Nick Harper, que estaba acostumbrado a verla embelesada con documentos antiguos.

—Bienvenido a mi mundo —le dijo Nick a Vince, antes de guiñarle un ojo a ella—. Aunque, para ser justos, dudo que alguien te mirara a ti de esa manera.

Vince frunció el ceño mientras los demás en la sala reían. El recién formado Grupo Especial de Reliquias y Antigüedades solo

tenía unos días de vida, pero el equipo ya estaba creando su propia camaradería.

Hacía apenas un par de semanas, el jefe de Nick en el FBI, Jeremy Briggs, les había ofrecido a Adrian y Nick la oportunidad de liderar un grupo especializado que se enfrentaría a amenazas terroristas relacionadas con artefactos robados en todo el mundo. La oferta llegó después de sus recientes éxitos localizando y deteniendo a terroristas que intentaban obtener y usar artefactos para causar destrucción mundial tanto en Egipto como en Rusia. Habían aceptado, aunque Adrian solo recientemente había decidido volver a la aplicación de la ley a tiempo completo después de un largo periodo en el mundo académico. Sus recientes experiencias en el campo habían demostrado que este mundo era donde realmente pertenecía. Briggs había acelerado su reincorporación al FBI, y ahora formaba parte oficialmente tanto de la agencia como de este grupo especial, que era producto de la colaboración de tres agencias federales: el Departamento de Seguridad Nacional, la CIA y el FBI.

El grupo era pequeño y especializado, al menos por ahora, les había dicho Briggs, insinuando que el gobierno lo ampliaría —o disolvería— según sus resultados. Estaba compuesto por Vince, un genio tecnológico con quien Adrian ya había trabajado antes; Layla Kumar, una antigua traductora de la CIA, especializada en historia antigua y lingüística; Jonathan Harris, otro genio tecnológico, también procedente de la CIA; y Sloane Carpenter, experta en historia del arte y antigüedades, anteriormente de la unidad de Crímenes Artísticos del FBI y antigua compañera de Nick durante su tiempo allí. El equipo se había formado para respaldar a Adrian y Nick mientras estuvieran en el campo.

Adrian había temido cómo reaccionarían los otros miembros del grupo a su liderazgo, dado que acababa de ser reincorporada, pero Briggs le aseguró que era admirada por el equipo, tanto por sus recientes éxitos como por su historia en la agencia. Briggs parecía tener razón hasta ahora. El equipo era amable y profesional. Considerando su historial en la agencia, cuando había chocado con colegas y superiores, Adrian encontraba esto un inmenso alivio.

—Y esto es más que un simple trozo de papel viejo, Vince —le reprochó Adrian juguetonamente.

El papiro que aparecía en la pantalla había sido descubierto en un yacimiento arqueológico a las afueras de Atenas hacía varias semanas. Su descubrimiento apuntaba a la existencia de un lugar que muchos historiadores habían descartado como mito... Atlantis.

—Refréscame la memoria —dijo Vince—. ¿Por qué es tan importante este papiro?

—Juro que no prestas atención a ninguna de las reuniones informativas —resopló Layla—. Este "viejo trozo de papel" es el único registro fuera de Platón que hace referencia a una Atlantis histórica. Este papiro está escrito de puño y letra de Solón, una persona histórica a quien Platón citó en sus escritos sobre Atlantis.

Vince soltó un silbido bajo, volviendo su mirada al papiro. Otra oleada de asombro recorrió a Adrian mientras ella también lo contemplaba. Mucha gente no se daba cuenta de que, fuera de los diálogos de Platón *Timeo* y *Critias*, no había otras referencias registradas sobre Atlantis. Todas las historias sobre Atlantis se habían basado en fuentes bastante escasas, de ahí la suposición de que era una ficción creada por Platón. Tener otra referencia registrada a Atlantis por una persona histórica era más que significativo.

El papiro estaba escrito en griego antiguo y muy fragmentado, pero un equipo de paleógrafos había reconstruido algunas de las palabras cruciales.

> *buscar prueba de esta gran civilización llamada Atlántida, Atai en la lengua antigua, Atai en la escritura antigua, y los marcadores de su caída. Navegaré para verla con mis propios ojos, pues ayudará a fortalecer Atenas y a detener a los tiranos de*

Eran solo un par de frases fragmentadas, pero esas pocas palabras decían mucho. La palabra a la que Solón se refería, Atai,

había sido determinada por los lingüistas como una palabra pre-griega para Atlantis. También había escrito la palabra Atai en el guion Lineal A, un sistema de escritura no descifrado de la antigua civilización minoica, lo que había ayudado a los lingüistas a descifrar parcialmente algunas partes del guion.

Las agencias de seguridad habían logrado milagrosamente mantener el descubrimiento en secreto hasta ahora. Las agencias policiales que vigilaban las amenazas alrededor del hallazgo habían acordado mutuamente no divulgarlo a la prensa todavía, y solo unos pocos conservadores, lingüistas e historiadores seleccionados sabían de él. Ella y Nick volarían esa misma noche a Atenas para ver el papiro en persona y ayudar a las autoridades locales con cualquier pista que pudiera conducir a la verdadera Atlántida, adelantándose a los peligrosos grupos con vínculos terroristas que las agencias internacionales vigilaban para evitar que llegaran primero. Aunque sabía que el viaje que les esperaba sería peligroso, la historiadora en ella rebosaba de emoción ante la perspectiva de encontrar una Atlantis histórica real.

Briggs entró en la sala de conferencias, con un gesto sombrío en la boca. Adrian se tensó al ver su dura expresión. Algo iba mal.

—Necesito que tú y Nick os marchéis inmediatamente —dijo Briggs sin preámbulos—. Ha habido una explosión en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Alguien ha robado el papiro.

TRES

Museo Arqueológico Nacional
Atenas, Grecia
10:15 A.M.

Adrian y Nick seguían a la teniente Athena Karras a través de la galería principal del Museo Arqueológico Nacional. El museo era uno de los favoritos de Adrian; lo había visitado más de una docena de veces, la más reciente durante una conferencia académica varios años atrás. Albergaba un tesoro de antigüedades griegas invaluables.

Pero Adrian no tenía tiempo para admirar los antiguos tesoros que les rodeaban. Athena, quien insistió en que la llamaran por su nombre, era una mujer imponente, casi tan alta como Nick, con una melena de rizos oscuros y unos ojos ámbar intensamente inteligentes. Les estaba guiando por el museo, siguiendo el mismo camino que habían tomado los ladrones.

—Entraron por la entrada lateral... creemos que iban disfrazados. Las explosiones se activaron a distancia, causadas por bombas de presión simples escondidas justo fuera de la entrada. Afortunadamente, no hubo víctimas mortales, solo algunos heridos. No creemos que su intención fuera matar. Querían crear una distracción. Después de las explosiones, se dirigieron al laboratorio de conservación usando una tarjeta de acceso que sobornaron o

robaron a un guardia —explicó Athena, guiándolos por la galería principal del museo mientras hablaba.

Los condujo hasta la parte trasera de la galería principal y hacia una escalera, donde señaló una cámara de seguridad.

—Esta cámara fue desactivada. Lograron hackear el sistema de cámaras de seguridad... todavía estamos tratando de averiguar exactamente cómo lo hicieron. Desde aquí, dedujimos que entraron al laboratorio de conservación, robaron el papiro y luego salieron por la salida trasera antes de escapar.

Adrian asintió, considerando sus palabras. Los ladrones habían planificado y ejecutado el robo cuidadosamente. Hizo un rápido perfil mental de los ladrones. *Sofisticados, con recursos o riqueza, eficientes*.

—Hemos estado entrevistando a los empleados, especialmente al personal de seguridad —continuó Athena.

—¿Algo significativo hasta ahora? —preguntó Nick.

—No —dijo Athena, y Adrian pudo ver la frustración en sus ojos —. Pero todavía estamos llevando a cabo las entrevistas.

—Nos gustaría ver las transcripciones o el video de las entrevistas, si es posible —dijo Nick.

—Por supuesto —dijo Athena, dándole un asentimiento cortés.

Adrian se sintió aliviada de que Athena no pareciera resentir su presencia allí, como solía ocurrir cuando varias agencias de seguridad trabajaban en un mismo caso. Por el contrario, Athena parecía aliviada cuando llegaron y agradecida por la asistencia externa.

El teléfono de Athena sonó estridentemente, y les dirigió una mirada de disculpa antes de apartarse para atender la llamada.

—¿Qué piensas? —preguntó Nick.

—Un equipo altamente sofisticado con muchos recursos —dijo Adrian—. Profesionales de principio a fin.

—Estoy de acuerdo. En Crímenes de Arte solo veíamos este tipo de robos para artículos de alto perfil valorados en millones.

—Esto difícilmente es un cuadro de veinte millones de dólares —objetó Adrian—. El papiro es invaluable, pero es demasiado raro y

fácil de rastrear para ser vendido en el mercado negro o a un comprador privado.

—No tienen intención de venderlo, entonces —dijo Nick, pensando en voz alta—. Podrían estar usándolo para encontrar Atlantis. Lo que plantea la pregunta: ¿cómo se enteraron de su existencia? El hallazgo se ha mantenido en secreto.

—Obviamente ha habido una filtración en algún lado —dijo Adrian con gravedad—. Lo que quiero saber es... ¿por qué arriesgarse a robarlo? Un equipo con sus recursos podría acceder fácilmente a una versión electrónica del papiro.

Antes de que Nick pudiera responder, Athena regresó con el ceño fruncido mientras dirigía a Adrian una mirada inquisitiva.

—Era el hospital local. Un conservador que trabaja aquí y resultó herido en la explosión está despierto... y preguntó específicamente por ti, Adrian.

Centro de Investigación Histórica y Científica
Atenas, Grecia
10:47 A.M.

El Centro de Investigación Histórica y Científica, CIHC, estaba ubicado en las afueras de Atenas. Una instalación privada de investigación que abarcaba todas las áreas de las ciencias, su campus principal estaba en Atenas pero tenía sucursales en todo el mundo. Los edificios del campus de Atenas eran de un blanco lavado para imitar los antiguos edificios que una vez salpicaron la ciudad, con el edificio principal luciendo el logotipo del Disco de Festo, un artefacto minoico cubierto de misteriosos símbolos que nunca habían sido descifrados, y que pretendía representar el conocimiento sin explotar, conocimiento que el CIHC se estableció para descubrir.

Se había expandido enormemente en los casi dos siglos desde su fundación, gracias a generosas donaciones de benefactores

adinerados, así como financiación de los pocos selectos que conocían su verdadero propósito.

Stephanos avanzó por el espacioso corredor del edificio principal, entrando en la sala de conferencias que daba al resplandeciente mar del Golfo Sarónico, con irritación recorriéndole el cuerpo. Varios hombres y mujeres, miembros de la junta del CIHC, estaban sentados alrededor de la gran mesa de roble. Le lanzaron miradas gélidas cuando entró en la habitación.

Stephanos apretó los dientes, pero forzó una sonrisa educada. Debería estar sentado a la cabecera de la mesa como lo había estado su padre, en lugar de ser convocado como un niño rebelde. Dado que era décadas más joven que las personas que lo miraban fijamente, eso era exactamente lo que parecía.

—¿Se da cuenta del riesgo en que se puso con sus acciones en el museo? ¿El riesgo en que puso a esta organización? —siseó Dmitris Karagiannis.

Dmitris era un hombre austero de finales de los cincuenta; había sido amigo íntimo de su padre, pero parecía que nunca le había caído bien Stephanos. Aun así, Stephanos se sorprendió por el vitriolo del hombre mayor. Estaba preparado para que los demás estuvieran... molestos por su participación en el robo, pero no a este nivel.

—¿Se da cuenta de lo que habría pasado si lo hubieran atrapado? —exigió Zacharias, el hijo de rostro amargo de Dmitris, que estaba sentado a su lado, con la cara roja de ira. Zacharias era varios años menor que él, pero como su padre, actuaba como si fuera mucho mayor y superior a Stephanos.

—No me atraparon —espetó Stephanos, dejando que su temperamento se apoderara de él. Cerró los ojos, tomando varias respiraciones profundas. Su difunta madre solía recordarle que había heredado el temperamento de su padre. Tomó otra respiración antes de continuar—. Elegí emprender la tarea yo mismo —junto con dos colegas de confianza— porque sabía que podía manejarlo y, francamente, no confiaba en nadie más.

Los miembros de la junta se crisparon ante sus palabras, pero Stephanos mantuvo firmemente sus miradas.

—¿Está diciendo que no confía en nosotros? —replicó Dmitris.

—Estoy diciendo que me encargué del trabajo. Tenemos el papiro en nuestro poder. Toda esta charla sobre cómo se adquirió es una pérdida de tiempo. Las autoridades ya están investigando. Tengo salvaguardias establecidas que nos comprarán tiempo, pero eso no durará para siempre.

Todavía lo miraban fijamente, pero sabía que sus palabras habían penetrado.

—Ahora que tiene el papiro, ¿ha hecho algún progreso? —preguntó Dmitris.

—Tengo un equipo trabajando en ello ahora.

—¿Dónde está este equipo? —preguntó Phillip Giorgios, un hombre corpulento con rasgos de cuervo, sus ojos oscuros se posaron en Stephanos.

—Preferiría mantener ese conocimiento para mí por ahora.

Stephanos prácticamente podía ver el vapor saliendo de sus orejas ante sus palabras. Dmitris se inclinó hacia adelante, su rostro tenso de ira.

—Tú... —balbuceó.

—Dado el alto nivel de interés en el papiro por parte de las fuerzas del orden internacionales, creo que es de nuestro mejor interés mantener su ubicación en secreto por ahora. Si cualquiera de ustedes es interrogado, no tendrán conocimiento para incriminarse a sí mismos o a esta operación —interrumpió Stephanos con frialdad.

Un silencio pesado y tenso cayó sobre la sala. Una vez más, sabía que sus palabras habían penetrado.

—Tiene dos días —espetó Dmitris—. Dos días, y luego queremos saber dónde está este equipo, de quiénes se compone y qué han aprendido. A pesar de lo que parece pensar, esta no es su operación en solitario.

Debería serlo, quería gruñir. Fue su tatarabuelo quien fundó el CIHC, y luego transmitió su conocimiento y verdadero propósito a su hijo, y así sucesivamente por la línea familiar, hasta llegar a él. Él era uno de los pocos que había tomado en serio el conocimiento y había planeado durante años lo que haría con él. Por lo que a Stephanos concernía, los miembros de la junta que no estaban de su lado eran

peso muerto. Tenía verdaderos aliados en la organización, y solo su opinión importaba.

Pero necesitaba a todos los líderes y sus recursos... por ahora. Una vez que tuviera lo que quería, ellos no tendrían importancia. Esperaba con ansias el día en que los eliminaría. Quizás lo haría él mismo.

Ante ese pensamiento, les dio una sonrisa que era genuina.

—Por supuesto —dijo simplemente.

Sin esperar a que lo despidieran, se volvió para salir de la habitación. Una vez que encontrara lo que buscaba y llevara a cabo sus planes, ninguna de sus preocupaciones insignificantes importaría. *Ellos* no importarían. El mundo cambiaría para siempre, y él tendría el poder supremo que anhelaba.

CUATRO

Hospital General de Palinisos
Atenas, Grecia
11:30 A.M.

Adrian, Nick y Athena se acercaron a la habitación de hospital de Elias Mandreou. Al entrar, encontraron a un hombre moreno de unos treinta años con aspecto de profesor desaliñado. Se incorporó apresuradamente cuando entraron, estirándose para coger sus gafas de la mesita.

Después de que Athena los presentara, Elias los observó a los tres.

—Quiero hablar con la Agente West a solas —dijo.

Athena pareció irritada, pero salió de la habitación sin discutir. Adrian negó con la cabeza cuando Nick también comenzó a marcharse, extendiendo la mano para sujetarle del brazo.

—Nick es mi compañero, y se queda —dijo con firmeza.

Elias parecía a punto de protestar, pero pareció cambiar de opinión y le dio un asentimiento a regañadientes.

—Es un honor conocerla, Agente West. He leído todo lo que pude sobre el descubrimiento de Cleopatra, lo que me llevó a revisar sus otros trabajos académicos. Me encantó su artículo sobre los posibles orígenes lingüísticos de las familias de lenguas polinesias.

Adrian le dedicó una sonrisa educada, pero lo estudió detenidamente. Parecía nervioso. No podía haberle pedido verla solo

para elogiar un antiguo artículo académico que había escrito. —Gracias. ¿Por qué quería verme? —preguntó, decidiendo que era mejor ir directa al grano.

—Quería ofrecer mi experiencia por si pudiera ayudar en algo.

—De acuerdo —dijo Adrian lentamente. Algo le decía que no estaba siendo completamente sincero—. En este momento, solo estamos tratando de encontrar cualquier información sobre los ladrones. ¿Presenció algo antes, durante o después de la explosión?

—Me desmayé durante la primera explosión, así que me temo que no puedo ayudarles mucho como testigo. —Hizo un gesto hacia su brazo, haciendo una mueca al levantarlo—. Me esguincé el brazo cuando caí y me provoqué una leve conmoción cerebral.

—Entonces qué... —comenzó Nick, pero se detuvo cuando Elias se llevó un dedo a los labios, entregándole a Adrian su teléfono.

Adrian lo tomó, quedándose paralizada al ver el mensaje escrito en letras grandes en un texto:

Tengo otra posible pista sobre la ubicación de Atlantis: una inscripción. No puedo arriesgarme a que la policía de fuera nos oiga. Te explicaré por qué más tarde. Por favor, sigue la corriente por ahora.

Encontró su mirada. Había una silenciosa urgencia en sus ojos.

Un millón de preguntas cruzaron por su mente. Había pensado que las fuerzas del orden habían mantenido en secreto el papiro de Solón, pero los ladrones lo conocían, al igual que este conservador. ¿Y a qué otra pista se refería? ¿Era auténtica, o era simplemente un oportunista que quería inmiscuirse en el caso?

Adrian le pasó el teléfono a Nick, quien leyó el mensaje.

—¿Cuál es exactamente la naturaleza de su experiencia? —le preguntó a Elias, manteniendo un tono neutral, aunque su corazón latía aceleradamente.

—Bueno, mi formación es... —comenzó Elias, pero el sonido de gritos y alaridos desde fuera lo interrumpió, seguido de dos disparos. Los sonidos provenían del extremo del pasillo.

Adrian y Nick se giraron bruscamente. Ella se movió hacia la puerta, abriéndola ligeramente para mirar afuera.

Su corazón se hundió en su pecho. Athena no se veía por ninguna parte, y dos hombres armados se acercaban a la habitación de Elias con propósito letal.

CINCO

Adrian sacó su arma de servicio, cerrando la puerta con llave mientras Nick se apresuraba a bloquearla.

—Dos hombres armados vienen hacia aquí —le dijo a Nick, quien le respondió con un rápido gesto de asentimiento.

Adrian se giró para enfrentar a Elias, quien se había levantado de la cama con dificultad, temblando de miedo. Su instinto le decía que quienquiera que hubiera irrumpido en el hospital venía por él, y que todo estaba relacionado con lo que quería contarle.

—¿Puedes correr? —le preguntó, acercándose a él.

—No creo que tenga opción —respondió tembloroso.

Tenía razón. Necesitaban salir de allí, y rápido. Adrian lo ayudó a alejarse de la cama, con Nick moviéndose a su lado para ayudar. Juntos, se dirigieron hacia la ventana. Adrian elevó una silenciosa oración de gratitud por estar en la planta baja.

Justo fuera de la habitación del hospital, Adrian escuchó varios gruñidos y el sonido de una pelea. Se apresuró, abriendo la ventana de un tirón, y ambos ayudaron a Elias a salir.

Otro disparo sonó, peligrosamente cerca de la puerta. Moviéndose rápidamente, Adrian salió tras Elias, seguida por Nick, justo cuando la puerta de la habitación se abría violentamente—

Un hombre alto y corpulento entró, su mirada posándose sobre ellos. Nick levantó su arma, disparando dos veces. El hombre se desplomó en el suelo, pero más pasos se acercaban.

Adrian pasó su brazo alrededor de Elias y lo ayudó a alejarse de la ventana.

—¡Manténganse agachados! —gritó Adrian. Se movieron en cuclillas, alejándose de la ventana y dirigiéndose hacia el estacionamiento. Nick los flanqueaba desde atrás, con su arma en mano.

Un disparo resonó en el aire, peligrosamente cerca del costado de Adrian. Nick respondió al fuego, y Adrian sostuvo a Elias, quien se tambaleaba.

—Elias, tenemos que correr —dijo.

Elias asintió y, juntos, corrieron hacia el coche de alquiler de Adrian y Nick.

Adrian lo ayudó a entrar, mientras Elias acunaba su brazo herido. Ella se lanzó al asiento del conductor, con Nick apresurándose tras ella. Otro hombre se precipitó a través del estacionamiento hacia ellos, alzando su arma para disparar, pero Adrian ya había encendido el motor.

—¡Agáchense! —les gritó a Nick y Elias, pisando a fondo el acelerador y saliendo a toda velocidad del estacionamiento mientras los disparos resonaban a sus espaldas.

SEIS

Adrian aceleró por las calles alejándose del hospital, zigzagueando entre el tráfico, ignorando las bocinas irritadas de otros conductores. Sus ojos volaban periódicamente al espejo retrovisor buscando cualquier señal de perseguidores, con el corazón martilleándole, pero hasta ahora, parecían estar a salvo.

A su lado, Elias permanecía tenso y silencioso, con los nudillos blancos por la presión que ejercía sobre sus rodillas. Nick estaba sentado en el asiento trasero, con su arma de servicio lista, escudriñando las calles circundantes.

Adrian gradualmente redujo la velocidad, mezclándose con el resto del tráfico y no se detuvo hasta llegar al barrio de Psyrri, una zona llena de un laberinto de calles sinuosas decoradas con arte urbano y tiendas modernas, un fuerte contraste con los edificios antiguos que salpican Atenas. Aparcó en una pequeña calle frente a un grafiti que decía, en griego, la cita de Hipócrates: *La vida es corta y el arte duradero*. En la distancia, podía distinguir la resplandeciente estructura de mármol del Partenón, orgullosamente asentado en la colina de la acrópolis.

Apagó el motor y se volvió para enfrentar a Elias, con la adrenalina aún vibrando por sus venas.

—Esos hombres te estaban buscando —afirmó—. Voy a suponer que tiene que ver con esta inscripción que mencionaste. ¿Cuál es exactamente tu área de especialización?

—Civilizaciones antiguas del Mediterráneo —respondió él. Cerró los ojos brevemente, apoyando la cabeza contra el asiento—. No sé cómo se enteraron. Mi contacto... él solo me contó sobre esto. Sabe lo valioso que es este hallazgo.

—¿Confías en él? —preguntó Adrian—. Porque esos hombres...

—Absolutamente —dijo Elias—. Es increíblemente cuidadoso con sus hallazgos. Solo acudió a mí porque necesitaba mi experiencia para confirmar su autenticidad.

Adrian lo estudió. No había señales obvias de que estuviera mintiendo, pero no podía quitarse la sensación de que no estaba siendo completamente sincero con ella.

—¿Por qué querías contarme esto? —insistió Adrian—. ¿Por qué no ir inmediatamente a las autoridades?

Elias no respondió de inmediato, moviéndose incómodamente en su asiento. Nick se inclinó hacia adelante, su paciencia agotándose. —Dado lo que acaba de pasar, somos tus mejores amigos ahora mismo. Habla.

—No confío en la policía local —dijo—. Y mi contacto tampoco.

Adrian tamborileó con los dedos en el volante. ¿Por qué no confiarían en la policía local?

Y entonces la comprensión amaneció.

—Elias —dijo Adrian cuidadosamente—. El método que utilizó tu contacto para encontrar esta inscripción... ¿es legal?

El silencio de Elias fue la única respuesta que necesitaba, y detectó un atisbo de vergüenza en sus ojos. Nick soltó una maldición ahogada.

Era cada vez más claro que el contacto de Elias estaba operando en el mercado negro de antigüedades o había obtenido el artefacto por medios ilegales. Adrian intercambió una mirada con Nick, cuya boca estaba fruncida en una línea sombría. Sabía que Nick estaba familiarizado con ese tipo de personas debido a su trabajo con el departamento de Crímenes Artísticos del FBI, y no parecía entusiasmado ante la perspectiva de tener que depender de un traficante del mercado negro. Esto explicaba su cautela, y que su contacto no quisiera acudir a la policía.

Aun así, Adrian se preguntaba por qué había acudido a ella con esto, especialmente cuando ella y Nick podrían detenerlo por obtener dicha información ilegalmente. Había algo más que ocultaba; simplemente no podía identificarlo. Algo no cuadraba.

—¿Qué tal esto? —preguntó Nick a Elias, con tono endurecido—. Te llevamos a la oficina del FBI aquí, y puedes contarles sobre...

—Nick —interrumpió Adrian, levantando la mano. Por más sospechoso que le pareciera Elias, él tenía información lo suficientemente valiosa como para que alguien lo persiguiera por ella. Se volvió hacia Elias, que se había puesto pálido ante las palabras de Nick—. ¿Qué más puedes decirnos?

—Mi contacto no me diría dónde encontró la inscripción. Solo me mostró una imagen.

Adrian se sobresaltó cuando un fuerte estruendo sonó abruptamente en la cercanía al explotar el motor de un coche, y otro vehículo pasó zumbando junto a ellos. Su pulso se aceleró, y apretó el agarre en el volante.

—Necesitamos salir de este lugar expuesto y ver esa inscripción —dijo.

—La tengo guardada en un archivo cifrado y no puedo acceder a ella desde mi teléfono. Necesito llegar a un ordenador. Conozco un lugar seguro donde podemos ir por el momento —dijo Elias—. Un primo mío tiene una casa en Marousi, a las afueras de Atenas.

—¿Cómo sabemos que los hombres que te buscan no registrarán allí? —exigió Nick.

Aunque todavía pálido, Elias le dio una sonrisa irónica. —No entiendes a las familias griegas, amigo mío. Tengo decenas de primos.

Adrian lo miró, dando un suspiro. Necesitaban salir de la carretera y, por el momento, confiar en la palabra de Elias de que este lugar en Marousi era seguro.

—Dinos cómo llegar allí.

Marousi, Grecia
2:15 P.M.

Marousi estaba ubicado al noreste de Atenas. Una de las grandes ciudades durante la era de la República Ateniense, su nombre derivaba de un cazador de la diosa griega Artemisa, Amarysia. Ahora, era un bullicioso y moderno suburbio, y Adrian tuvo que maniobrar a través del denso tráfico del mediodía para llegar al tranquilo vecindario donde se encontraba la casa del primo de Elias.

La casa a la que llegaron era una modesta vivienda de estilo mediterráneo de un solo nivel, escondida al final de una calle estrecha. Mirando alrededor antes de bajar del coche, Adrian y Nick escoltaron a Elias hasta la puerta principal, que él abrió con una llave escondida en la base de una maceta.

Una vez que Adrian y Nick confirmaron que la casa estaba vacía, Elias se dirigió a un sofá en la sala de estar, mientras Nick le traía una botella de agua de la nevera en la cocina contigua. Elias la tomó con gratitud, dando un gran trago.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Adrian.

—Todavía adolorido, pero nada que los analgésicos no puedan ayudar. Los médicos planeaban darme el alta hoy —dijo Elias—. Solo que no esperaba tener que correr literalmente por mi vida.

Bebió más agua antes de dirigirlos a un portátil guardado en un cajón del escritorio en la esquina de la sala de estar. Adrian lo agarró y se lo entregó. Elias tecleó algo en la pantalla antes de girarla para mostrarla a Adrian y Nick.

Lo examinaron. La imagen era de un fragmento de arcilla inscrito con marcas lineales que Adrian reconoció como la escritura Lineal A. Se quedó inmóvil al ver las marcas, que convertían esto de un artefacto antiguo ordinario a algo extraordinario.

Era la palabra pre-griega para Atlantis... la misma que se encontró en el papiro de Solón.

SIETE

Atenas, Grecia
3:06 P.M.

Athena Karras despertó en una neblina de desorientación. Parpadeó, mirando alrededor de la habitación del hospital, sin saber cómo había llegado allí.

Y entonces todo regresó a su memoria. Los hombres armados avanzando hacia ella mientras doblaba la esquina, en su camino para buscar un café para darle privacidad a Elias con los dos agentes estadounidenses. Uno de ellos levantando su arma para disparar. El destello de dolor. Oscuridad.

—Hola.

Athena dio un respingo cuando su colega, Stavros Vlachis, entró sosteniendo una taza de té entre sus manos. Sus ojos mostraban un gran cansancio, pero ella vio cómo se llenaban de alivio mientras se acercaba a su cama. —Bienvenida al mundo de los vivos.

Athena intentó sentarse, haciendo una mueca ante el repentino pinchazo de dolor en su hombro.

—Tranquila —dijo Stavros, dejando su té—. Acabas de recibir un disparo en el hombro. Los médicos dicen que tuviste suerte de llevar chaleco. Si no lo hubieras llevado... —dejó la frase sin terminar, con el dolor retorciendo sus facciones.

Athena levantó la mano y él la tomó, apretándola con la suya. Ella le dio una sonrisa tranquilizadora. Sabía cuánto le importaba a

su compañero. Siempre habían estado muy unidos, hasta el punto de que algunos de sus compañeros creían que tenían una aventura. Imposible, considerando lo devoto que era Stavros a su esposa, Helena, y la total falta de atracción de Athena hacia los hombres. El vínculo que compartían era más de hermano y hermana.

—Oye —dijo, guiñándole un ojo—. No soy tan fácil de matar.

Él le devolvió la sonrisa. Athena se recostó contra las almohadas, aunque desesperadamente quería levantarse. Simplemente no tenía ganas de discutir con su sobreprotector compañero.

—¿Qué tenemos? —preguntó—. ¿Alguna pista sobre quiénes eran esos hombres?

—Estamos examinando las grabaciones de las cámaras de seguridad. Eran dos. Entraron directamente por las puertas principales, noqueando al guardia de seguridad que intentó detenerlos. Se dirigieron directamente a la habitación de Elias, así que definitivamente iban tras él. Después de superarte, llegaron a la habitación de Elias, pero los agentes estadounidenses lograron sacarlo.

—¿Sabemos dónde están?

—Estamos realizando una búsqueda, ya en contacto con sus superiores y la oficina del FBI aquí en Atenas. Pero nadie ha sabido nada todavía.

—Probablemente no confían en nosotros —dijo Athena. Esos hombres habían sabido exactamente dónde encontrar a Elias. Un escalofrío de inquietud recorrió su columna. ¿Y si alguien en su departamento había sido comprometido?

—Sí. No los culparía —murmuró Stavros.

Athena lo estudió. Mirándolo por segunda vez, había algo más que fatiga y preocupación en sus ojos... también había ansiedad.

—¿Stavros? —preguntó con cuidado—. ¿Qué está pasando?

Stavros la miró por un largo momento, como si quisiera decir algo, pero pareció decidir lo contrario. —Solo estoy tratando de juntar todas las piezas del rompecabezas. Pero me estoy ocupando —dijo Stavros, dándole una mirada tranquilizadora—. Tú solo descansa. Estarás bien, pero los médicos quieren mantenerte en observación durante la noche.

Athena lo miró fijamente durante un largo momento. Conocía a su compañero —su amigo— y definitivamente estaba ocultando algo. —Stavros...

—Tengo que volver a la comisaría. Solo quería comprobar cómo estaba mi compañera favorita. Te daré más actualizaciones cuando las tenga.

Antes de que Athena pudiera responder, él se inclinó para darle un rápido beso en la mejilla y salió apresuradamente de la habitación del hospital.

Athena lo vio marcharse, desconcertada. ¿Qué estaba ocultando Stavros? ¿Estaba relacionado con quién había enviado a esos hombres tras Elias? ¿Con el papiro robado?

Estaba decidida a averiguarlo.

Marousi, Grecia
3:15 P.M.

Adrian y Nick observaron la inscripción en silencio sobrecogido. ¿Una *segunda* referencia a Atlantis fuera de Platón? No era de extrañar que el contacto de Elias fuera tan reservado. Tal hallazgo no tenía precio.

Sus ojos se movieron hacia las otras palabras, llenándose de frustración. No solo no podía descifrar las marcas, sino que parecía que la cámara estaba enfocada en la imagen, cortando el resto de las inscripciones.

—¿Hay más imágenes? —preguntó Adrian.

—Mi contacto guarda sus hallazgos con mucho celo. Esa es la única parte de la inscripción que estaba dispuesto a mostrarme. Si quiero ver todo el conjunto, tendría que mostrármelo en persona.

—Qué conveniente —dijo Nick con sequedad.

—Es su manera de ser cauteloso —respondió Elias, con un tono defensivo.

—¿Cómo sabía tu contacto sobre la palabra para Atlantisen pre-griego, especialmente escrita en Lineal A? El descubrimiento del papiro se ha mantenido en secreto —preguntó Adrian.

—No le conté sobre el papiro. Debe haber descubierto algo por otra vía. Como dije antes, creo que solo quería mi confirmación.

Los ojos de Adrian volvieron a las marcas. Estaba muy familiarizada y fascinada con la escritura Lineal A, como muchos lingüistas históricos, dado que era uno de los pocos sistemas de escritura de la antigüedad aún sin descifrar. Se habían encontrado tablillas de arcilla con Lineal A por toda Creta, el Egeo, Grecia, el Levante y Asia Menor. Nadie sabía con certeza qué idioma pretendía representar el Lineal A, pero generalmente se asumía que era una lengua minoica, o lenguas, ya que se conocía muy poco sobre el idioma minoico en sí. Incluso los antiguos griegos no habían podido descifrar el Lineal A. Era otra razón por la que el hallazgo del papiro de Solón era extraordinario. Proporcionaba a los lingüistas algunos medios para descifrarlo, en lo que habían estado trabajando desde su descubrimiento.

—Por esto quería hablar contigo —dijo Elias—. Sé que eres una talentosa lingüista histórica, una habilidad que yo no tengo. Pensé que podrías ser capaz de descifrar al menos una de estas otras marcas.

Adrian apartó la mirada de la imagen en la pantalla para estudiar a Elias con cautela. Todavía sospechaba del motivo por el que se había puesto en contacto con ella. Seguramente un curador conocería a otros lingüistas históricos, o incluso a uno de los lingüistas que actualmente trabajaban para descifrar el Lineal A, basándose en el descubrimiento del papiro de Solón. Seguía teniendo la persistente sensación de que él estaba ocultando algo.

A pesar de su sospecha, consideró sus palabras. Podría usar la escritura Lineal B para ayudar a descifrar la inscripción. La escritura Lineal B era descendiente del Lineal A y había sido descifrada con éxito en la década de 1950. Se determinó que era una forma temprana del griego, su alfabeto precedía al alfabeto griego por siglos. Fue utilizada por la civilización micénica, una civilización que surgió después de la caída de la minoica. Cuando la civilización

micénica también terminó, enviando a las islas griegas a un período que los historiadores llamaban la Edad Oscura griega, cayó en desuso. Lo poco que se sabía sobre el Lineal A se debía completamente al Lineal B.

Sin embargo, dudaba que pudiera descifrar por sí sola un texto que innumerables lingüistas habían intentado durante décadas. Al menos necesitaba ver más de la inscripción para determinar exactamente con qué estaba trabajando. Y luego tendría que contactar con el equipo en DC para obtener su ayuda con un posible desciframiento parcial.

Se volvió hacia Nick, quien, como siempre, parecía saber lo que iba a decir. Él dejó escapar un profundo suspiro y le dio una inclinación de cabeza.

—Necesitaré ver más de la inscripción primero —dijo ella—. Llévanos con tu contacto.

OCHO

Atenas, Grecia
4:02 P.M.

Stephanos se cernía sobre su equipo seleccionado de paleógrafos, mirándolos con impaciencia. Estaban reunidos alrededor del papiro de Solón, estudiando cada centímetro cuidadosamente a través del cristal protector que lo cubría.

Sabía que su presencia los distraía, pero no le importaba. Había montado un laboratorio de conservación de última generación en el sótano de su villa que podía rivalizar con cualquiera de los mejores museos del mundo, completo con controles de temperatura, humedad y luz, junto con los últimos equipos de escaneo 3D y ordenadores. Aun así, no habían hecho ningún progreso.

—¿Habéis encontrado algo ya? —preguntó bruscamente.

Una paleógrafa, una joven italiana llamada Gabriella, parecía ser la única lo suficientemente valiente como para mirarlo mientras los demás permanecían inclinados sobre el papiro.

—Por ahora, no hay indicios de que haya algo más que la escritura referente a Atlantis —dijo tentativamente—. ¿Está usted seguro de que hay...?

—Sí —espetó él—. Seguid buscando. Tenéis todas las herramientas y recursos a vuestra disposición. El tiempo es esencial.

Gabriella inclinó obedientemente la cabeza y reanudó su trabajo. Los ojos de Stephanos se deslizaron hacia el delicado papiro,

llenándose de una pizca de inquietud. ¿Y si no había nada más en el papiro?

Pero desechó ese pensamiento. Aunque tenía otra pista en la que trabajaban más expertos suyos, este sería el camino más probable para llevarlo directamente a Atlantis.

Se volvió hacia la puerta del laboratorio, donde Irina se mantenía con los brazos cruzados y sus rasgos tensos de desaprobación. Ella le había instado a dejar que su equipo hiciera su trabajo, que llevaría tiempo. Él le había dicho secamente que no le dijera cómo dirigir a su equipo. Rechinó los dientes mientras se encontraba con su mirada desaprobadora; a pesar de su belleza, sus talentos en la cama y la letalidad que lo habían atraído hacia ella en primer lugar, estaba empezando a encontrarla irritante.

Stephanos se acercó a ella, manteniendo su expresión dura.

—¿Han encontrado ya a Elias Mandreou? —preguntó.

—Todavía está desaparecido, junto con esos dos agentes americanos. Pero lo estamos buscando. Los encontraremos.

Cerró los ojos, exhalando un suspiro brusco. Las cosas no iban según lo planeado. Sintió una presión en su brazo y levantó la mirada. La expresión de Irina se había suavizado y estaba acariciándole el brazo.

—Cálmate, *agapi mou* —murmuró, usando el mismo tono seductor que empleaba en la cama, lo que no hizo nada para calmarlo y solo lo irritó más—. Las cosas avanzarán. Solo necesitamos...

Él capturó su brazo, agarrándolo con tanta firmeza que ella se estremeció. —No me des órdenes ni me digas que me calme. El hecho de que te haya tenido en mi cama no significa que seas mi igual —la soltó bruscamente, y ella retrocedió tambaleándose, con el rostro pálido—. Estaré en mi ala. Espero una actualización inmediata sobre cualquier progreso.

Se marchó sin esperar su respuesta, pero no se perdió el destello de ira en sus penetrantes ojos verdes. No le importaba; ella necesitaba que le recordaran cuál era su lugar.

Stephanos tomó el ascensor hasta el piso superior de su extensa villa, respirando profundamente para mantener la calma, para

sofocar su creciente frustración. Con tres piscinas (dos exteriores, una interior), un spa, interiores completamente blancos llenos de muebles modernos y de diseño, y ventanas de suelo a techo que inundaban las habitaciones con la luz natural de Grecia, su villa era su santuario. Jardines exuberantes y altas verjas rodeaban la villa, custodiada por su equipo de seguridad personal.

El piso superior era su ala personal. Constaba de su enorme dormitorio, un despacho, una sala de meditación y un spa de estilo turco. Cuando llegó a su ala, inmediatamente se dirigió a su sala de meditación, hundiéndose en los lujosos cojines en el centro de la habitación.

Su sala de meditación era donde permitía que el conocimiento de la sabiduría antigua fluyera a través de él. No adoraba a los viejos dioses como muchos miembros de la organización, ni participaba en sus tontos rituales u ofrendas. Prefería leer las obras de los grandes, aquellos que se creía que eran miembros fundadores de la sociedad secreta que conduciría a CHSR... aquellos que deseaban encontrar Atlantis.

Pensó en una de sus citas favoritas, del filósofo Heráclito. *La guerra es padre y rey de todas las cosas, y a unos los manifestó como dioses, a otros como hombres; a unos los hizo esclavos, a otros libres.*

Hermosas palabras que describían la tensión de opuestos que creaban armonía. Destrucción que conducía a la creación. Eso era lo que él pretendía hacer.

CHSR era la iteración moderna de una antigua sociedad secreta, *Archaia Sofia,* que se traducía como sabiduría antigua. Datada de la época de los antiguos griegos, valoraba la sabiduría por encima de todo. Incluso se rumoreaba que el propio Platón había sido miembro.

Los miembros de la junta de CHSR no eran como los antiguos; no tenían el coraje para hacer lo que era necesario. Pensaban que él buscaba Atlantis para obtener sus tesoros y enriquecer a su organización. Solo unos pocos conocían sus verdaderos planes, incluyendo a Irina y Michalis. Ellos sabían de los sacrificios que debían hacerse para comenzar el mundo de nuevo.

La clave para la destrucción necesaria para crear un nuevo mundo... todo yacía en Atlantis. Él sería quien la encontraría. El que comenzaría un nuevo mundo.

NUEVE

Heraklion, Creta
7:12 P.M.

Adrian contempló los coloridos edificios que salpicaban Heraklion mientras Elias conducía el coche de alquiler por las calles.

Heraklion, la ciudad más grande de la isla de Creta, era una ciudad portuaria que dominaba el Golfo de Heraklion. Aunque ahora estaba llena de modernos y coloridos edificios, gran parte de su arquitectura evidenciaba su pasado antiguo. La ciudad había estado bajo el control de muchas potencias a lo largo de los siglos tras la caída de la civilización minoica, que una vez dominó Creta, desde los bizantinos y venecianos hasta los otomanos. Estos poderes habían dejado tras de sí numerosas estructuras, desde las fortificaciones construidas por los bizantinos hasta la Fortaleza Koules, construida por los venecianos. El aún más antiguo palacio de Knossos de la Edad de Bronce, uno de los principales edificios legados por la civilización minoica, se encontraba justo al sur de la ciudad y atraía gran parte del turismo de Creta.

Con la ayuda del grupo operativo en DC, a quienes habían informado sobre su paradero y su huida del hospital con Elias, habían conseguido un vuelo para el mismo día a Creta, que era un vuelo corto de una hora desde Atenas.

Adrian se había mostrado recelosa cuando Elias le dijo que su contacto, conocido como Sócrates, no vivía en Atenas.

—¿Sócrates? —murmuró Nick, poniendo los ojos en blanco—. Qué original.

—No sé exactamente dónde vive, pero la dirección que me dio Sócrates está en Heraklion —respondió Elias.

Nick se había mostrado aún más dudoso, y Adrian tuvo que convencerlo, recordándole la importancia de encontrar otro artefacto que hiciera referencia a Atlantis y sus posibles revelaciones sobre la ubicación de la misma. Si alguien había enviado hombres tras Elias, ese alguien también debía conocer el artefacto. Necesitaban llegar a él primero.

Pronto llegaron a un deteriorado edificio de apartamentos en el centro de Heraklion. Elias aparcó en una calle lateral frente al edificio, volviéndose hacia ellos con expresión tensa.

—Dejadme hablar a mí. Sabe que venimos, pero desconfía de los extraños. Y... no le dije que erais agentes federales, sino lingüistas históricos que querían confirmar la autenticidad de la inscripción —dijo.

Nick pareció molesto, pero Adrian le dio a Elias un rápido gesto de asentimiento. Salieron del vehículo de alquiler y se acercaron al edificio. Adrian instintivamente miró alrededor para asegurarse de que nadie los observaba, pero ninguno de los transeúntes les prestaba atención.

Entraron en el edificio y subieron tres tramos de escaleras. Elias se dirigió a una puerta al final del pasillo y llamó, pero no hubo respuesta inmediata.

Elias volvió a llamar. Seguía sin haber respuesta.

Los instintos de Adrian se pusieron inmediatamente en alerta. Ella y Nick intercambiaron una mirada, llevando sus manos a sus armas reglamentarias.

Adrian le indicó a Elias con un gesto silencioso que retrocediera. Él tragó saliva y obedeció, colocándose detrás de ella y Nick. Ambos avanzaron, y Adrian probó la puerta. Se abrió sin resistencia.

Adrian y Nick entraron con las armas preparadas. El pequeño apartamento de un dormitorio estaba completamente destrozado. Alguien lo había registrado a conciencia.

—¿Sócrates? —gritó Elias, entrando detrás de ellos, con voz temblorosa por la preocupación.

Nick le hizo un gesto para que se mantuviera detrás mientras él y Adrian avanzaban con cautela hacia el dormitorio.

Tan pronto como entraron, Elias retrocedió con un grito de sorpresa.

Un hombre yacía tendido en el suelo a los pies de la cama, con una herida de bala en el centro del pecho, sus ojos muy abiertos y sin vida.

DIEZ

Adrian se arrodilló junto al cuerpo de Socrates para examinarlo. Las heridas de bala en el centro del pecho y justo debajo de la sien eran recientes... lo habían matado hace poco.

Miró alrededor del dormitorio, recuperando sus antiguos conocimientos sobre escenas del crimen, analizando mentalmente lo que probablemente había ocurrido. Socrates había dejado entrar al atacante, y luego se había producido un enfrentamiento. Observó la ventana del dormitorio, que daba a una escalera de incendios. Quizás Socrates se había retirado a esta habitación, buscando escapar. El agresor lo había perseguido, le había disparado a quemarropa en el pecho y luego le había disparado una segunda vez para asegurarse de que el trabajo estaba hecho. Después había destrozado el apartamento buscando algo antes de marcharse. No había señales de teléfono ni cartera. Probablemente el asesino se había llevado ambos.

Se enderezó. Nick estaba de pie junto a Elias, quien estaba pálido y tembloroso, con una mano reconfortante sobre su hombro.

—Lo siento, Elias —murmuró Adrian—. ¿Tienes alguna idea de quién pudo haber hecho esto?

—No. Su trabajo era arriesgado, pero siempre fue extremadamente cuidadoso —respondió Elias, tomando un respiro entrecortado.

La mente de Adrian repasó las posibilidades. Como comerciante de antigüedades en el mercado negro, no había duda de que tenía

enemigos, pero era demasiada coincidencia que hubiera encontrado un artefacto que hacía referencia a Atlantis —solo el segundo en el mundo después del papiro de Solón— y luego apareciera muerto. Pensó en el robo en Atenas y los hombres que habían ido tras Elias. Todo estaba conectado. Tenía que estarlo.

Se quedó inmóvil al ocurrírsele un pensamiento terrible. ¿Habría conseguido el asesino de Socrates apoderarse del artefacto?

—No sería tan insensato como para guardar un artefacto tan raro aquí —dijo Elias, como si le leyera la mente—. Era muy bueno ocultando ese tipo de cosas.

—Lo cual es probablemente lo que su asesino estaba buscando —dijo Nick con severidad.

—Tenemos que reportar esto —dijo Adrian, lanzando un suspiro —. Y luego necesitamos encontrar este artefacto... de alguna manera. Elias, ¿tú...?

Adrian se detuvo al oír pasos acercándose al apartamento. Todos se quedaron inmóviles. Ella y Nick salieron del dormitorio, con Adrian haciendo un gesto a Elias para que se quedara atrás. Ambos se deslizaron hacia la sala con sus armas de servicio desenfundadas.

Adrian se preparó mientras el pomo giraba y la puerta se abría.

Una mujer menuda entró, con la mirada dura y una pistola en la mano que apuntaba directamente a sus pechos.

ONCE

—Myia, ¿qué estás haciendo? exigió Elias.

Myia lo ignoró, manteniendo su pistola apuntando a Adrian y Nick, sus penetrantes ojos marrones sin vacilar. Tenía la piel aceitunada y una melena de pelo grueso y rizado descuidadamente recogida en una coleta. A pesar de su estatura pequeña, había una fuerza en ella, y Adrian tuvo la sensación de que Myia podría fácilmente defenderse en una pelea contra alguien mucho más grande. No parecía en absoluto intimidada por Adrian y Nick apuntándole con sus propias armas.

—¿Quiénes demonios sois? ¿Qué hacéis en el apartamento de Socrates? —exigió Myia, fulminándolos con la mirada.

—Son amigos —respondió Elias, con voz temblorosa—. Myia, por favor, baja el arma. Socrates... está muerto.

Su voz se quebró, y Myia palideció ante sus palabras, aunque su pistola seguía apuntando a Adrian y Nick.

—Esta es Adrian West y este es Nick Harper —continuó Elias—. Son lingüistas históricos.

Myia soltó un bufido sarcástico. —Por favor, Elias. Llevan lo de las fuerzas del orden escrito por todas partes. Dime la verdad.

—Estás olvidando —dijo Nick con tensión, entrecerrando los ojos mientras estudiaba a Myia—, que nosotros también tenemos armas.

—Oh, no lo he olvidado —respondió Myia.

Adrian exhaló, bajando su arma. A pesar de la sospecha de la otra mujer y de la pistola que les apuntaba, no percibía un peligro

inminente de ella. Esta era alguien que probablemente trabajaba también en el mercado negro y no confiaba fácilmente. Podía notar que Myia era del tipo que no se anda con rodeos, y la mejor manera de rebajar la tensión era con la verdad.

—Estamos buscando Atlantis —dijo Adrian sin rodeos—. Socrates tenía un artefacto que hacía referencia a ella, y por eso Elias nos trajo aquí, pero lo encontramos muerto. Esa es la verdad. Ahora *todos* vamos a bajar nuestras armas —añadió, mirando directamente a Nick.

Myia se tensó ante la mención de Atlantis, pero no parecía sorprendida. *Ella ya sabe sobre el papiro*, se dio cuenta Adrian. Cada vez parecía más que el hallazgo no era tan secreto como había pensado.

Aun así, el agarre de Myia sobre su arma no flaqueó. Adrian la evaluó. Ella y Nick probablemente podrían enfrentarse a Myia y desarmarla, pero se arriesgarían a que huyera o se negara a contarles lo que sabía, y no tenía duda de que Myia poseía cierta información, al menos sobre Socrates y posiblemente sobre el artefacto. Necesitaban su confianza.

—Esa no es toda la verdad. Sois americanos. ¿Federales? ¿CIA? —espetó Myia.

—No vamos a responder a ninguna de tus malditas preguntas hasta que bajes esa pistola —replicó Nick.

—No estamos aquí para nada más que información sobre Atlantis —dijo Adrian, manteniendo su mirada—. Al hacerlo, descubriremos quién mató a tu amigo. Pero todos tenemos que bajar nuestras armas primero. Voy a contar hasta tres.

La boca de Myia se tensó, pero no protestó.

—Uno —dijo Adrian, con el corazón martilleándole, rezando para que sus instintos sobre esta mujer fueran correctos.

—Dos.

Ni Myia ni Nick se movieron. Adrian tomó aire.

—Tres.

Para su alivio, tanto Nick como Myia bajaron sus armas, aunque Myia mantuvo la suya en la mano, únicamente apuntando al suelo.

—Quiero ver a Socrates —dijo, su voz perdiendo parte de su dureza.

Adrian se mordió el labio para contener una protesta; este apartamento ahora era una escena del crimen y no debería ser contaminada más. Pero por la mirada determinada en los ojos de Myia, Adrian dudaba que ella y Nick pudieran detenerla.

Ella y Nick retrocedieron mientras Myia seguía a Elias hasta el dormitorio. Escuchó una maldición ahogada y un sollozo entrecortado. Después de varios momentos, Myia volvió a salir, con la cara pálida y afligida.

—Tenemos que irnos. Esto es una escena del crimen y vamos a reportarlo —dijo Adrian—. Si no te importa, queremos hacerte preguntas sobre tu amigo. Pero tenemos que salir de este apartamento. —Ante la persistente vacilación de Myia, Adrian continuó—: Somos agentes federales de un grupo especial del FBI aquí para ayudar a encontrar un papiro robado en Atenas.

Myia se volvió para fulminar con la mirada a Elias. —Has traído agentes federales americanos...

—No estamos interesados en ti —interrumpió Nick—. Solo en lo que nos pueda llevar a ese papiro robado.

—Alguien mató a tu amigo, probablemente por lo que sabía —añadió Adrian—. Ayúdanos, y eso solo nos llevará a quien lo mató. Y si esta información nos conduce a Atlantis, podemos hablar con nuestros superiores sobre una recompensa.

Adrian probablemente no debería haber mencionado una recompensa. No podía garantizarla, pero sabía que esto atraería a un tipo mercenario como Myia. Nick miró a Adrian con las cejas levantadas, pero ella sutilmente negó con la cabeza. Por la mirada de codicia e interés que brilló en los ojos de Myia, podía ver que la táctica había funcionado.

—Dejadme ver vuestras placas —dijo Myia.

Adrian obedeció. Nick apretó los dientes pero se la entregó. Myia las examinó antes de darles un brusco asentimiento.

—No voy a hablar con la policía griega, no confío en ellos. Pero conozco un lugar seguro donde podemos hablar. Y luego quiero saber más sobre esa recompensa.

DOCE

Heraklion, Creta
8:48 P.M.

La casa a la que Myia los llevó era una elegante y moderna vivienda de dos niveles frente al mar que daba al Golfo de Heraklion. Myia les dijo vagamente que era la casa de un "amigo".

Adrian y Nick habían alertado a la policía local antes de informar al equipo en DC, omitiendo intencionadamente la presencia de Myia, a petición suya. Myia había hecho una rápida inspección del apartamento, incluso revisando los escondites habituales de Sócrates, confirmando que quien lo mató se había llevado su teléfono, computadora y cualquier otra pertenencia relevante. Durante el trayecto, Elias les contó que conocía a Myia de algunas excavaciones arqueológicas en los alrededores de Atenas. Ambos fueron evasivos sobre exactamente a qué se dedicaba Myia; Adrian dedujo que estaba en el mismo "campo" que Sócrates. También sospechaba que Myia, al igual que Sócrates, no era su verdadero nombre; Myia era el nombre de una filósofa de la antigua Grecia. Adrian sabía que Myia aún estaba lejos de confiar en ellos. Adrian solo necesitaba que confiara lo suficiente como para contarles lo que sabía.

Tan pronto como entraron en el espacioso vestíbulo, Myia se volvió para enfrentarlos, cruzando los brazos sobre el pecho. —Antes de contarles algo, quiero garantías.

—¿Qué garantías? —soltó Nick.

—Inmunidad, para empezar.

—No nos has dado nada para concederte eso —espetó Nick.

—Bueno, todavía no confío en que... —comenzó Myia.

—Myia —interrumpió Adrian. Estaba haciendo su mejor esfuerzo, pero su paciencia también se agotaba—. Te lo repito, no nos interesas tú ni cualesquiera que sean tus actividades. Solo nos interesa impedir que personas peligrosas encuentren Atlantis. Lo más que podemos prometerte por ahora es no preguntar cómo obtuviste la información que nos proporciones. Si eso todavía no es suficiente, nos vamos... pero también lo hace una potencial recompensa por ayudarnos.

Adrian no mencionó que ni siquiera estaba segura de poder conseguir esa recompensa. Pero ahora era el momento de marcar la línea en la arena; Myia era claramente del tipo que se aprovechaba de tener incluso la más mínima ventaja en una situación dada.

La boca de Myia se tensó. Elias dio un paso adelante y murmuró algo en su oído. Ella cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—El verdadero nombre de Sócrates era Ben Grant. Es... era... originario de Australia. Éramos... amigos —dijo, con la voz entrecortándose ligeramente—. Encontraba artefactos por medios... cuestionables y los vendía al mejor postor. Sabía que lo que hacía era peligroso, pero siempre fue extremadamente cuidadoso. No sé cómo pudo haber sucedido esto.

—El artefacto que Sócrates... Ben... le mostró a Elias —dijo Adrian suavemente—. ¿Sabes algo sobre él? ¿Cómo lo obtuvo?

—Me envió una foto —dijo Myia, después de dudar un momento —. No me dijo exactamente dónde lo encontró, solo me dijo que únicamente se lo mostró a un amigo conservador para que lo verificara.

—¿Tienes la foto? —preguntó Nick.

—Quiero saber sobre esa recompensa —dijo Myia.

—Muéstranos primero lo que tienes —respondió Adrian.

Myia miró a Elias, quien le dio un gesto alentador. Les hizo un gesto para que la siguieran, llevándolos a un estudio. Los dejó allí,

regresando momentos después con una laptop. La abrió, escribiendo una contraseña antes de colocarla en el gran escritorio frente a ellos.

Adrian se quedó paralizada ante la imagen que llenaba la pantalla de la laptop. Era la misma inscripción que Elias le había mostrado, pero había *más*, los fragmentos de arcilla en los que estaba inscrita parcialmente recompuestos.

Todas las marcas eran de Lineal A, siendo las únicas marcas familiares la palabra pre-griega para Atlántida.

—Necesito mostrar esto a nuestro equipo en DC —dijo.

Myia se tensó, pero Adrian le lanzó una mirada dura, su paciencia llegando al límite. —Myia, no tenemos opción. Esta es la única evidencia fuera del papiro de Solón que podría llevarnos a Atlantis. Si quieres esa recompensa, vamos a necesitar ayuda. Y no te estoy pidiendo permiso —añadió con firmeza.

Myia la fulminó con la mirada, pero pareció darse cuenta de que no tenía elección en el asunto, especialmente cuando Nick colocó su alta figura protectoramente frente a la laptop. Adrian mantuvo su mirada fija en Myia mientras sacaba su teléfono y llamaba al grupo de trabajo, poniendo el altavoz.

Vince fue quien contestó. —Si no son el intrépido dúo —dijo—. Supongo que solo nos llaman porque necesitan algo, ¿verdad? Vamos a tener que trabajar en esta relación. Necesita haber más reciprocidad.

A pesar de la tensión del momento, los labios de Adrian se curvaron con diversión.

—Podemos trabajar en ello —dijo—. Pero por ahora, necesitamos ayuda para descifrar un sistema de escritura de tres mil años de antigüedad.

TRECE

Atenas, Grecia
10:15 P.M.

Stephanos entró en el comedor que daba a una de las piscinas de su propiedad, saludando a los tres miembros principales de CHSR que lo esperaban allí. En su opinión, ellos eran sus verdaderos aliados y algunos de los benefactores más ricos de la organización, cuyos recursos resultaban invaluables para sus planes. Eran Iris y Spiros Kalyvas, un matrimonio de cuarenta años; Iris era heredera de la fortuna bancaria de su padre, y Viktor Drossos, un magnate del petróleo y el gas de la edad de Stephanos, que creía tan fervientemente como él en la sabiduría ancestral.

Ellos conocían sus planes y lo apoyaban.

Los había convocado aquí para informarles en persona sobre los recientes contratiempos que había experimentado en su búsqueda de Atlantis. Consideró que era mejor adelantarse a todo y asegurarles que todo seguía según lo planeado, a pesar de su propia frustración por los reveses.

—En tu mensaje mencionaste un contratiempo —dijo Iris bruscamente, tan pronto como los saludó—. ¿Qué está pasando? ¿Estás avanzando con el papiro?

Stephanos se tensó. No le gustaba su tono despectivo. Le recordaba la forma en que los otros miembros de la junta le habían hablado.

—Mi equipo está trabajando en ello mientras hablamos, y tendrán resultados en breve —mintió Stephanos—. En cuanto a la inscripción encontrada en los fragmentos, nuestro contacto en Heraklion se negó a decirnos dónde los encontró, lo que ayudaría enormemente a mis expertos con el desciframiento. Como no cooperó, desafortunadamente tuvimos que encargarnos de él.

—Pareces confiado a pesar de tu falta de progreso —dijo Spiros bruscamente—. Cuando se encontró el papiro, nos dijiste que era solo cuestión de tiempo antes de que localizaras Atlantis.

—Es solo cuestión de tiempo —dijo Stephanos, esforzándose por mantener la calma en su voz. Odiaba que lo desafiaran. Se suponía que todos estaban del mismo lado—. Pero con un hallazgo de esta magnitud, es inevitable que haya contratiempos iniciales.

—No has detenido nuestros otros planes, ¿verdad? Parece que has perdido el enfoque desde que se descubrió el papiro —dijo Iris con el ceño fruncido.

—Mi gente sigue trabajando en segundo plano —dijo Stephanos secamente. Respiró hondo para calmarse antes de continuar—. Pero ¿no lo veis? Atlantis es la clave de todo esto. Si lo que buscamos está allí, acelerará mis... nuestros planes.

Sin embargo, todavía parecían inseguros. La ira crecía en las entrañas de Stephanos. Tenían suerte de que él hubiera decidido incluirlos en sus planes, y ahora dudaban de él. Incluso sus supuestos aliados estaban en su contra. Forzó una sonrisa. —Debería dejar que regresen a sus hogares. Mi conductor os llevará de vuelta, por supuesto. Os mantendré informados de cualquier progreso.

Salieron en fila, dejándolo solo. Se acercó a las ventanas del suelo al techo, con la mirada fija en el cielo nocturno. Stephanos echaba mucho de menos a su padre en momentos como este; era el único que veía la brillantez de Stephanos por lo que realmente era.

—Ellos no te comprenden, *agape mou* —murmuró una voz sensual desde detrás de él—. Pero yo sí.

Stephanos se tensó con irritación. —Se supone que deberías estar buscando a Elias Mandreou y a esos dos agentes americanos. ¿Qué sigues haciendo aquí?

—¿Quieres que me vaya? ¿No quieres escuchar la información que tengo para ti?

Él se quedó inmóvil, girándose para enfrentar a Irina. Ella parecía muy complacida consigo misma, apoyada contra el marco de la puerta con una sonrisa burlona.

La estudió. Irina había sido una asesina mercenaria que le presentó un traficante de armas. Cuando se dio cuenta de que era tan despiadada como él, y ferozmente leal, la contrató para su escolta personal, pero se había convertido en mucho más. No sabía mucho sobre sus antecedentes, solo que no tenía familia, y tenía la sensación de que había estado sola durante mucho tiempo, quizás la mayor parte de su vida. Haría lo que fuera necesario para sobrevivir.

Avanzó hacia ella y envolvió su mano alrededor de su garganta. En lugar de parecer temerosa, había excitación en los ojos de Irina. Incluso se inclinó hacia su contacto. *Puta loca*. Pero tenía que admitir que encontraba sexy su falta de miedo. Siempre había encontrado sexy la intrepidez de Irina, incluso cuando lo irritaba, como ahora mismo.

—No juegues conmigo —siseó.

—No lo hago.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Primero, quiero tu palabra de que obtendré una parte del tesoro que encuentres en Atlantis. Y quiero que dejes de tratarme como una novia necesitada. Puede que hayamos sido amantes, pero soy uno de tus soldados más leales. No lo olvides —dijo Iris, su actitud juguetona desaparecida, sus ojos verdes destellando fuego.

Stephanos la miró fijamente, furioso y excitado a la vez. No quería prometerle nada, pero si ella sabía algo de valor...

—Siempre que lo que tengas que decirme ayude a conducir a Atlantis —espetó.

—Lo hace. En cierto modo.

—¿En cierto modo? Irina...

—¿Quieres mi información o no?

—Bien —dijo entre dientes apretados—. Ahora. ¿Qué es?

Ella se inclinó cerca, de modo que sus labios casi se tocaban. —Hay alguien en la organización que está trabajando activamente

contra ti, Stephanos. No quieren que encuentres Atlantis.

12:03 A.M.

Inquieta, Adrian recorrió de un lado a otro la sala de estar, con la mente acelerada.

Ella y Nick se habían conectado con Layla, la lingüista del grupo de trabajo, mostrándole las inscripciones. Después de observarlas con asombro, Layla les informó que, aunque estaba familiarizada con el Lineal A, todavía necesitaba la opinión de un contacto lingüista en la CIA, que sabía aún más sobre el sistema de escritura para ayudar a descifrar cualquier parte de él.

—Pero sigue siendo una posibilidad remota —advirtió Layla—. Incluso con lo que tenemos del papiro, los lingüistas todavía no han podido descifrar de manera concluyente el Lineal A.

—Tomaremos lo que podamos conseguir —respondió Adrian. Sabía que incluso si Layla y su contacto solo podían descifrar una o dos palabras, eso podría señalarles la dirección correcta.

Elias y Myia se mantenían en una esquina de la habitación; Myia lucía abatida y afligida, Elias pálido y conmocionado. Ella sabía que ambos todavía estaban conmocionados por el asesinato de Sócrates.

Nick observaba a Adrian con cautela, con los brazos cruzados sobre el pecho. Había observado su inquieto caminar durante muchas noches trabajando casos durante sus primeros días en el FBI. Aun así, había extendido la mano para tomar la suya, haciendo que esa conocida conciencia ante su tacto cobrara vida.

—Deberías intentar descansar un poco, West —le instó.

—Ni hablar. Me conoces, Nick. No voy a dormir hasta que obtenga respuestas.

Él soltó su mano con un suspiro, y ella trató de no notar cuánto echaba de menos su breve contacto antes de reanudar su paseo.

También estaba preocupada por la persona que había matado a Sócrates. ¿De alguna manera habían conseguido el artefacto? ¿Ya

estaban adelantados y sabían hacia dónde apuntaban las inscripciones?

Un pitido sonó en el portátil de Myia, indicando una llamada entrante. Adrian y los demás se apresuraron a contestar. El rostro de Layla apareció en la pantalla.

—Aquí está donde nos encontramos —dijo ella—. Pudimos adivinar dos palabras de la inscripción. Hicimos una transliteración aproximada usando los logogramas, comparándolos con el sistema de escritura Lineal B.

—¿En términos sencillos para los que no somos lingüistas? —preguntó Nick, levantando las cejas.

—Derivamos valores fonéticos de los sonidos silábicos del Lineal B —dijo Layla. Compartió su pantalla de ordenador con ellos, ampliando dos de las inscripciones—. Es posible que esto represente *Di-kta* y este, *wa-na-ka*. Vamos a ver si podemos adivinar algunas otras palabras, pero no puedo hacer promesas.

—Esto es genial, Layla —dijo Adrian—. Gracias.

—"Dikta" y "wanaka" —dijo Nick, volviéndose para mirarla con el ceño fruncido después de que Layla se desconectara—. ¿Alguna idea de lo que podrían significar esas palabras?

—"Dikta" es probablemente una ortografía alternativa que se refiere a una cordillera en el este de Creta: las montañas Dikti —dijo Elias lentamente.

—Y "wanaka" es la raíz de la palabra griega "anax", que significa líder o rey —añadió Adrian, pensando en voz alta—. Se cree que sus orígenes son pregriegros y posteriormente se incorporaron al idioma griego. Anax se usaba en la *Ilíada* para referirse a Agamenón, un rey micénico. Anax también se usa a veces en griego moderno para referirse a la realeza.

—Bien. Así que tenemos una palabra antigua para Atlantis, una palabra que podría referirse a la cordillera Dikti y la palabra para rey —dijo Nick—. ¿Alguien tiene alguna idea?

Myia se encogió de hombros mientras Elias parecía sumido en sus pensamientos. Adrian tamborileó con los dedos sobre el escritorio, volviéndose para mirar a Elias.

—¿Qué puedes decirnos sobre la civilización minoica? —preguntó.

—Bueno, fue una civilización avanzada que prosperó en Creta durante la Edad de Bronce. Muchos historiadores la consideran una de las primeras, si no la primera, civilizaciones avanzadas de Europa. Tenían arte, arquitectura, un sistema de escritura y probablemente dominaban el comercio en el Mediterráneo. Hay cierto debate sobre lo que provocó su caída, pero el consenso es que fue una combinación de factores: la invasión de los griegos micénicos y una erupción en la cercana isla de Santorini, que desestabilizó el clima, afectando los recursos naturales de la isla —dijo Elias—. Después de su caída, gradualmente cayó en el olvido hasta su redescubrimiento por Arthur Evans.

—Arthur Evans —dijo Nick, poniendo los ojos en blanco—. He oído hablar de ese tipo.

Adrian le dio a Nick una sonrisa irónica. Arthur Evans era un arqueólogo británico que descubrió el complejo palaciego de Knossos, al que denominó Palacio de Minos. Esto llevó al redescubrimiento de la civilización minoica, así nombrada por el mítico rey Minos de la mitología griega. Evans se ganó el desprecio de muchos historiadores cuando reconstruyó paredes, habitaciones y columnas del complejo durante la restauración, para horror de los arqueólogos. Aunque los historiadores modernos ahora reconocían y elogiaban a Evans por su descubrimiento de una civilización largamente olvidada, la controversia de sus acciones siguió perdurando mucho después de su muerte.

Los pensamientos de Adrian pasaron de Evans a la caída de esta gran civilización. ¿Cuál era la conexión con Atlantis? Las palabras rey y Dikta añadían poco para desentrañar el misterio. Necesitaban más.

—Hay algo más a lo que podría referirse Dikta —dijo Elias—. Existe una teoría de que el nombre minoico Dikta en realidad se refería a la antigua Zakros, y hay menciones en escritos antiguos de que Dikta era una montaña *y* un lugar. El historiador griego antiguo Diodoro menciona en sus escritos que el dios Zeus fundó una ciudad cerca de Dikti, el lugar legendario de su nacimiento.

—¿Zakros? —intervino Myia—. ¿Como en el palacio minoico de Zakros?

—Ese mismo —dijo Elias. Se volvió hacia Adrian y Nick—. La mayoría de la gente ha oído hablar del palacio de Knossos, que es el que impulsa gran parte del turismo de Creta. Zakros es otro palacio minoico en el este de Creta. Es el último en ser descubierto, el más aislado de los tres palacios de la era minoica en Creta. Pero era de gran importancia; tenía aproximadamente ocho mil metros cuadrados con ciento cincuenta habitaciones. El comercio era su enfoque principal y, dada su ubicación en el este, su comercio se centraba en rutas orientales.

Adrian miró a Nick, con el corazón acelerándose. Si Elias tenía razón, tenían un lugar concreto donde buscar.

—¿Adónde fueron llevados los artefactos excavados de Zakros? —preguntó.

—Al Museo Arqueológico de Heraklion —dijo Elias—. Y da la casualidad de que tengo un contacto allí que puede ayudarnos.

CATORCE

Atenas, Grecia
12:32 A.M.

Athena se incorporó en su cama de hospital, frotándose los ojos somnolientos cuando su jefe, el sargento de policía Yiannis Stergiou, y un hombre alto, fornido y rubio a quien no reconocía, entraron en su habitación. Estaba quedándose dormida cuando una enfermera le había preguntado si estaría dispuesta a recibir visitas a una hora tan tardía. Athena había aceptado, suponiendo que sería Stavros otra vez. La sorpresa cruzó su rostro al ver a su jefe y a este otro hombre.

—Perdona por visitarte a esta hora tan tardía —dijo Yiannis—. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Solo cansada y con ganas de salir de aquí —dijo ella—. ¿Qué ocurre? ¿Ha habido algún avance en el caso?

Yiannis soltó un suspiro, frunciendo el ceño con preocupación.

—No, por desgracia. Este es el teniente Tobias Vasileiou —dijo, señalando al otro hombre, quien le ofreció un rígido asentimiento—. Estamos aquí por tu compañero. No se ha visto a Stavros desde que salió de tu habitación antes. No se presentó a una reunión sobre el caso en la central, lo que ya sabes que no es propio de él. Llamé a su esposa; no lo ha visto desde que salió para venir a visitarte. Y no responde al teléfono.

El pánico se encendió en su pecho al recordar el comportamiento esquivo de Stavros anteriormente. Tenía que estar relacionado. Se maldijo por no haberlo presionado al respecto. ¿Y si estaba en peligro? ¿Metido en algo que le superaba, algo relacionado con este caso?

Tragó saliva, desviando la mirada hacia el teniente. Por muy preocupada que estuviera por Stavros, estaba aún más confundida sobre por qué él estaba allí. Un investigador desaparecido estaba muy por debajo de su categoría profesional.

—Estaba casualmente en el despacho de su jefe cuando llegó la llamada sobre su compañero desaparecido —dijo, como si le leyera la mente—. Dada la importancia del caso en el que está trabajando, quería ayudar. ¿Stavros mencionó algo en particular mientras estuvo aquí? ¿Algo más aparte del caso?

La inquietud le recorrió la espalda al recordar las palabras que Stavros le había dicho antes. Aunque él era su superior, había algo en Tobias que no le inspiraba confianza.

—No —mintió, manteniendo su mirada—. Solo hablamos del caso. Me instó a descansar un poco y luego se fue.

—¿Está segura? —insistió Tobias—. Cualquier cosa puede ayudarnos a localizarlo.

—Ojalá tuviera más información —dijo con rigidez.

Un destello de frustración cruzó el rostro de Tobias, pero le dedicó una tensa sonrisa.

—De acuerdo. Bueno, la dejaremos descansar, y por supuesto, la mantendremos informada sobre la búsqueda de su compañero. Antes de irnos, quería informarle personalmente que le estamos concediendo un tiempo de baja extendido debido a su lesión.

—Estoy bien —dijo Athena, negando con la cabeza—. Ni siquiera necesito estar en el hospital. Solo estoy aquí en observación. Soy perfectamente capaz de...

—Difícilmente podemos permitir que un investigador herido en acto de servicio no se tome un tiempo para el descanso necesario —dijo Tobias. Seguía sonriendo, pero su tono era puro acero—. Debo insistir. Tenemos todas sus notas y un equipo competente trabajando con otras agencias en este caso.

La ira y la frustración se apoderaron de ella. Yiannis parecía arrepentido, pero sutilmente negó con la cabeza. Tuvo que respirar hondo varias veces para calmarse, ofreciendo a Tobias un asentimiento mientras se preparaba para contar otra mentira.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Lo entiendo.

—Bien. Y de nuevo, por favor contáctenos inmediatamente si sabe algo de Stavros.

Se dirigieron a la salida, con Yiannis vacilando un momento antes de seguir a Tobias fuera de la habitación.

Athena permaneció inmóvil durante unos buenos veinte minutos, con el corazón acelerado, antes de deslizarse fuera de la cama. Ahora que sabía que Stavros había desaparecido, estaba completamente despierta, y no iba a perder ni un segundo más tumbada en esta maldita cama de hospital. Algo más estaba sucediendo aquí, y con la visita del teniente, tenía la oscura sensación de que su propio departamento estaba involucrado. Ahora estaba aún más decidida a averiguar exactamente de qué se trataba.

Pero primero, tenía que encontrar a su compañero.

Heraklion, Creta
1:17 A.M.

Adrian detuvo su coche de alquiler a varias manzanas del Museo de Heraklion, donde iban a encontrarse con el contacto de Elias, Kostas, un conservador del museo.

Elias había salido de la habitación para llamar a Kostas, convenciéndolo de que les mostrara la colección de Zakros en el museo a esa hora tan tardía. Le había contado a Kostas una historia sobre una conferencia de última hora que iba a dar en la Universidad de Creta y que necesitaba desesperadamente verificar un objeto de la colección, en persona.

—Por suerte para nosotros —dijo Elias con una sonrisa irónica—, soy conocido por mi procrastinación y por necesitar las cosas a última hora.

Aun así, Adrian notó que Elias parecía increíblemente nervioso desde que había hecho la llamada, tanto que Myia le había preguntado varias veces si estaba bien durante el trayecto al museo.

—Estoy bien —respondió Elias, dedicándole una sonrisa forzada —. Solo espero que estemos en la pista correcta.

Un SUV negro ya estaba estacionado frente a ellos, y tan pronto como se bajaron, un hombre rechoncho y calvo, que Adrian supuso que era Kostas, se les acercó.

Adrian se tensó cuando él se acercó. Algo parecía... extraño en él. Su sonrisa era tensa, su cuerpo rígido de tensión, incluso cuando le dio la mano a Elias y este los presentó a todos. Sus ojos se desviaron hacia Elias, cuyo lenguaje corporal también irradiaba incomodidad. Había creído su explicación para estar nervioso antes, pero al ver un comportamiento similar en Kostas, sus alarmas se dispararon. ¿Qué estaba pasando?

—Debido a los protocolos de seguridad, necesito que se quiten sus armas de servicio antes de entrar —dijo Kostas, sin mirarlos a los ojos.

—No —dijo Nick inmediatamente, pareciendo tan suspicaz como ella se sentía—. Somos agentes federales, y nosotros...

La puerta del SUV se abrió, y un hombre imponentemente grande, de pelo oscuro, con una cicatriz irregular en la mejilla, salió y apuntó un arma contra sus pechos.

—Les aconsejo que escuchen al hombre —dijo con calma.

QUINCE

Otros tres hombres bajaron del SUV, apuntándoles con pistolas.

El pánico inundó a Adrian, su cuerpo se tensó. Sus instintos ciertamente habían acertado sobre algo sospechoso.

Pero ¿quiénes eran estos hombres? ¿Les habría alertado Kostas?

Su respuesta llegó instantáneamente. El hombre, todavía mirando fijamente a Adrian, Nick y Myia, se dirigió a Elias.

—Gracias por tu ayuda, Elias —dijo.

La mirada de Adrian voló hacia Elias. Él desvió los ojos. Su rostro había palidecido, su expresión impregnada de vergüenza.

Se maldijo en silencio. ¿Cómo pudo haber pasado esto por alto? Había sospechado que Elias todavía les ocultaba algo, pero ni siquiera había considerado que estuviera trabajando para el otro bando. Pero ahora que lo pensaba, su llamada a su habitación del hospital, su continua reserva y su extraño nerviosismo en el camino al museo ahora tenían sentido.

Adrian se obligó a suprimir su maraña de emociones. No tenía tiempo para revolcarse en su sensación de vergüenza, humillación y traición. El hombre todavía la miraba fríamente, con su pistola apuntando a su pecho.

Echó un vistazo rápido a Nick. Podrían arriesgarse a intentar salir de esto luchando, pero estaban en desventaja numérica, y no sabía si estos hombres tenían aún más refuerzos. Era demasiado arriesgado.

Adrian tragó saliva, sacando su arma de servicio y arrojándola al suelo. Nick y Myia hicieron lo mismo.

—Buena elección —dijo el hombre, haciéndole un gesto con la cabeza—. Ahora caminen. Despacio. No dudaremos en dispararles. Y cuando disparamos, disparamos a matar.

Mientras se dirigían hacia el museo, con los hombres rodeándolos en una formación cerrada, Adrian trató de calmar sus pensamientos acelerados. *Piensa.* Las cámaras de seguridad del museo, y la seguridad misma, probablemente habían sido neutralizadas, así que no habría ayuda por ese lado.

Nick, que caminaba cerca de ella, parecía tan sumido en sus pensamientos como ella, sin duda también considerando cómo salir de esto. Myia, caminando a su otro lado, prácticamente temblaba de furia, fulminando con la mirada la nuca de Elias. Como alguien que conocía a Elias, Adrian solo podía imaginar la profundidad de la traición que debía sentir. Una renovada sensación de ira la invadió cuando su mirada recayó en Elias, que caminaba rígidamente junto al hombre, a quien uno de los otros hombres se dirigió como Michalis. Se instó a sí misma a sofocar esa ira. Solo necesitaba concentrarse en sacarlos de esto, y necesitaba calma para hacerlo.

Llegaron a la entrada lateral del museo, donde un visiblemente tembloroso Kostas usó su tarjeta llave para entrar. Estudió a Kostas. Dado su comportamiento, no era un participante voluntario en esto. Michalis probablemente lo había amenazado. ¿Podría ser él la clave para su escape?

Kostas se encontró con su mirada, pero rápidamente apartó la vista. Tenía la clara sensación de que él solo se preocuparía por mantenerse a salvo, y parecía aterrorizado por Michalis. Necesitaba pensar en otra manera.

Kostas los condujo al interior del museo. En contraste con los antiguos artefactos que albergaba, el Museo de Heraklion era de diseño arquitectónico moderno con pisos bien iluminados, con espaciosos espacios de exhibición que abarcaban miles de años de historia cretense, y la colección más grande del mundo de artefactos minoicos, desde esculturas hasta cerámica, antiguos sellos y joyas. Adrian nunca había estado aquí antes, pero este no era el momento

para admirar los tesoros que los rodeaban mientras avanzaban por un largo corredor y pasaban por las salas de exposición que presentaban varios artefactos minoicos. Escaneó sutilmente buscando salidas, pero apenas podía ver más allá de los hombres que los rodeaban.

Kostas los condujo al espacio de exhibición que estaba dedicado únicamente a los hallazgos de Zakros. Solo entonces los hombres retrocedieron, dándoles espacio para moverse, pero vigilando a cada uno de ellos como halcones.

Adrian dio un paso adelante, tratando de parecer como si se estuviera concentrando en observar los artefactos en sus vitrinas, desde cerámica hasta jarrones y ritones, que eran recipientes para beber en rituales de libación. Pero todo lo que podía pensar era en cómo salir de su difícil situación.

—Esperamos encontrar algo que apunte a Atlantis entre estos artefactos, dado que la inscripción en los fragmentos podría señalar al palacio de Zakros —le dijo Elias a Michalis, dando un paso adelante, sus ojos escaneando los artefactos.

—¿Como qué? —preguntó Michalis con impaciencia.

—No lo sabemos —dijo Elias, volviéndose para mirar a Adrian y Nick, como si buscara justificación. Nick lo fulminó con la mirada mientras Adrian mantuvo su expresión neutral—. Un símbolo, una inscripción...

Michalis dirigió su mirada hacia ella, y Adrian se obligó a dar un paso adelante, concentrándose en los artefactos ante ella. Si podía darle algo a Michalis, incluso algo falso, habría una manera de salir de esto.

Su mirada se posó en ritones con grabados detallados que representaban santuarios religiosos al aire libre, con símbolos religiosos minoicos, como los cuernos de consagración flotando sobre ellos. Observó los otros artefactos, notando un motivo común de diseños marinos o florales junto con simbologías religiosas, pero no había una prueba contundente, nada que se vinculara con lo que habían encontrado hasta ahora que pudiera apuntar hacia Atlantis.

—No estoy viendo nada —dijo Elias con un suspiro frustrado. Se volvió hacia Kostas—. ¿Hay más artefactos en almacenamiento del

sitio?

—N-no actualmente —tartamudeó Kostas, lanzando una mirada temerosa a Michalis.

Elias se volvió hacia Michalis. —No creo que vayamos a encontrar lo que buscamos aquí.

—¿Por qué no? —exigió Michalis, con un tono agudo y peligroso —. Por teléfono, me dijiste...

—Te dije que *pensaba* que podría haber algo aquí. Pero parece que me equivoqué —dijo Elias—. La inscripción en los fragmentos... todavía creo que es significativo que pudiera mencionar a Zakros. Puede haber algo en el propio sitio arqueológico que estemos pasando por alto aquí. Es un viaje de tres horas hacia el este desde aquí, pero podemos llegar más rápido, dado la hora de la noche — añadió Elias.

Michalis entrecerró los ojos, dando un paso amenazador hacia adelante. —Si me estás mintiendo, sabes lo que está en juego.

Adrian mantuvo su expresión neutral, aunque la sorpresa se encendió dentro de ella. Elias no había mencionado ir directamente al palacio antes, insistiendo en que los artefactos excavados del sitio eran los que contenían respuestas. ¿Estaba ganando tiempo? ¿Tratando de ayudarlos a salir de esto? ¿O eso era solo un pensamiento optimista de su parte?

Elias le dio a Michalis un asentimiento tembloroso. El cerebro de Adrian como perfiladora intentaba mantenerse al día. No sabía si podía confiar en Elias o no, y claramente, su captor tampoco lo sabía. Ella sí sabía que ir a otro lugar, lejos de este, era su mejor oportunidad para intentar escapar.

Michalis se volvió hacia Adrian, Nick y Myia, dándoles una mirada letal. —Iremos a Zakros en coches separados. Si alguno de ustedes intenta algo, mis hombres los matarán a todos a tiros, sin hacer preguntas. ¿Me he explicado bien?

Esperó a que asintieran antes de volverse hacia sus hombres, ladrándoles órdenes en griego. Adrian y Nick hicieron el más breve contacto visual, su expresión estoica, pero ella sabía que Nick estaba en la misma página. Esta era su oportunidad de escapar.

Solo podía rezar para que sobrevivieran al intento.

2:02 A.M.

Nick apretó los dientes mientras uno de los hombres lo empujaba hacia la parte trasera de un coche que los esperaba. Habían puesto a Adrian y Elias en el SUV, y a él y a Myia en otro coche oscuro estacionado frente a él. Nick odiaba estar separado de Adrian, aunque sabía que su compañera era más que capaz de cuidarse sola.

Pronto quedó encajado entre Myia y el mismo hombre que lo había empujado, y uno de los otros hombres tomó el asiento del conductor. Myia miraba fijamente hacia adelante, con los dientes apretados. No parecía ni remotamente asustada, solo enfurecida. Él quería llamar su atención, pero no sabía cómo hacerlo sin alertar a los dos hombres. Para que su plan funcionara, ambos necesitaban estar involucrados. Como no tenía tiempo para comunicarse con ella, necesitaba simplemente actuar. El tiempo era esencial. Solo esperaba que ella fuera buena para improvisar.

Nick hizo una evaluación mental de los dos hombres. El hombre en la parte trasera, con él y Myia, era grande y ancho, pero corpulento; no sería tan rápido como Nick. El conductor era solo un poco más pequeño, pero eso no significaba que no fuera fuerte. Nick tendría que actuar muy, muy rápido... o correría el riesgo de matarlos a todos.

Nick permaneció completamente inmóvil, su mirada fija hacia adelante mientras el conductor arrancaba el coche y salía a la carretera. Deliberadamente mantuvo su respiración muy estable, algo que había aprendido durante su entrenamiento en la academia, controlando la adrenalina.

La necesitaría toda muy pronto.

Su coche entró en la autopista que salía de Heraklion. Nick esperó, su corazón latiendo constantemente, hasta que su coche giró hacia un tramo aislado de carretera. Más adelante, había una curva pronunciada, y él sabía que esta era su oportunidad.

Sutilmente golpeó la pierna de Myia con la suya. Myia no reaccionó, manteniendo la mirada fija hacia adelante, pero él sabía que lo había sentido. O lo estaba ignorando o tenía una gran cara de póker. Rezó para que fuera lo segundo.

Nick contó hasta tres. Cuando el coche se acercaba a la curva en la carretera...

Entró en acción, lanzándose hacia adelante.

DIECISÉIS

Adrian sabía que ella atacaría; solo que no sabía cuándo.

Tan pronto como vio el coche con Nick y Myia dentro virar bruscamente hacia la derecha, la decisión fue tomada por ella.

Adrian estaba sentada en la parte trasera del SUV, apretujada entre Elias y uno de los hombres de Michalis a su derecha, con Michalis en el asiento delantero del copiloto junto al conductor. No confiaba en Elias, así que se movió sin alertarlo, aprovechando el elemento sorpresa para golpear al guardia a su lado en la cara con el codo. Sorprendido y soltando un aullido de dolor, dejó caer su arma. Antes de que pudiera contraatacar, Adrian le dio un segundo codazo en el ojo.

En el asiento delantero, Michalis se volvió hacia ella con un gruñido, levantando su arma. Moviéndose lo más rápido que pudo, Adrian lanzó su cuerpo hacia adelante, golpeando el arma fuera de su mano y abalanzándose hacia el volante, girándolo violentamente hacia la derecha, mientras el conductor intentaba quitársela de encima-

El conductor pisó los frenos mientras el coche viraba, pero ya había perdido el control. Adrian retrocedió y se acurrucó en el suelo detrás del asiento del copiloto, colocándose en posición de impacto mientras el SUV se desviaba hacia el lado de la carretera, estrellándose contra la parte trasera del otro coche con un espantoso crujido.

El impacto lanzó a Adrian contra la puerta lateral, y el dolor se irradió por su columna.

Haciendo una mueca, se obligó a enderezarse. El guardia en el asiento trasero estaba desplomado contra el lado de la puerta, inconsciente. Elias parecía aturdido; tenía un feo corte en el lateral de la sien, pero por lo demás parecía ileso.

El conductor estaba encorvado sobre el volante, completamente inmóvil. Michalis también se había inclinado hacia adelante, pero podía oír su respiración entrecortada.

Ignorando el dolor que se extendía por su espalda, Adrian alcanzó el arma del guardia en el suelo y pasó junto a Elias, abriendo la puerta. Tan pronto como salió, giró para enfrentarse a Elias, apuntando el arma a su pecho. El rostro de Elias palideció y levantó las manos.

—Por favor, yo...— comenzó.

—Sal y ponte de rodillas. Manos donde pueda verlas —ordenó ella.

Elias obedeció, y ella se dirigió a la puerta del lado del copiloto. Michalis había recuperado el conocimiento y estaba luchando por abrir su puerta.

Adrian la abrió de golpe. Michalis se abalanzó sobre ella, pero Adrian bajó la culata de su pistola sobre la sien de él con toda la fuerza que pudo reunir. Michalis se desplomó, inconsciente.

Ella se tambaleó hacia atrás, respirando a través de su dolor. Se giró para ver a Nick y Myia saliendo del coche frente a ellos, ambos manejando los cuerpos inconscientes del conductor y el guardia. Adrian volvió rápidamente hacia Elias, quien seguía obedientemente de rodillas, temblando, con las manos levantadas.

—Por favor, no tuve elección. Amenazaron con matar a mi prometida —dijo con la voz quebrada.

Adrian lo estudió detenidamente. Por primera vez, vio emoción genuina en sus ojos. Estaba siendo sincero con ella. Bajó su arma, tomando varias respiraciones para calmarse. Por muy enfadada que estuviera con él, y aunque seguía sin confiar en él, necesitaba cualquier información que tuviera.

Myia se acercó, marchando hacia Elias, apuntándole con su pistola, con los ojos salvajes de rabia.

—¡Myia! —gritó Adrian.

Myia la ignoró. Justo cuando su dedo comenzaba a apretar el gatillo, Nick la derribó por detrás, desarmándola. Myia luchó contra él, sus ojos oscuros despedían fuego hacia Elias.

—¿Estás trabajando para ellos? —gritó—. ¿Sabes lo que me han hecho a mí? ¿A mi familia? ¡Confié en ti!

Adrian se quedó paralizada, mirando alternativamente la cara confusa y afligida de Elias y la furiosa de Myia. ¿De qué estaba hablando Myia? Adrian tenía un millón de preguntas más, pero ahora no era el momento.

—No tenemos tiempo para esto —siseó—. Necesitamos contactar a la policía local y poner a estos hombres bajo custodia. —Le dirigió a Elias una mirada severa—. Y entonces necesitamos algunas respuestas.

DIECISIETE

Hersonissos, Creta
4:08 A.M.

—Habla —dijo Adrian bruscamente a Elias.

Ella, Nick y Elias estaban en una sala de espera vacía en la pequeña comisaría de Hersonissos, la ciudad más cercana al lugar donde habían sufrido el accidente. Hersonissos era popular entre los turistas que querían escapar de la ciudad de Heraklion y disfrutar de las playas del Mediterráneo.

Pudo notar que la policía local estaba abrumada cuando llegaron a la escena. Después de que Adrian y Nick mostraran sus credenciales, tomaron sus declaraciones y llevaron a Michalis, junto con uno de sus hombres, bajo custodia; habían trasladado a los otros dos hombres a un hospital local para tratar sus heridas. La policía había enviado a un agente tanto al museo como a la dirección de Kostas, pero el comisario ya había huido.

Los paramédicos que habían llegado a la escena los habían examinado, curando el corte de Elias y dándole a Adrian analgésicos para su dolor de espalda, diciéndoles que ambos tenían suerte de que sus lesiones no fueran más graves.

Myia, desconfiada y recelosa de los agentes de policía, los estaba esperando fuera de la comisaría en su coche de alquiler que la policía había recuperado para ellos. Adrian también tenía preguntas para Myia, a la luz de lo que había revelado cuando gritaba a Elias,

pero había optado por esperar hasta después de hablar con él. Quería darle a Myia más tiempo para calmarse.

Nick había contactado con la policía en Atenas para ponerlos al día; estaban organizando el traslado de Michalis y sus hombres a la sede policial allí para ser interrogados. Michalis y su colega estaban en una celda de detención aquí hasta que pudieran ser transportados a Atenas. Adrian había intentado interrogar a Michalis y a su subordinado, pero ambos eran como muros de hormigón, mirándola sin verla y negándose a responder a cualquier pregunta que les hiciera. Frustrada, ella y Nick habían centrado su atención en Elias.

Había decidido no decirle a la policía que Elias estaba trabajando con Michalis y sus hombres, al menos por ahora. Primero había respuestas que quería obtener por sí misma.

Elias estaba sentado en silencio, todavía parecía conmocionado, con las manos apoyadas en las rodillas. No respondió de inmediato a la insistencia de Adrian. Nick dio un paso adelante, mirándolo con severidad.

—*Habla* —repitió Nick—. Ahora mismo.

Nick se había opuesto a no informar a la policía sobre Elias. Aunque no estaba tan furioso como Myia, seguía estando tenso, y solo había aceptado a regañadientes el plan de Adrian siempre y cuando obtuvieran respuestas de Elias.

—Michalis se acercó a mí un mes antes de que robaran el papiro. No sabía que planeaba robarlo. Lo juro —añadió rápidamente—. Me dijo que iba a ayudarlo con algo, o iba a matar a... —Tomó una respiración profunda y temblorosa—. Mi prometida. Al principio no le creí. Así que... hizo que alguien la golpeara para demostrar lo serio que era. La dejó en el hospital. Luego me dijo que mataría no solo a mi prometida, sino también a otros miembros de mi familia.

—¿Qué quería exactamente de ti? —preguntó Adrian.

—Conocía mi experiencia en civilizaciones antiguas del Mediterráneo y quería que le proporcionara cualquier información que tuviera respecto al papiro y adónde podría conducir. Después de que robaran el papiro, me dijeron que trabajara con la policía y le suministrara cualquier información que la investigación descubriera,

específicamente de otros expertos que trajeran para ayudar. Cuando Michalis, o más bien, las personas para las que trabajaba, se enteraron de que estabas en el caso, Adrian, me dijeron que te pidiera que vinieras al hospital y te ofreciera mis servicios. —Bajó la mirada, con vergüenza reflejada en su rostro—. No quería hacer nada de eso, especialmente después de que robaran el papiro... pero no podía arriesgar las vidas de mi familia.

—¿Cómo resultaste herido en la explosión si estabas trabajando con ellos? —preguntó Nick.

—Lugar equivocado, momento equivocado —dijo Elias con un arrepentido movimiento de cabeza—. Y de nuevo, no sabía que planeaban robar el papiro. Yo estaba cerca de la entrada cuando ocurrieron las explosiones. No sabía que eso iba a pasar. Soy prescindible; puede que tengan a otros trabajando para ellos. Sin embargo, mi lesión pareció funcionar a su favor. Fue poco después cuando me dijeron que te contactara cuando estaba en el hospital.

—¿Ellos? Myia también mencionó un "ellos". ¿Es algún tipo de grupo? —preguntó Adrian con brusquedad.

—No sé de qué habla Myia —dijo Elias, pareciendo genuinamente confundido—. Solo fui contactado por Michalis... pero él siempre parecía un soldado raso, como si estuviera recibiendo órdenes de alguien más.

Adrian consideró esto. Necesitaban descubrir para quién trabajaba Michalis.

—Esos dos hombres que fueron por ti al hospital... —comenzó Nick.

—No tengo idea de quiénes eran —dijo Elias, palideciendo—. Al principio, asumí que iban tras de mí porque pensaban que les había dicho la verdad sobre mi trabajo para Michalis. Pero cuando contacté a Michalis en Heraklion, él insistió en que no había sido quien envió a esos hombres tras de mí; que estaría a salvo mientras siguiera fingiendo.

—¿Y le creíste? —cuestionó Nick.

—Por ahora. Todavía me necesitan, o me necesitaban. Si quisieran que estuviera muerto, no estaría aquí —dijo Elias temblorosamente.

Adrian lo estudió; parecía aterrorizado ante el recuerdo y parecía estar diciendo la verdad. No tenía sentido que Michalis, o su empleador, enviaran a alguien tras Elias si estaba trabajando para ellos, lo que añadía otra capa al misterio.

—¿Qué hay de la muerte de Sócrates? —desafió Nick—. ¿Tú...?

—Dios, no —susurró Elias—. Estaba tan sorprendido como ustedes. Y estaba diciendo la verdad sobre no mostrarle el papiro. Debe haber descubierto algo por otra vía. Estuve cerca de confesar entonces, pero estaba aterrorizado. Demostraba que estas personas estaban dispuestas a matar. No podía arriesgar a mi familia.

—¿Y tu sugerencia de ir a Zakros? —preguntó Adrian—. ¿Fue genuina o...?

—Quería darnos una oportunidad de escapar. No hay nada, hasta donde yo sé, que nos hubiera ayudado en Zakros. Cualquier cosa relevante, escritos o artefactos, habría sido excavada y enviada al museo —respondió Elias.

Nick seguía mirando a Elias con dureza, con los brazos cruzados sobre el pecho. Adrian recordó su tiempo en el caso de Cleopatra, cuando su amigo Sebastian Rossi fue secuestrado y obligado a trabajar con sus captores. Si Elias estaba diciendo la verdad —y una simple comprobación de hechos podría demostrarlo— no era diferente.

—Bien. No te entregaremos —dijo finalmente.

Nick se puso tenso.

—Adrian...

—Con la estricta condición de que trabajes para nosotros ahora. Podemos hacer que nuestro grupo de trabajo ponga a tu familia a salvo. —Adrian se inclinó hacia adelante, fijándole una mirada dura —. Pero si tan solo respiras de manera extraña, me aseguraré personalmente de que te acusen de tantos cargos que pases el resto de tu vida —y cualquier vida más allá de esa— en prisión.

Elias asintió, dándole una mirada de gratitud.

—Gracias. Yo...

—*Adrian* —repitió Nick, con voz tensa—. ¿Puedo hablar contigo?

La condujo fuera de la habitación, cerrando la puerta tras él. Adrian levantó las manos, dándole una mirada implorante.

—Sé que no te gusta esto, pero creo que está diciendo la verdad. Todavía podemos usar su experiencia. Si lo entregamos, arriesgamos... —comenzó.

—Agente West. Agente Harper.

Adrian y Nick se volvieron. Uno de los oficiales de policía, el oficial Lucas Dimou, que había llevado a Michalis y al otro hombre a custodia, estaba detrás de ellos, con expresión sombría.

—¿Qué sucede? —exigió Nick.

—Sus prisioneros —dijo—. Han... han desaparecido.

DIECIOCHO

Hersonissos, Creta
6:38 A.M.

Michalis se había esfumado en el aire.

La policía realizó un barrido de la cárcel y los alrededores, pero no encontraron ni rastro de él.

Adrian estaba suspicaz; la única manera en que podría haber salido era con ayuda. Convenientemente, la única cámara de seguridad de la comisaría no funcionaba, así que no tenía pruebas de que alguno de los oficiales hubiera ayudado en su fuga. Quienquiera que estuviera ayudando a Michalis había actuado rápidamente.

Adrian se apartó de la ventana de la habitación del hotel que habían reservado cerca de la comisaría. El cansancio la estaba venciendo; ninguno de ellos había pegado ojo. Ella y Nick habían alertado a las autoridades tanto en Atenas como en Washington D.C., y se había emitido una orden de búsqueda para Michalis. También le habían dado a Vince y Jonathan, del grupo de trabajo, el número de teléfono que Michalis había usado para contactar con Elias. Habían decidido no mencionar sus sospechas sobre la participación de la policía local a las autoridades en Atenas. No quería creer que la policía de Atenas también estuviera relacionada con esto, pero después de la revelación de la traición de Elias, no podían bajar la guardia.

—Por esto es que no confío en las autoridades —dijo Myia. Estaba sentada a horcajadas en una silla, fulminando con la mirada a Elias, quien estaba sentado al otro lado de la habitación en el escritorio. Habían tenido que mantener a Myia y Elias físicamente separados; Myia seguía furiosa y desconfiando de él, incluso después de que Adrian le explicara sus motivos para mantenerlo con ellos—. No hay manera de que ese bastardo pudiera escapar sin la ayuda de la policía.

Adrian se volvió para mirar a Myia. Una parte de ella había temido que Myia huyera una vez que la policía estuviera involucrada; se había sentido aliviada al encontrarla esperándolos cuando salieron de la comisaría. Adrian sospechaba que ahora se trataba más de una recompensa para Myia. Después del asesinato de Sócrates y ahora la participación de Elias, esto era personal.

—¿A quién te referías cuando confrontaste a Elias acerca de trabajar para "ellos"? ¿Y qué le hicieron a tu familia? —preguntó Adrian.

Myia bajó la mirada, y el silencio se prolongó tanto que Adrian pensó que no respondería. Finalmente, Myia habló, levantándose de la silla.

—Mi madre... formaba parte de una organización cuando yo era niña. Nunca me dijo su nombre, pero sonaba mucho a una sociedad secreta. Me dijo que era muy antigua, que se remontaba a la época de los antiguos griegos. Su propósito era encontrar una civilización perdida y el conocimiento antiguo que esta civilización poseía, pero nunca me dijo exactamente qué civilización era. Cuando yo era adolescente, me contó que se había desviado de sus creencias iniciales, de sus enseñanzas. Había algunos hombres y mujeres en la cúpula que querían encontrar esta civilización perdida para provocar el fin de la nuestra. Ahora sé que se refería a Atlantis. Cuando los miembros, incluida mi madre, protestaron por este nuevo propósito, comenzaron a desaparecer. Ella se volvió paranoica y constantemente pensaba que la seguían. Comenzamos a mudarnos con frecuencia —Myia cerró los ojos brevemente, perdida en el pasado—. Cuando me fui a la universidad, las cosas parecían haberse calmado, y pensé que la amenaza había desaparecido. Pero

cuando regresé de visita un día, encontré a mi madre muerta en su dormitorio. Pastillas. La policía me dijo que fue un suicidio. Con toda la paranoia de mi madre, nunca estuvo deprimida, ni remotamente suicida. Sabía que fueron ellos. Esta organización —escupió, con furia ardiendo en sus ojos.

Una oleada de empatía invadió a Adrian. Podía recordar su propio sentimiento de impotencia después de que su padre desapareciera años atrás... su desesperación por averiguar qué le había pasado. Ese sentimiento nunca desaparecía.

—La policía pensó que estaba loca cuando les hablé de esta organización, especialmente porque no podía darles detalles específicos sobre qué era exactamente. Ni siquiera tenía un nombre. Fue entonces cuando perdí mi confianza en... todo. Dejé la universidad, viví fuera del sistema, hice lo que pude para ganar dinero. Traté de averiguar más sobre aquello en lo que mi madre estaba involucrada, pero esas personas, esta organización, son como fantasmas. Lo que le pasó a mi madre siempre ha estado en el fondo de mi mente. No fue hasta que lo vi a él, a Michalis, que todo volvió a mí. Era uno de los hombres que mi madre pensaba que la seguían. Lo vi una vez. Nunca olvidaré esa cicatriz.

Adrian dejó que las palabras de Myia se asentaran, encontrándose con la mirada de Nick. A pesar de su fatiga, una energía renovada recorría su cuerpo. Esta organización sonaba exactamente como si pudiera estar detrás de todo esto. Recordó su perfil inicial de los ladrones, cómo probablemente estaban bien conectados y bien financiados.

—Mencionaste que las personas en la cúpula querían encontrar esta civilización perdida para provocar el fin de la nuestra —dijo Adrian—. ¿Tu madre alguna vez mencionó cómo planeaban hacerlo?

—Recuerdo que usaba el término "sabiduría antigua" cuando se refería a esta organización. Era algo que buscaban de esta civilización perdida, Atlantis. Honestamente, parecía una especie de palabra en clave para algo más.

Sabiduría antigua. ¿Qué podría estar enterrado con Atlantis? ¿Qué sabiduría antigua podría destruir la civilización actual?

Un escalofrío helado la recorrió al darse cuenta de lo que podría ser. Miró a Nick a los ojos, y él parecía igual de inquieto. Sabía lo que ambos estaban pensando... su reciente investigación en el Reino Unido que los había llevado a las profundidades de las montañas de Rusia.

—Un arma —dijo Nick, expresando sus pensamientos en voz alta —. Sabiduría antigua podría ser una palabra en clave para un arma.

—¿Un arma? —preguntó Myia, desconcertada—. ¿Qué tipo de arma podría estar enterrada con Atlantis que pudiera destruir la civilización?

Adrian se volvió hacia Elias.

—¿Cómo termina la historia de Atlantis?

—Los dioses enviaron calamidades a Atlantis que hicieron que se hundiera bajo el mar. Terremotos, inundaciones, fuegos —respondió.

—De esos, lo más parecido a un arma que se me ocurre es el fuego. Qué arma antigua... —comenzó Adrian.

—Dios mío —interrumpió Elias, con el rostro demacrado—. El fuego griego. Era un arma incendiaria utilizada en la antigüedad. A pesar de su nombre, se usó mucho antes que los antiguos griegos. Era fuego que podía arder incluso en la superficie del agua, increíblemente eficaz en las batallas navales. Lo conocemos principalmente por el ejército bizantino, que lo usó con gran eficacia, pero guardaron celosamente cómo se fabricaba. Hay teorías, pero incluso hasta el día de hoy, nadie lo sabe.

Todos se quedaron en silencio por un momento, tambaleándose. Adrian se dijo a sí misma que esto seguía siendo solo especulación, pero dado lo que Myia les acababa de contar sobre esta organización, todo tenía sentido.

—Elias, ¿sabes algo sobre esta organización?

—Es la primera vez que oigo hablar de ella —dijo Elias. Adrian recordó lo confundido que parecía en el lugar del accidente cuando Myia le había gritado—. Y si hubiera tenido alguna noción de que Michalis trabajaba para una organización que buscaba un arma como esta...

—¿Por qué deberíamos creerte? —espetó Myia.

—Ya te lo dije, no tuve elección —respondió Elias tensamente—. Iban a...

—Ahórrate tus mentiras —Myia apretó los puños a los costados —. ¿Sabes quién mató a Sócrates? ¿Ayudaste...

—¡No! —gritó Elias, su expresión pasando de contrita a enfurecida—. Me horrorizó lo que le pasó, pero eso me hizo temer aún más a esta gente.

—Eres un traidor, y no creo nada de lo que...

—Es fácil para ti...

—Basta —interrumpió Adrian—. Michalis se ha ido, pero sabemos lo que él y esta organización posiblemente están buscando. Solo tenemos que llegar allí antes que ellos.

Adrian tragó saliva, acallando su pánico ante la idea de que este grupo pusiera sus manos en un arma antigua que yace dormida entre las ruinas de Atlantis. Se inclinó hacia adelante, reflexionando sobre lo que tenían hasta ahora. El papiro de Solón y las inscripciones de los fragmentos. Quizás habían hecho suposiciones erróneas sobre las inscripciones. Recordó las dos palabras traducidas, "Dikta" y "rey".

—Los fragmentos con la inscripción. ¿A qué crees que pertenecían? ¿Es posible que fuera un ritón? —preguntó, pensando en los ritones que había visto en el Museo de Heraklion—. ¿O algún otro tipo de recipiente utilizado para rituales religiosos?

—¿Como un recipiente para libaciones? Es posible —respondió Elias, apartando su mirada acalorada de Myia.

—¿Qué se escribía comúnmente en los artefactos encontrados durante este período? —insistió.

—Principalmente cosas administrativas: contabilidad, mantenimiento de registros. Cosas aburridas. Probablemente sepas más que yo que la escritura se inventó por necesidad. Todo lo demás vino después.

—Entonces, si hay una inscripción en un recipiente para libaciones, tenía que ser importante. ¿Podría haber sido... una oración?

—Eso parece probable —respondió Elias.

—¿Y dónde se encontraría típicamente un objeto así? —preguntó Nick.

—Templos. Santuarios en cimas o cuevas —dijo Elias. Ante sus miradas inquisitivas, continuó—: Los santuarios de cimas y cuevas eran espacios utilizados para entierros o ritos religiosos que se encontraban por toda la Creta minoica. Los santuarios de cimas estaban ubicados en picos de montañas, al aire libre, a menudo visibles desde otros santuarios de cimas. Si los fragmentos con las inscripciones hubieran pertenecido a un recipiente para libaciones, tendría sentido que se encontraran en uno de esos santuarios de cimas.

—Esa palabra, Dikta —dijo Nick, mirando a Adrian—. Si no es Zakros, podría ser simplemente el efecto de la navaja de Occam y significar literalmente la cordillera de Dikti.

—Eso tendría sentido —dijo Myia—. Hay partes de esa cordillera que son remotas, y muchas excavaciones no autorizadas tienen lugar allí. Sócrates iba allí con frecuencia —añadió, su rostro ensombreciéndose de dolor. Myia cerró los ojos brevemente, sacudiendo la cabeza como si la estuviera aclarando antes de sacar su teléfono y mostrar un mapa. Lo sostuvo para que todos pudieran verlo, ampliando una zona remota de la cordillera.

—Aquí es donde solía ir —dijo—. Hay un pueblo a unos veinticinco kilómetros de distancia, pero aparte de eso, está lejos de todos los senderos populares de senderismo.

—Con todos esos picos montañosos, esta habría sido un área privilegiada para los santuarios de cimas —murmuró Elias, observando el mapa.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Nick, volviéndose hacia ellos—. Es hora de desempolvar esas botas de montaña y escalar una montaña.

DIECINUEVE

Atenas, Grecia
7:02 A.M.

—Michalis ha sido neutralizado, al igual que los hombres que estaban con él. Confirmamos que no descubrieron nada de antemano, por supuesto —dijo Tobias Vasileiou al otro lado de la línea.

Stephanos presionó el teléfono contra su oreja mientras recorría a zancadas su sala de meditación, donde había ido para calmarse cuando se enteró de este último revés en Heraklion. Sin embargo, el ambiente del apacible espacio no lo había tranquilizado. Todavía temblaba de furia.

Michalis había llamado a Stephanos la noche anterior, informándole que Elias se había puesto en contacto con información que había descubierto junto a los dos agentes estadounidenses. Stephanos estaba a punto de tomar su avión privado a Heraklion cuando supo que Michalis había sido tan insensato como para dejarse detener después de que los americanos sacaran sus coches de la carretera. Michalis había estado en su vida durante mucho tiempo. Lo había enviado a Heraklion porque confiaba en él más que en nadie, lo que hacía que su fracaso fuera aún más decepcionante. Pero no sentía remordimiento por su destino. Michalis sabía cuál era el precio del fracaso.

Se le ocurrió un pensamiento sombrío. Desde que Irina le dijo que alguien trabajaba en su contra, había estado paranoico sobre todos sus supuestos aliados en CHSR. ¿Habría sido intencionado el fracaso de Michalis?

—Escuché partes de una reunión a altas horas de la noche cuando fui a las oficinas de CHSR para recuperar algunos archivos. Las voces, que no reconocí, habían discutido sobre cómo tus ideas eran peligrosas y que no se podía confiar en ti. Dijeron que había que detenerte. Tuve que irme antes de que me notaran, pero esperé en las sombras afuera. Vi a Zacharias, al hijo de Dmitris y a otros dos hombres que no reconocí salir del edificio —le había contado Irina.

No había querido creer a Irina, pero todo tenía sentido. Estaba la hostilidad apenas contenida de los miembros de la junta hacia él, oponiéndose a él a cada paso. Estaba el misterio de esos dos hombres que habían ido tras su contacto Elias en el hospital, cuya identidad aún desconocía. Cuando Irina le dijo que había visto a Zacharias, todo encajó. Dmitris y Zacharias parecían tenerle especial antipatía, lo cual era extraño, dado lo cercano que había sido Dmitris a su padre.

Sin embargo, no podía hacer un movimiento hasta tener pruebas definitivas de que Dmitris y Zacharias trabajaban contra él. Si los eliminaba directamente, tendría que pagar un alto precio con los otros miembros de la junta, incluidos sus aliados, y arriesgaría exponer sus planes. En su lugar, había puesto a Irina a trabajar en la sombra para encontrar las pruebas que necesitaba y para impedir cualquier esfuerzo que pudiera ralentizarlo.

Sus pensamientos se dirigieron a la situación en Creta. Si había algo positivo en este último acontecimiento, era el alcance del poder de CHSR. Uno de los oficiales de policía de la comisaría de Hersonissos pertenecía a la organización. Fue él quien había sacado a Michalis de la custodia, contactado a los mercenarios locales que CHSR empleaba, entregándoles a Michalis y sus hombres. Luego había contactado a su principal enlace policial en Atenas, el teniente que también trabajaba para CHSR: Tobias Vasileiou.

—¿Y Elias? —preguntó Stephanos, aunque ya sabía la respuesta —. ¿Los americanos? ¿Dónde están ahora?

Casi podía saborear la incomodidad de Tobias al otro lado de la línea. —Salieron de la comisaría. Solo tenemos un oficial trabajando para nosotros allí, y eso fue pura suerte. Apenas pudo sacar a Michalis de custodia. Si hubiéramos detenido a los americanos, habría dado la alarma. Ya han contactado con las autoridades en Atenas.

Aunque Stephanos sabía que Tobias tenía razón, dejó escapar una maldición frustrada. Había pensado que tener a Elias de su lado sería una herramienta útil; ahora ese plan le había salido mal. Sabía que el cobarde ahora estaba trabajando con los americanos.

Expulsando un suspiro, terminó abruptamente su llamada con Tobias y llamó a Irina. Ella contestó al primer timbre.

—Supongo que te has enterado del desastre en Heraklion — espetó.

—Lo he hecho. Lamento el fracaso de Michalis, *agape mou*. Y sigo investigando a Zacharias y a su padre. Yo...

—Esto es por otra cosa —la interrumpió—. Elias y los americanos están investigando uno de los palacios minoicos en Creta. Necesito que nuestros asociados me envíen todo lo que tengan sobre todos los palacios de la era minoica allí. Debemos buscar cualquier cosa que hayamos pasado por alto. Y quiero algo concreto sobre Zacharias y su padre pronto, o no estoy seguro de que pueda confiar ni siquiera en ti.

Stephanos colgó antes de que Irina pudiera responder, tomando varias respiraciones profundas y calmantes, algo que solía hacer al comenzar sus prácticas de meditación.

Aplacó su frustración, recordándose para qué estaba haciendo esto, a qué conduciría todo. Solo necesitaba paciencia. *La sabiduría antigua*. La destrucción que conduce a la creación.

Los fundadores de *Archaia Sofia* estaban de acuerdo con el significado detrás de la obra de Platón que describía Atlantis, una sociedad que merecía caer debido a la soberbia y la avaricia. Los fundadores creían que la única manera de arreglar una sociedad corrupta era destruirla y reconstruir desde sus cenizas. Pero eso fue

cuando su mundo eran meras ciudades-estado, no la vasta interconexión de sociedades que es hoy.

El mundo actual estaba plagado de violencia, codicia y corrupción hasta la médula, desde Occidente con su opresión capitalista hasta Oriente con sus regímenes tiránicos. Podía recordar claramente cuando su padre le contó sus planes, justo después de su decimosexto cumpleaños.

—Ha llegado el momento de otro colapso —le dijo su padre, refiriéndose al colapso de la Edad del Bronce durante el cual cayeron múltiples sociedades antiguas alrededor del 1200 a.C.—. Sí, fue una época difícil, y muchos murieron, pero mira lo que surgió de sus cenizas después de la edad oscura que siguió: las ciudades-estado griegas, el Imperio Romano, el nacimiento de la civilización occidental. Un mundo renacido. Solo que esta vez lo haremos aún mejor con lo que sabemos ahora.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó la versión joven e ingenua de sí mismo.

—Ya he puesto las ruedas en movimiento, hijo —respondió su padre con una sonrisa.

No fue hasta años después que aprendió el alcance total de lo que su padre había iniciado, y lo que Stephanos había continuado. Stephanos había heredado la riqueza de su padre, que provenía de una empresa de minería y productos básicos que había vendido por millones, y había puesto esa riqueza al servicio de los planes de su padre. Tenía científicos de CHSR trabajando en diferentes sectores: investigando cómo convertir virus en armas y cómo recrear el arma antigua que creía estaba enterrada con Atlantis. Incluso tenía espías investigando los diversos puertos, estudiando cómo interrumpir la cadena de suministro para acelerar la devastación de las próximas guerras o pandemias. Con las tensiones entre las potencias nucleares mundiales constantemente al borde, solo se necesitaría un pequeño empujón para inflamarlas hasta una guerra nuclear total.

—Los otros líderes no tienen la valentía necesaria para hacer lo que hay que hacer. No se dan cuenta de que la sabiduría antigua que yace con Atlantis es su propia destrucción —le dijo una vez su padre.

Su padre incluso tenía un extenso búnker escondido en Suiza para él y un grupo selecto al que huir cuando llegara el fin. Con sus recursos, estarían listos para emerger y reconstruir el mundo destruido desde sus cenizas.

Pero su padre había muerto antes de que sus planes pudieran dar fruto. Stephanos había sostenido su mano junto a su lecho de muerte y susurrado su promesa de que cumpliría su sueño, que haría lo necesario. Su padre le había dedicado una rara sonrisa antes de exhalar su último aliento, pareciendo encontrar consuelo en las palabras de Stephanos.

La pandemia mundial de hacía unos años le había dado esperanzas de que podría fácilmente provocar el fin. Mostró cuán precario era el mundo moderno e interconectado. Si el virus hubiera sido más potente, combinado con guerra o hambruna, todo podría haber terminado entonces. En todo caso, la pandemia había mostrado cuán precariamente cerca del borde del colapso se tambaleaba el mundo, al igual que aquellas civilizaciones avanzadas siglos atrás. Pero, ¿no era esa la soberbia de la humanidad moderna? *No hay nada que pueda derribarnos*. Qué necios.

Cuando se enteró del papiro de Solón, algo que podría llevarlo directamente a Atlantis y al arma antigua enterrada con ella, había puesto todo su tiempo y recursos en buscarlo. Los fundadores habían escrito sobre un mapa que conduciría directamente a Atlantis, oculto en un papiro por un gran hombre. Esperaba que el papiro perteneciera a Solón, por eso lo había tomado en nombre de CHSR. Sin embargo, su equipo de paleógrafos no había encontrado nada. No había ningún indicio de un mapa en sus fragmentos. La inscripción del fragmento tampoco le había dado nada hasta ahora. Sus expertos seguían intentando descifrar lo que podían de los fragmentos.

Stephanos exhaló un suspiro, abandonando su sala de meditación. Iba a cumplir su promesa a su padre. Era hora de hacer lo que había hecho cuando tomó el papiro él mismo. Iba a involucrarse más directamente. Iría a Creta personalmente. Dado que Elias y esos americanos habían encontrado algo allí, parecía que

ahí estaban las respuestas, respuestas que desesperadamente necesitaba para encontrar Atlantis.

VEINTE

Cordillera de Dikti
Katharon, Creta
9:12 A.M.

Myia maniobraba la camioneta alquilada por la carretera que serpenteaba a través de la cordillera de Dikti mientras Adrian contemplaba el vasto paisaje de mesetas verdes y ondulantes que salpicaban el terreno bajo las montañas.

Apenas habían dormido un par de horas antes de salir de su hotel para dirigirse a las montañas; Myia les había dicho que el ascenso llevaría al menos seis horas y que era mejor descender antes del anochecer. Habían cambiado su coche de alquiler por una camioneta, tomando caminos secundarios y usando una identificación falsa que Myia tenía en su poder en caso de que estuvieran siendo rastreados. Se habían detenido en una tienda de artículos deportivos en un pueblo de camino al este para comprar equipamiento de montaña, con Myia pagando en efectivo. Ahora que creían que la policía estaba involucrada, por exceso de precaución, todavía no habían contactado con el equipo en Washington. Por el momento, estaban completamente solos. Adrian solo podía esperar que estuvieran en el camino correcto y que este sitio remoto proporcionara algunas respuestas.

Myia se desvió de la carretera, conduciendo la camioneta hasta que quedó fuera de vista desde la vía principal. Recogieron sus

mochilas y dejaron la camioneta, siguiendo a Myia hacia la base de la montaña, que se alzaba ante ellos como un coloso. Myia les había asegurado que era una escalada fácil que había hecho dos veces antes con Sócrates; era una caminata de ascenso gradual con solo un ligero escalamiento de rocas y sin necesidad de cuerdas, aunque había comprado un juego por si acaso.

Aun así, el ascenso desde el suelo parecía desalentador. Adrian se mantenía en forma corriendo casi todas las mañanas, pero no había escalado desde sus días de entrenamiento en la academia. Su espalda todavía tenía algo de dolor por el accidente, aunque los analgésicos habían ayudado enormemente. Nick estaba más que en forma para manejar la escalada; observó su figura alta y musculosa, incapaz de evitar que su mirada se detuviera en él.

Sorprendió a Myia estudiándola mientras observaba a Nick y rápidamente apartó la mirada. A su lado, Elias miraba hacia las cimas de las montañas, con clara intimidación escrita en su rostro.

—Oye, los antiguos griegos lo hacían —dijo Nick, como si les leyera la mente—. Ciertamente eran menos saludables que nosotros.

—Las personas que realizaban tales travesías habrían estado acondicionadas para tales ascensos —dijo Elias con un ligero ceño fruncido. Los labios de Adrian se crisparon con diversión. Incluso en su precaria posición con ellos, no podía evitarlo. Era el destino del historiador ser siempre historiador, sin importar las circunstancias.

—Esperemos que haya algunas respuestas allá arriba —dijo Adrian, pensando en lo que estaba en juego.

Se aventuró hacia adelante, siguiendo a Myia por la base de la montaña, con una anticipación nerviosa recorriendo sus venas.

Atenas, Grecia
10:48 A.M.

—No puedo creer esto —dijo Helena Vlachis, parpadeando para contener las lágrimas—. Es como una pesadilla.

Athena se inclinó hacia adelante y agarró la mano de Helena. Estaba haciendo todo lo posible por no demostrarlo, pero estaba tan preocupada como la esposa de Stavros**.**

Anoche, después de salir del hospital, había llamado al número de Stavros al menos una docena de veces sin obtener respuesta. Incluso había ido a varios de sus lugares favoritos alrededor de Atenas, aunque sabía que no estaría en ninguno de ellos.

A pesar de su desconfianza hacia su propio empleador, había contactado a un amigo suyo, Gavril, que trabajaba en la unidad de ciberdelitos, para obtener información sobre el paradero de Elias y los estadounidenses; su instinto le decía que la desaparición de Stavros estaba relacionada de alguna manera. Él le prometió que verificaría discretamente y le informaría.

Había pensado en contactar directamente con Yiannis para obtener actualizaciones sobre el caso. Eran amistosos, y aunque no era tan cercana a él como lo era con Stavros, lo respetaba y se llevaban bien. Pero dada su aparición en su habitación del hospital con Tobias, de quien sospechaba enormemente, había decidido no hacerlo. No podía arriesgarse si lo estaban vigilando. Simplemente tenía que hacer algo; su preocupación era como una constante descarga de adrenalina, forzándola a mantenerse en movimiento. El único lugar al que no había ido era a su oficina en la jefatura de policía; algo le decía que ese era el último lugar al que debería ir. Solo había dormido un par de horas antes de ir a ver a Helena, a quien también consideraba una buena amiga, con la esperanza de obtener alguna información sobre lo que Stavros había estado investigando.

—Apenas pude llevar a los niños a la escuela esta mañana. No les he dicho nada todavía, solo que su padre está fuera. Simplemente... no quiero pensar...

—Oye —dijo Athena suavemente, apretando su mano—. Voy a encontrarlo. Y cuando lo haga, le patearé el trasero por asustarnos tanto a ambas. —Sonrió, y Helena se secó las lágrimas, devolviéndole la sonrisa, aunque fue forzada—. Sé que ya has hablado con su jefe, pero necesito que me cuentes cualquier cosa

que Stavros te haya dicho sobre lo que estaba investigando. Cualquier cosa, por pequeña que sea, podría ayudar.

—Bueno —dijo Helena, después de una breve pausa—, no le dije esto a la policía... algo me dijo que no lo hiciera. Hace un par de semanas, Stavros se volvió cada vez más paranoico. Insistía en recoger a las niñas de la escuela cuando podía. Incluso me preguntó si había notado a alguien siguiéndonos. Cuando le pregunté qué estaba pasando, me dijo que pensaba que su departamento estaba comprometido de alguna manera. Se negó a darme más detalles, dijo que necesitaba encontrar más información. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie. —Helena cerró los ojos, con un destello de culpa en su expresión—. Debí haber insistido más. Debí haber insistido en que él...

—Nada de esto es tu culpa —insistió Athena.

—Iba a contactarte justo antes de que me enviaras el mensaje —dijo Helena—. Yo...

Unos golpes rápidos en la puerta principal la interrumpieron, y ambas se tensaron.

Athena se puso de pie, con sus instintos activándose mientras alcanzaba su arma de servicio.

—Abre la puerta —dijo en voz baja—. Me esconderé. Si tienes algún problema...

—Lo sé —dijo Helena temblorosamente—. Confío en ti.

Athena se dirigió al armario de la sala de estar, metiéndose dentro mientras Helena iba a abrir la puerta. Las palabras estaban amortiguadas desde donde estaba, pero pronto escuchó pisadas mientras varias personas entraban en la casa.

Athena abrió la puerta con cautela. Hombres con uniformes de la Policía Helénica entraron, llevando cajas vacías, dirigiéndose hacia las escaleras. Sabía adónde iban: a la oficina de Stavros.

Permaneció escondida hasta que bajaron minutos más tarde, llevando cajas llenas de documentos, ignorando la exigencia de Helena de obtener respuestas. Athena esperó varios minutos más antes de salir del armario después de que se fueran.

—Me dijeron que necesitaban revisar los registros de Stavros para ayudar con su investigación —dijo Helena, frunciendo el ceño

con sospecha.

—Voy a llegar al fondo de esto —prometió Athena—. Mientras tanto, no quiero asustarte, pero...

—Voy a sacar a las niñas de la escuela hoy y me iré a casa de mi madre en Chalcis —dijo Helena inmediatamente.

Athena asintió, satisfecha.

—Estaré en contacto.

—Mantente a salvo —dijo Helena, dándole un abrazo—. Y Athena... tráelo a casa.

VEINTIUNO

Cordillera Dikti
Creta
2:32 P.M.

Adrian alcanzó la cima de la montaña, justo después de Myia, con Nick y Elias llegando detrás de ella.

Contempló los impresionantes paisajes que los rodeaban, cumbres montañosas que se arqueaban hacia el cielo azul despejado, dominando las verdes colinas y fértiles mesetas de abajo. Con las cumbres iluminadas por fuegos durante la noche, las vistas debían haber sido impresionantes en la antigüedad. Podía imaginar a los minoicos utilizando esta zona como un lugar sagrado para sus ritos religiosos; parecía como si literalmente estuviera en la cima del mundo, cerca de los dioses.

La subida no había sido tan agotadora como temía. El ascenso fue realmente gradual; había sido más como hacer una larga caminata. Aunque hubo algunas secciones rocosas que sortear, no necesitaron usar ninguno de sus equipos de cuerda. Habían podido avanzar fácilmente, incluso Elias. Solo habían hecho dos paradas para descansar y comer los sándwiches que habían comprado en la tienda de artículos deportivos antes de continuar.

Hubo un par de veces durante la caminata en que Adrian sintió como si la estuvieran observando; incluso se había detenido, había sacado sus prismáticos y examinado los alrededores. Myia y Nick

hicieron lo mismo, pero no habían visto a nadie más en el sendero con ellos. Debían de ser sus nervios trabajando a toda marcha después de lo sucedido en Heraklion. Aun así, la sensación había aumentado su urgencia por llegar a la cima.

Durante la escalada, Myia se mostraba silenciosamente hostil hacia Elias, mirándolo con desprecio pero nunca dirigiéndose a él directamente. Nick era menos hostil, pero seguía cauteloso con él. En cuanto a Adrian, confiaba más en Elias que los otros, pero aún lo vigilaba de cerca por si mostraba alguna señal de engaño adicional.

Elias, por su parte, no decía nada a menos que le hablaran, y fingía no notar las miradas de Myia y la evidente sospecha de Nick. Ella sabía que tomaría tiempo para que se formara cualquier tipo de confianza en el grupo de nuevo, o si alguna vez se formaría durante el tiempo que estuvieran trabajando juntos.

Mientras Nick y Elias terminaban sus sándwiches, Myia se alejó del grupo para mirar las mesetas por debajo de los picos montañosos. Adrian se unió a ella, y permanecieron en silencio durante varios largos momentos.

—Ben, Sócrates y yo solíamos ir de excursión por aquí. Lejos de las rutas turísticas populares —dijo Myia—. En realidad, él quería ser guía de montaña en algún momento, antes de meterse en el negocio de antigüedades. Me dijo que solo se sentía realmente en paz en la naturaleza.

—Lamento lo que le pasó —dijo Adrian—. De verdad.

—Estábamos saliendo, en realidad. No era algo serio... todavía. Él era quien quería más. Yo siempre me contenía. Ahora, desearía haber... —Su voz se apagó, y parpadeó para contener las lágrimas—. Aprendí que nunca debes dar por sentado lo que tienes justo delante. —Le dirigió a Adrian una mirada significativa, desviando su mirada hacia Nick, antes de alejarse, consultando su mapa.

Adrian se quedó quieta ante sus palabras. Durante su tiempo trabajando con Nick estos últimos meses, su amistad se había profundizado, y Adrian ya no podía negar su atracción por su compañero. Pero no quería alterar la amistad renovada y el vínculo que habían formado después de tantos años separados. Sin embargo, no podía negar la verdad en las palabras de Myia. Ella y

Nick estaban constantemente enfrentando peligros. ¿Cómo se sentiría si algo le sucediera a él y nunca le hubiera hecho saber sus crecientes sentimientos?

Adrian había dejado a un lado sus emociones turbulentas mientras continuaban su travesía hacia la cima de la montaña, aunque su mirada se desviaba continuamente hacia Nick, con las palabras de Myia resonando en su mente.

—La zona a la que necesitamos llegar está ligeramente hacia el oeste —dijo Myia ahora, mirando su mapa.

Siguieron a Myia hacia el oeste, descendiendo por una pendiente hasta que llegaron a una cueva que sobresalía del lado de la montaña, rodeada por un afloramiento rocoso.

—Tiene que ser esta —dijo Myia, con la emoción transparente en su tono mientras observaban la cueva.

Avanzaron, entrando en una cueva espaciosa. Adrian giró, iluminando con su linterna el interior. Se quedó inmóvil al notar una abertura horizontal escondida en la base de la pared trasera de la cueva.

—Chicos —dijo, acercándose. Se arrodilló, iluminando con su linterna la grieta. Se abría a un pasadizo ligeramente más ancho. Sería un apretado paso, pero podría maniobrar para atravesarlo.

—No sé —dudó Nick—. ¿Cómo sabes siquiera si hay algo al otro lado? Podrías quedar atrapada.

—Hemos venido hasta aquí. ¿Y si hay algo ahí? —insistió Adrian.

—Puedo ir yo en su lugar —ofreció Myia—. Soy la más pequeña del grupo.

—Yo también voy —insistió Adrian. Aunque era más alta que Myia, era lo suficientemente delgada para atravesar la grieta.

—No intentes discutir con ella —advirtió Nick a Myia—. Nunca ganarás. Esta mujer es la definición misma de testaruda.

—No sé de qué estás hablando —protestó Adrian con una sonrisa juguetona.

Nick miró el espacio con recelo, soltando un suspiro. Extendió la mano, apretando la de ella. —Ten cuidado, ¿de acuerdo, West?

—Siempre —dijo ella, su mano demorándose en la de él por un momento antes de alejarse.

Poniéndose su lámpara frontal y dejando su mochila, Adrian se tumbó sobre su vientre y se retorció para entrar en el estrecho espacio.

Adrian no era claustrofóbica, pero tan pronto como entró y no pudo ver nada más que oscuridad, el pánico comenzó a tirar de los bordes de sus sentidos. Tomó un respiro calmante y continuó avanzando. Pronto escuchó a Myia entrar detrás de ella, y ahora se sentía agradecida de que alguien más estuviera con ella.

Después de lo que pareció una eternidad, aunque probablemente solo fueron unos minutos, divisó un débil haz de luz más adelante. Gateó hacia él y emergió en otra área abierta. Era decididamente más pequeña que el área principal de la cueva, de aproximadamente dos metros de altura y cuatro de ancho.

Se quedó inmóvil cuando su lámpara iluminó el espacio y vio algo en la pared del fondo. Detrás de ella, escuchó a Myia jadear mientras salía del espacio estrecho.

Un enorme petroglifo de un laberinto ocupaba toda la extensión de la pared trasera. En el centro mismo del laberinto estaba la misma palabra pre-griega encontrada en el papiro de Solón y la inscripción en los fragmentos, escrita en la escritura Lineal A.

Atai. La antigua palabra para Atlántida.

VEINTIDÓS

3:17 P.M.

Myia, Nick y Elias estaban junto a Adrian, iluminando con sus linternas el petroglifo, contemplándolo con un silencioso asombro.

Después de que ella y Myia hicieran el descubrimiento, habían llamado a gritos a Nick y Elias, quienes se habían arriesgado a atravesar el estrecho pasadizo hasta el área de la cueva donde ahora se encontraban. Ya habían tomado múltiples fotos del símbolo con sus teléfonos, y ahora simplemente lo miraban fijamente, sin terminar de creer lo que tenían ante ellos.

Elias dio un paso adelante, negando con la cabeza con incredulidad.

—Las escrituras en paredes de cuevas en esta región son increíblemente raras. Esta es la primera que he visto.

—¿Qué podría significar esto? —preguntó Myia. A la luz del descubrimiento, su hostilidad hacia Elias se había disipado temporalmente.

—El símbolo del laberinto tiene orígenes misteriosos. No estamos completamente seguros de dónde proviene la palabra en sí, pero es muy antigua, de una lengua pre-griega. El símbolo aparece en monedas que se remontan a la antigüedad. Y no solo se ha encontrado en Europa, sino en todo el mundo, desde América hasta Australia. Durante el período de la antigua Grecia, generalmente se asociaba con lo subterráneo. Para la época medieval, había

adoptado la forma de lo que ahora pensamos como un laberinto. En cuanto al significado, puede variar, y hay muchas teorías. Algunos teorizan que simplemente significa un lugar que puede albergar a un monstruo...

—Como en el mito del Minotauro —intervino Nick.

—Sí. Con el Minotauro típicamente representado en el centro —dijo Elias.

Adrian reflexionó sobre las palabras de Elias, preguntándose qué otro significado podrían extraer del símbolo del laberinto.

—Sé que no puedes datar este símbolo sin equipo, pero ¿de qué período crees que podría ser? ¿Quién habría estado aquí y lo habría tallado? —le preguntó a Elias.

—Por el estilo de la escritura y el petroglifo en sí, yo estimaría que esto fue hecho alrededor de la caída de la civilización minoica, cerca del 1200 a.C., durante el colapso de la Edad del Bronce tardía, cuando muchas civilizaciones antiguas llegaron abruptamente a su fin. En cuanto a quién lo hizo... probablemente fueron refugiados minoicos, obligados a huir de sus hogares debido a una invasión. Ha habido hallazgos en cuevas por toda Creta que han llevado a los arqueólogos a creer que algunos minoicos resistieron en las afueras de su antigua civilización antes de ser finalmente conquistados por los griegos micénicos. Creo que es por eso que Sócrates encontró los fragmentos aquí, y por lo que hemos encontrado esto. Pónganse en su lugar —continuó Elias, iluminando el petroglifo con su linterna —. Están a punto de perder su hogar ante los invasores. Están perdiendo la guerra, pero están desesperados.

—Así que hacen una plegaria a sus dioses —dijo Adrian, pensando en la inscripción de los fragmentos—. Para que ellos escribieran este símbolo... y esta palabra antigua para Atlantis...

—Tuvo que ser importante —añadió Nick.

—Y —agregó Elias, tras una breve pausa—, hay otro posible significado del símbolo del laberinto.

—¿Cuál? —preguntó Adrian.

—Origen —volvió a iluminar el laberinto, resaltando los caminos circulares que conducían al centro—. Con los caminos del laberinto llevando a ese origen... podría ser el del antepasado. El hogar.

—Entonces estás diciendo que Atlantis... —insinuó Myia.

—Podría haber sido su hogar original. Ya perdido para ellos en ese entonces, pero aun así, un origen que estaba en su memoria colectiva. Un lugar al que regresar ahora que el hogar que habían construido para sí mismos estaba a punto de perderse —murmuró Elias, con un tono reverente en el silencio sepulcral de la cueva.

Se miraron entre sí, impactados por la implicación de las palabras de Elias, cuando una fuerte voz masculina retumbó desde el otro lado de la cueva.

—A menos que quieran morir ahí dentro, les aconsejo que salgan todos ahora mismo.

VEINTITRÉS

3:47 P.M.

Adrian emergió del espacio angosto que conducía de regreso al área principal de la cueva, con el pánico obstruyéndole la garganta mientras se ponía de pie.

El joven oficial de policía de la comisaría de Hersonissos, Lucas Dimou, junto con otro hombre que no reconocía, estaban allí. La expresión de Lucas era dura mientras apuntaba su arma reglamentaria hacia ella. Debió haber sido él quien ayudó a Michalis a escapar. Ahora recordaba la sensación de estar siendo seguida y quería patearse a sí misma. Sus instintos habían estado en lo correcto. Deberían haber sido más cuidadosos, más vigilantes.

Los hombres estaban junto a la entrada de la cueva, bloqueando su única vía de escape, con sus armas apuntando a su pecho. Temblando, Adrian levantó las manos, permaneciendo inmóvil mientras Nick, Myia y Elias emergían detrás de ella.

Tragó saliva, dirigiendo su mirada hacia las mochilas junto a la puerta donde estaban sus armas. Estaban acorralados y desarmados.

—Vas a decirnos qué encontraron aquí —dijo Lucas, girándose para apuntar su arma a Myia—. O voy a empezar a matar a tus amigos, uno por uno.

—Un petroglifo con un símbolo de laberinto —respondió Adrian sin titubear—. Pueden revisar nuestros teléfonos. Están en nuestros

bolsillos.

Lucas alzó las cejas, pareciendo sorprendido por su rápida conformidad. Asintió al hombre a su lado. —Vasilis. Revísala —ordenó en griego.

Mientras Vasilis se acercaba, Adrian lo evaluó. Era de su misma altura pero de constitución sólida; tendría que moverse rápido. Su corazón latía con un ritmo irregular en sus oídos, pero hizo todo lo posible por mantener una apariencia externa de calma.

Lanzó una mirada sutil a Nick y supo con esa única mirada que él estaba al tanto de sus intenciones. Estaban tan sincronizados que él siempre parecía saber.

Tan pronto como Vasilis se acercó, Adrian hizo su movimiento. Se abalanzó hacia adelante, golpeándolo con la cabeza. Él retrocedió tambaleándose, aturdido y sujetándose la cabeza, mientras Nick y Myia avanzaban rápidamente.

Nick cargó contra Lucas, quien levantó su brazo para disparar su arma. Nick lo alcanzó justo a tiempo, jalando su brazo hacia arriba para apuntar al techo de la cueva, donde la bala rebotó. Luego derribó a Lucas al suelo mientras Adrian pateaba a Vasilis en la entrepierna, haciéndolo caer de rodillas. Él soltó un gruñido de rabia y dolor, estirándose para derribarla también.

Su cabeza golpeó el suelo sólido de la cueva con fuerza, y mientras el dolor se disparaba por su sien, Vasilis se colocó a horcajadas sobre ella, levantando su arma—

Resonó un disparo. Vasilis se quedó inmóvil encima de ella cuando la bala le acertó, sujetándose el pecho antes de desplomarse.

Adrian se apartó rodando de debajo de él, con la cabeza aún palpitando de dolor. Levantó la mirada; Myia estaba de pie justo detrás de Vasilis, bajando su arma.

Myia y Elias la ayudaron a levantarse mientras Adrian centraba su atención en Nick, que estaba forcejando con Lucas por su arma.

Corrieron hacia ellos. Adrian pisó con fuerza la espinilla de Lucas, hasta que escuchó el espeluznante crujido del hueso. Lucas aulló, retrocediendo de dolor, dándole a Nick una ventaja temporal. Él le

arrebató el arma a Lucas, poniéndose de pie. Myia se apresuró hacia adelante, apuntando su arma a la cabeza de Lucas.

—¿Para quién trabajas? —exigió Adrian, fulminando a Lucas con la mirada.

—No voy a decirte nada, zorra —gruñó Lucas.

—Yo pensaría muy cuidadosamente cómo nos hablas ahora que tenemos la ventaja —gruñó Nick.

—Sea lo que sea que te estén pagando, nosotros podemos pagarte más —dijo Adrian, esperando que eso apelara al lado mercenario de Lucas.

Lucas soltó una risa amarga. —Algunas cosas valen más que el dinero —siseó—. La sabiduría antigua prevalecerá. La destrucción causará la salvación.

Un malestar se deslizó por su interior ante sus palabras, que prácticamente parecían confirmar que quien fuera que lo estuviera empleando buscaba un arma con esta "sabiduría antigua".

—¿Qué quieres decir con eso? —insistió ella.

Lucas solo la miró fijamente. Adrian soltó un suspiro, dando un paso atrás. No iba a hablar, aún no. Necesitaban ponerlo bajo custodia, pero esta vez, necesitaban asegurarse de que para quien estuviera trabajando no lo alcanzara como habían hecho con Michalis.

Miró a Nick. —Necesitamos— comenzó.

En un movimiento rápido, Lucas se estiró hacia arriba, retorciendo la mano de Myia, quien retrocedió tambaleándose con un grito de dolor, obligándola a soltar su arma. Lucas recogió el arma descartada, levantándola para disparar a Adrian.

Pero Nick fue más rápido, disparándole en el pecho. Lucas cayó hacia atrás, quedando inmóvil.

Nick se acercó a ella, con el rostro pálido de miedo. —¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo ella, dándole una sonrisa tranquilizadora.

Pero Nick seguía viéndose conmocionado. —Pensé que... —Se interrumpió, una emoción indescifrable cruzando su rostro mientras tragaba con dificultad.

Adrian extendió la mano para apretar las suyas, encontrando consuelo en la oleada de calidez que la llenó ante su contacto. —¿No te estarás ablandando conmigo, verdad? —murmuró—. He enfrentado cosas peores.

—No me lo recuerdes —gruñó Nick, pero le dedicó una sonrisa que provocó que aún más calor estallara en su pecho.

—Elias y yo también estamos bien, por cierto —dijo Myia con sequedad, haciendo una mueca mientras se frotaba la mano—. Y esto es conmovedor y todo, pero necesitamos largarnos de aquí. Estos dos cabrones podrían tener refuerzos en camino.

VEINTICUATRO

Malia, Creta
7:52 P.M.

—Aquí estamos —dijo Myia—. ¿Cómo es esa expresión que tenéis en América? Hogar dulce hogar.

Myia se dio la vuelta, dedicándoles una sonrisa irónica. Todos seguían conmocionados por el enfrentamiento en la cueva, pero le devolvieron la sonrisa.

Acababan de llegar a la casa de Myia, una destartalada casa de playa en las afueras del pueblo costero de Malia. Antes de abandonar la montaña, no habían tenido más remedio que contactar con Briggs en su línea segura en la oficina para contarle lo que había sucedido desde la última vez que hablaron. Habían cogido el teléfono de Lucas, que parecía ser desechable con un solo número registrado. Le habían dado el número a Briggs, quien prometió que Vince y Jonathan realizarían un rastreo.

—Enviaré a alguien para ocuparse de ese Lucas Dimou y su secuaz —les aseguró Briggs—. Solo poneos a salvo. También haré que Vince y Jonathan investiguen sus antecedentes, a ver qué pueden averiguar sobre Dimou. Informadme más tarde cuando, y si, podéis.

—Hay algo más —dijo Adrian, y les contó su teoría de que el jefe de Lucas y Michalis estaba buscando un arma entre las ruinas de Atlantis, y cómo las palabras de Lucas parecían confirmar su teoría.

Briggs maldijo por lo bajo, pero repitió lo que Adrian ya había concluido:

—Entonces tendremos que llegar allí primero. Me pondré en contacto con otras agencias, a ver si tienen información sobre un arma que estos bastardos están buscando.

Habían bajado la montaña hacia un pueblo que Myia había señalado en su mapa, donde pagaron a un conductor local para que los llevara hasta su camioneta de alquiler. Adrian había estado nerviosa durante todo el trayecto, vigilando los alrededores para asegurarse de que no los seguían. Todavía le inquietaba que Lucas los hubiera rastreado con tanto éxito. Y quien fuera que empleaba a Lucas pronto sabría que habían ido a la cueva; no tenía duda de que él se lo habría contado. Solo era cuestión de tiempo antes de que descubrieran el petroglifo.

Myia los condujo hasta la puerta principal. En lugar de usar una llave, Myia introdujo un código en un teclado justo debajo del pomo de la puerta. La puerta se abrió para revelar un interior sorprendentemente moderno y elegante, que contrastaba con el exterior destartalado.

—Renovié el interior pero mantuve el exterior deliberadamente descuidado. En mi línea de trabajo, es mejor parecer lo más... humilde posible —dijo Myia con una sonrisa irónica, observando sus expresiones de sorpresa—. Quedaos aquí. Voy a asegurarme de que todo está seguro.

Myia los dejó en el vestíbulo mientras se dirigía al interior. Regresó momentos después, haciéndoles señas para que la siguieran hasta un comedor.

—No tengo mucho para comer, solo fideos y agua —se disculpó, mientras se dirigía a la cocina contigua.

Adrian la observó alejarse, dándose cuenta de lo significativo que era que Myia los hubiera llevado a su casa.

Myia les había dicho que su casa era difícil de encontrar. No estaba a su nombre real, y se había esforzado mucho para mantener privado el lugar donde vivía; estarían seguros allí por ahora. Myia no había confiado en ellos ni un ápice cuando se conocieron, y Adrian sabía que Myia seguía recelosa de Elias, aunque parecía haberse

ablandado un poco hacia él desde los acontecimientos en la cueva —al fin y al cabo, él les había ayudado—. Teniendo en cuenta que habían escapado por los pelos de dos encuentros casi mortales desde su encuentro, Adrian se preguntaba si eso había provocado automáticamente esta confianza.

—Lo que pasó en esa cueva demuestra que la policía está involucrada —dijo Nick con gravedad, después de que Myia regresara con cuencos de fideos calientes y botellas de agua.

Adrian asintió mostrando su acuerdo. ¿Estaban infiltrados otros departamentos de policía en Creta? ¿Cuáles? Y si era así, ¿en quién podían confiar?

Sus pensamientos volvieron al petroglifo del laberinto que habían descubierto en la cueva y a la palabra antigua para Atlántida.

—Mencionaste que uno de los significados del símbolo del laberinto podría ser hogar —le dijo a Elias—, lo que podría significar que Atlantis era el hogar original de quien dibujó ese símbolo en la pared de la cueva.

—He pensado más sobre eso durante el viaje hasta aquí, y hay un problema con mi conjetura —dijo Elias, suspirando profundamente—. Sabemos por evidencia genética que los minoicos se originaron en Anatolia, que es la actual Turquía, no en Atlantis.

—Bueno, no sabemos si algún lugar de Anatolia podría ser Atlantis. Nadie sabe exactamente dónde podría estar la verdadera Atlantis—argumentó Adrian—. Y tal vez su origen se remonta aún más atrás. También mencionaste el colapso de la Edad de Bronce en la cueva: la completa desintegración de múltiples sociedades avanzadas.

—Sí. Desde los minoicos hasta los hititas y los babilonios. Incluso Egipto se vio afectado, debilitándose considerablemente durante este período —dijo Elias con un gesto sombrío.

—¿Qué lo causó? —preguntó Nick.

—Nadie lo sabe con certeza, pero comúnmente se asume que una variedad de factores contribuyeron al colapso: cambio climático que causó hambruna, lo que luego provocó invasiones por los misteriosos llamados Pueblos del Mar y guerras —respondió Elias.

—Tomó tiempo para que todas esas sociedades avanzadas evolucionaran, y después del colapso, esas sociedades cayeron en una edad oscura —dijo Adrian lentamente—. ¿Y si retrocediéramos aún más en el tiempo... hasta el amanecer de estas sociedades avanzadas? ¿Y si tienen un origen común?

—¿En Atlantis? —propuso Myia.

—En Atlantis —confirmó Adrian—. Tal vez los fundadores originales de estas sociedades pudieron construir nuevos asentamientos basados en su conocimiento de su tierra natal, una sociedad antigua y avanzada de la que procedían. Durante la época del colapso de la Edad de Bronce, ¿y si hubiera algún recuerdo antiguo compartido que tuvieran de su patria perdida hace mucho tiempo, representada a través del símbolo del laberinto y una palabra antigua para su tierra natal, Atai? La inscribieron en paredes de cuevas, vasijas de libación. Es justo como propusimos en la cueva. Un anhelo de regresar a su antiguo hogar mientras el nuevo se derrumbaba a su alrededor.

Elias, Nick y Myia guardaron silencio, pero ella podía notar que estaban sopesando sus palabras.

—Tenemos el papiro de Solón, las inscripciones en el fragmento, y ahora el petroglifo que encontramos en esa cueva, todos refiriéndose a Atlantis. Pero necesitamos más. Algo concreto. Todo esto sigue siendo solo especulación. Seguimos sin estar más cerca de descubrir una ubicación potencial para Atlantis —dijo Adrian con un suspiro de frustración.

—Irónicamente, ¿sabes qué sería útil ahora? —preguntó Nick con una risa divertida—. Uno de esos laberintos por los que la gente camina cuando necesita tener ideas.

Todos se volvieron para mirarlo. La sonrisa de Nick se desvaneció y levantó las cejas.

—¿Qué?

9:04 P.M.

Adrian caminaba a través de uno de los laberintos improvisados que Myia y Elias habían dibujado en la arena detrás de la casa de playa. Iluminado solo por la luz de la luna, daba al laberinto una apariencia casi mágica. Se preguntó si los antiguos también habían usado el símbolo de tal manera, recorriendo los patrones sinuosos hasta el centro mientras contemplaban.

Habían tomado la sugerencia lúdica de Nick en serio. «No puede hacer daño», dijo Myia encogiéndose de hombros. «Y Dios sabe que necesitamos ideas».

Adrian tenía que admitir que había algo relajante en recorrer los caminos del antiguo símbolo. La obligaba a concentrarse en lo que estaba directamente frente a ella, centrando su atención.

Frente a ella, Nick ya había llegado al centro de su propio laberinto. Estaba sentado allí, mirando hacia las aguas inquietas, con el ceño fruncido como solía hacer cuando estaba profundamente concentrado. Elias todavía estaba recorriendo el laberinto que había dibujado para sí mismo, pareciendo también sumido en sus pensamientos. Detrás de ellos, Myia estaba sentada con las piernas cruzadas en la arena, con una cerveza en la mano mientras los observaba.

—Soy más una persona de acción. Dejaré que los académicos hagáis el trabajo duro de pensar —había dicho con una risita.

—¿Nos estás llamando empollones? —preguntó Nick con una expresión de falsa ofensa—. Adrian, creo que nos acaba de llamar empollones.

Adrian volvió sus pensamientos al presente, continuando su camino hacia el centro del laberinto. Pensó en el papiro de Solón, las inscripciones en los fragmentos, el petroglifo en la cueva. Cuando llegó al centro del laberinto, pensó de nuevo en la palabra Atlantismisma en el lenguaje pre-griego. *Atai*. Miró hacia abajo al centro del laberinto, donde ahora se encontraba. *Hogar*.

Contemplando las brillantes y oscuras aguas de la Bahía de Malia, Adrian recordó un dato que Elias le había contado sobre los santuarios en las cimas, cómo se construían para ser vistos desde otros picos montañosos por toda Creta. Centró su atención en un punto distante en el horizonte, hacia donde las islas griegas se

extendían al norte, y más allá, la Europa continental. Giró su cuerpo para mirar hacia el este, donde Turquía —entonces llamada Anatolia — se encontraba.

Se quedó paralizada cuando una posible solución la golpeó. ¿Podría ser realmente tan simple?

—Conozco esa mirada, West —le gritó Nick.

Adrian se volvió para mirarlos. Nick la observaba expectante. Myia se puso de pie, y Elias salió de su laberinto para acercarse a ella.

—Creo que sé cómo podemos encontrar su patria original —dijo —. Cómo podemos encontrar Atlantis.

VEINTICINCO

Cuartel General de la Policía Helénica
Atenas, Grecia
9:17 P.M.

Athena estaba sentada frente a Yiannis, conmocionada por sus palabras. Él seguía hablando, pero ella no podía oírlo sobre los latidos de su corazón, un repiqueteo staccato en sus oídos. Solo podía escuchar en repetición lo que él le había dicho tan pronto como entró en su oficina después de que la hubiera convocado.

Han encontrado el cuerpo de Stavros, en su coche, a las afueras de Atenas. Fue un solo disparo en la cabeza. Suicidio. Sin señales de crimen. Ya se ha notificado a su familia. Quería decírtelo yo mismo. Lo siento mucho, Athena.

La cabeza de Athena comenzó a palpitar, y las náuseas surgieron. Las contuvo, levantando la vista para encontrarse con la mirada de Yiannis. Él estaba inclinado hacia adelante en su silla, mirándola con preocupación, y se dio cuenta de que había estado diciendo su nombre.

—Lo siento mucho. Sé que ustedes dos eran cercanos. ¿Hay alguien a quien pueda llamar?

Athena quería reír. Stavros era la única persona a quien ella habría llamado. Había roto con su pareja de muchos años atrás debido a sus tendencias adictas al trabajo. Sus padres habían fallecido hace tiempo, no tenía hermanos ni amigos cercanos, y no

mantenía relación con su familia extendida. Toda su vida había sido su trabajo y, como resultado, su única familia era Stavros.

Su única familia ahora estaba muerta.

Athena se puso de pie, conteniendo las lágrimas. No lloraría aquí, no frente a Yiannis.

—No fue suicidio —murmuró.

La expresión de Yiannis cambió a una ilegible. Se enderezó en su asiento. —Athena, tú...

Athena se dio la vuelta y salió tambaleándose de su oficina, ignorándolo mientras él la llamaba. Sintió las miradas de otros policías sobre ella mientras se apresuraba a salir de la comisaría. Debía tener un aspecto terrible: pálida y en estado de shock, luchando contra las náuseas y las lágrimas. Las náuseas continuaron aumentando, tanto que vomitó en el bote de basura justo fuera del edificio.

Se limpió la boca y cerró los ojos. Todo lo que podía ver en su mente eran sus momentos con Stavros. Los casos en los que trabajaron juntos, las largas horas de vigilancia, entrevistas e investigaciones. Las risas y la amistad.

De su shock y dolor, emergió la ira, llenándola con tal fuerza que comenzó a temblar. Se obligó a pensar... y una revelación surgió. *Por supuesto.* Debería haber visto lo que tenía delante durante todo este tiempo.

Athena corrió hacia su coche, tomando la ruta familiar de memoria sin siquiera pensarlo. Estacionó fuera de la casa de Stavros, ahora a oscuras desde que Helena y los niños se habían ido a casa de su madre.

Helena y los niños. El corazón de Athena se hinchó de dolor. Si ella estaba tan devastada, solo podía imaginar cómo se sentía Helena. Se pondría en contacto con Helena más tarde, pero por ahora, necesitaba encontrar al cabrón que había asesinado a su mejor amigo.

Salió de su coche, mirando alrededor para asegurarse de que no la estaban siguiendo o que nadie estaba al acecho, antes de usar la llave de repuesto para abrir la puerta y entrar.

Athena se dirigió a la oficina de Stavros. Se había dado cuenta de que necesitaba repasar sus pasos, volver al punto de origen más simple, algo que hacía en todas sus investigaciones. Stavros era un experto en esconder cosas. Tenía la costumbre de gastarle bromas escondiendo sus llaves en la oficina, o escondiendo algún expediente de trabajo que ella estaba estudiando, su manera de obligarla a irse a casa cuando trabajaba demasiado. Siempre se esforzaba por cuidar de ella.

Cerró los ojos, conteniendo las lágrimas. Stavros pensaría que el lugar más seguro sería su casa, pero no dejaría nada a la vista, y los oficiales que habían estado aquí el otro día se habían llevado sus cosas.

Respirando hondo, Athena miró a su alrededor. ¿Dónde escondería algo Stavros? Comenzó buscando bajo las cosas: el escritorio, el sofá, las sillas. Cuando no encontró nada, la frustración la invadió... hasta que miró hacia arriba.

Escaneó el techo y se quedó paralizada cuando lo vio. Allí, en la esquina más alejada, uno de los paneles del techo parecía ligeramente suelto. Tomó una silla y se subió encima, empujando el panel. Este se levantó, y una pequeña caja cayó, desplomándose al suelo.

La abrió. Dentro, había un teléfono desechable. Temblando, tomó el teléfono, aliviada de ver que estaba completamente cargado. Miró el registro de llamadas, marcando el último número al que había llamado.

Una voz femenina alegre respondió a través de un mensaje automático.

—Bienvenido a las oficinas del CHIC, el Centro de Investigación Histórica y Científica.

Malia, Creta
9:36 P.M.

Nick, Myia y Elias observaban mientras Adrian desplegaba un mapa de Creta, el Egeo y el Mediterráneo sobre la mesa del comedor. Adrian había notado la colección de mapas de Myia en su comedor, y Myia le había proporcionado uno a pedido de Adrian.

—Elias, dijiste que por la evidencia genética, sabemos que los antiguos cretenses vinieron de Anatolia —dijo Adrian.

—Sí. Del centro y luego del noroeste de Anatolia —confirmó Elias.

—Así que sabemos que migraron desde allí. También mencionaste que los santuarios de cima estaban situados de modo que pudieran ser visibles desde otros picos montañosos —continuó ella. Elias asintió en confirmación—. Pero ¿y si hay algo más? ¿Y si los santuarios de cima servían como puntos de referencia direccionales? Quizás no sepamos mucho sobre la religión minoica, pero estaba cargada de simbolismo.

—¿Estás diciendo que los santuarios construidos en picos montañosos señalaban en una dirección determinada? —preguntó Elias.

—Sí. Creo que el santuario de cima que encontramos estaba apuntando hacia lo que estos pueblos creían que era su hogar original —respondió Adrian.

—Es ciertamente posible —dijo Elias después de una breve pausa —. Los pueblos antiguos usaban muchos tipos de señales direccionales en los días antes de los mapas.

—Supongo que estás familiarizado con los santuarios de cima de la zona —le preguntó a Elias—. ¿Puedes marcarlos en el mapa?

Tomó un paquete de notas adhesivas que Myia también había proporcionado. Elias se adelantó, colocando las notas en media docena de sitios de santuarios de cimas y cuevas alrededor de Creta.

—Estos son los que conozco de memoria; el museo ha recibido artefactos de estos sitios —dijo Elias. Añadió la última nota al santuario de cima del que acababan de venir.

—¿Puedes encontrar otros sitios de santuarios de cima en la base de datos arqueológica a la que tienes acceso? —le preguntó a Elias.

Una hora después, estaban detrás de la pantalla del ordenador de Myia, mirando un mapa de Creta y las islas y masas de tierra

circundantes. Myia había colocado marcadores digitales de santuarios de cimas y cuevas por toda Creta y algunas de las islas circundantes, utilizando la información de Elias.

—Vaya, maldita sea —murmuró Nick.

Los sitios de los santuarios parecían apuntar hacia el norte, hacia las costas orientales de Turquía... Anatolia, durante la época de los minoicos.

Myia no parecía tan impresionada. —No es lo suficientemente específico. Podrían estar apuntando a cualquier lugar de Turquía, o incluso más al norte que eso.

—No lo creo —murmuró Elias—. Acerca la imagen en Ikaria. —Señaló una isla en el norte del mar Egeo.

Myia obedeció. Elias sonrió mientras lo observaba.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Nick.

—Mientras parece que estos picos apuntan en la dirección general de Anatolia, creo que están señalando un lugar específico; el de Ikaria lo confirma. Incluso puede que fuera visible para los habitantes de Ikaria en la antigüedad. —Se volvió para mirarlos—. Una de las ciudades antiguas más famosas del mundo, una que hasta hace muy poco se suponía que era un mito. Troya.

VEINTISÉIS

—Troya —repitió Nick—. ¿Como en *La Odisea*? ¿El caballo de Troya y todo eso? ¿Estás diciendo que ese es Atlantis?

—Estoy diciendo que es hacia donde parecen apuntar los santuarios de las cumbres —dijo Elias—. Troya alguna vez se consideró nada más que un mito hasta que sus restos arqueológicos fueron descubiertos y comenzaron las excavaciones en el siglo diecinueve.

—¿Qué sabes sobre la Troya histórica? —preguntó Adrian.

—Troya estuvo habitada durante unos ocho mil años. Era la encrucijada entre Anatolia y las civilizaciones del Egeo y los Balcanes. Sin duda influyó en *La Ilíada* de Homero y *La Eneida* de Virgilio. Ha habido debate sobre la precisión de la descripción de Homero sobre la Guerra de Troya, pero algunos historiadores la sitúan alrededor de la época del colapso de la Edad de Bronce.

Adrian se reclinó, considerando esto. ¿Estaba Troya conectada con Atlantis? ¿O podría Troya ser Atlantis?

—Ha habido teorías sobre Troya siendo Atlantis —dijo Elias, dándole una mirada significativa—. Uno de los principales argumentos es el mismo que se podría hacer sobre cualquier civilización antigua avanzada durante este período: una potencia marítima que llegó a un final catastrófico. Pero sabemos por el colapso de la Edad de Bronce que múltiples sociedades cayeron de manera similar. Aunque no creo que Troya sea Atlantis, creo que podría tener algunas respuestas para nosotros y guiarnos en la

dirección correcta. Tengo un contacto que trabaja en el sitio arqueológico con quien podríamos hablar —ofreció Elias.

—No. No confiamos en tus contactos —dijo Myia inmediatamente. Su hostilidad hacia Elias había disminuido, pero ahora parecía encenderse de nuevo. Lo miró con dureza. —Tu último *contacto* intentó matarnos.

—Tiene razón —dijo Nick, entrecerrando los ojos.

Adrian estudió a Elias. Aunque estaba menos cautelosa que los demás y no creía que Elias los traicionaría de nuevo, seguía nerviosa después de que Lucas los hubiera rastreado. No sabía hasta dónde llegaba el alcance de su misterioso empleador.

—Para ser cautelosos, esperaremos hasta que estemos cerca del sitio para contactar a tu conocido —dijo. Se volvió hacia Myia y Nick —. Ustedes saben que vamos a necesitar toda la ayuda posible en esto.

Myia frunció el ceño, pero Nick le dio un asentimiento a regañadientes.

Adrian miró el mapa, estudiando el área cerca de la costa de Turquía que mostraba el sitio arqueológico de la antigua Troya, preguntándose si allí encontrarían el vínculo crucial con Atlantis... antes de que lo hiciera esta misteriosa organización.

Knossos, Creta
11:17 P.M.

Stephanos estaba frente al complejo del Palacio de Knossos, escuchando a medias mientras su experto personal en historia peroraba sobre su historia y diseño. Con sus conexiones, le habían concedido acceso al sitio incluso a esa hora tardía.

Su mirada se desplazó hacia las ruinas. Estaba frente a uno de los edificios principales, con sus columnas rojas erguidas orgullosamente ante frescos descoloridos. Aunque el complejo ahora era simplemente una masa de piedras desmoronadas y frescos

reconstruidos, todavía se percibía la magnificencia de lo que este complejo debió haber parecido en el apogeo de la civilización minoica. Había estado aquí innumerables veces y, como apreciador de la historia, siempre lo había sobrecogido el asombro ante la vista. Ahora no sentía nada más que impaciencia. Su experto le estaba contando todo lo que ya había escuchado antes.

Desde su llegada a Creta, había visitado los tres palacios minoicos con su experto, esperando obtener nueva información que pudiera señalar hacia Atlantis, pero no había aprendido nada nuevo.

Una nueva oleada de ira lo recorrió al pensar en Elias con Adrian West y su compañero. Sus hombres habían ido tras la familia del traidor, pero habían desaparecido, probablemente llevados bajo custodia protectora por los estadounidenses. Elias y West podrían estar muy por delante de él ahora.

Irina se acercó, sosteniendo su teléfono. Ella había insistido en venir con él, diciéndole que necesitaba aliados leales a su lado y prometiendo que podría continuar su investigación incluso mientras viajaba con él.

—Es... Dmitris —dijo, dándole una mirada cautelosa—. Intenté detenerlo, pero...

—Está bien —dijo él secamente, tomando su teléfono.

Los miembros de la junta de CHSR lo habían estado acosando, queriendo saber su progreso, pero él los había evadido, diciéndoles que los contactaría a su debido tiempo. Sabía que solo podía evadirlos por un tiempo limitado, así que respondió la llamada a regañadientes.

Stephanos tomó aire antes de contestar, recordándose mantener la calma. Sabía que Dmitris trabajaba contra él. Si tenía eso en mente, podría controlar su temperamento... por ahora. Obtendría su venganza. Solo necesitaba paciencia.

—¿Por qué no has estado respondiendo nuestras llamadas? —ladró Dmitris tan pronto como Stephanos contestó—. Todos hemos estado tratando de contactarte. Me enteré de lo que pasó en Heraklion. ¿Estás en Creta en este momento?

—Sí. Tengo razones para creer que puede haber algo que apunte a Atlantis en uno de los palacios minoicos —respondió Stephanos

brevemente.

Dmitris se burló.

—Hemos investigado la conexión minoica innumerables veces a lo largo de los años.

—Lo sé —dijo Stephanos entre dientes—. Quería...

Se detuvo. No tenía que explicarse ante este *maláka*.

—Tengo que irme —dijo con dureza—. Te aseguro que todo está siendo atendido.

—No parece así —espetó Dmitris—. Los demás y yo hemos estado hablando. Estamos pensando en que alguien más de la organización se haga cargo de esto. Ojos nuevos pueden traer una nueva perspectiva. Agradecemos todo lo que has hecho, pero creemos que es hora de que te hagas a un lado.

La rabia llenó sus venas y Stephanos apretó los puños. Se alejó de Irina y el experto, que fingían no escuchar su lado de la conversación, bajando la voz a un gruñido amenazante.

—Tú y yo sabemos que no serías nada sin mi padre... y ahora sin mí. Debes tener mucho cuidado al amenazarme. No soy ningún tonto, Dmitris. Sé que tú y tu idiota hijo están tratando de trabajar en mi contra. Fracasarán. Y te arrepentirás de haber intentado detenerme.

Stephanos colgó, mirando furioso el teléfono. Debería haber sabido que perdería los estribos. Fue una tontería revelar que sabía que Dmitris trabajaba en su contra, pero su completa falta de negación era toda la prueba que necesitaba.

Aun así, la amenaza de Dmitris lo inquietó. Tendría que contactar nuevamente a sus aliados para asegurarse de que seguían respaldándolo.

Su teléfono sonó de nuevo, y se tensó cuando vio que era Tobias. Casi no quería contestar, temiendo que fueran más malas noticias.

—¿Contratiempo o progreso? —preguntó tan pronto como contestó.

—Progreso —dijo Tobias, su voz temblando de emoción—. Perdimos algunos de nuestros hombres... parece que tuvieron un enfrentamiento con esos agentes estadounidenses. Pero encontraron

algo en una cueva en Creta, y lo estoy mirando ahora mismo. Un símbolo de laberinto. Otro vínculo con Atlantis.

VEINTISIETE

Yacimiento arqueológico de Troya
Hisarlik, provincia de Çanakkale, Turquía
10:07 A.M.

Temprano esa mañana, Adrian y los demás volaron desde el Aeropuerto Internacional de Heraklion hasta el Aeropuerto Adnan Menderes de Esmirna en Turquía, donde tomaron un coche de alquiler hasta el yacimiento arqueológico de la antigua Troya. Allí debían reunirse con Dilara Aydin, una arqueóloga amiga de Elias que trabajaba en el yacimiento.

No fue hasta que estaban de camino al yacimiento desde el aeropuerto cuando permitieron a Elias contactar con Dilara, haciéndole realizar la llamada con el altavoz activado. En su honor, Elias no se quejó y cumplió diligentemente contándole su historia de cobertura: que estaba con tres amigos profesores que se encontraban en Esmirna para una conferencia académica y que les encantaría una breve visita personal al yacimiento. Para su alivio, Dilara, que sonaba tanto sorprendida como feliz de saber de Elias, accedió de inmediato, aunque le dijo que solo disponía de una o dos horas.

Después de aparcar y acercarse a la entrada del yacimiento, Adrian se rio al ver el caballo de madera de Troya que se alzaba allí, representando una de las escenas más populares del mito en la que

soldados del bando contrario se colaron en Troya escondiéndose dentro de un caballo regalado a la ciudad.

Dilara, una morena esbelta y atractiva, pronto se les acercó. Elias dio un paso adelante para presentarlos mientras Adrian y los demás la observaban; todos estaban cautelosos después del incidente con Kostas. Pero a diferencia de Kostas, no había incomodidad en el lenguaje corporal de Dilara. Parecía ser solo amigable y abierta. Aun así, Adrian se mantuvo alerta mientras seguían a Dilara por la pasarela de madera que serpenteaba alrededor de las ruinas para uso de los turistas.

—El yacimiento en su conjunto consta de aproximadamente nueve capas de asentamiento, construidas una encima de otra a lo largo de miles de años. Se creía que la sexta capa era la Troya de Homero. Encajaba con la descripción de la Troya de Homero; estaba justo al lado del Egeo y el Estrecho de los Dardanelos, junto con el Monte Ida —dijo Dilara—. Dadas las fortificaciones defensivas encontradas, es probable que se libraran batallas en Troya durante este período; las excavaciones también han desenterrado armas.

Dilara señaló la ciudadela fortificada donde vivían los habitantes adinerados y el área fuera de la ciudadela donde vivían las clases más bajas. Luego los condujo a una sección donde los excavadores habían marcado las capas del yacimiento, indicando las múltiples capas de la civilización de Troya, designadas como Troya I a Troya VII.

—¿Qué más puedes contarnos sobre la sexta capa? —preguntó Adrian—. ¿Qué tipo de artefactos se han encontrado allí?

—La mayoría consisten en cerámica o artefactos de cobre de varias culturas, mostrando la encrucijada que era esta región. Tenía vínculos culturales con el noroeste de Anatolia, no tanto de otras regiones. Las evidencias nos dicen que probablemente fue destruida por un terremoto, pero también podría haber llegado a su fin por una guerra. La capa superior, Troya VII, fue completamente destruida durante el colapso de la Edad de Bronce.

—¿Alguna inscripción? —preguntó Elias—. ¿Quizás excavada de una de las capas más antiguas? ¿Grabados o representaciones?

—La única escritura que se ha encontrado en el yacimiento fue un sello de bronce inscrito en luvita, una lengua anatolia. No ha sido descifrado excepto por la palabra "escriba" —dijo Dilara. Los estudió, con una expresión de perplejidad cruzando sus facciones—. ¿Hay algo específico que estéis buscando?

Adrian intercambió una mirada con los demás. Su instinto le decía que Dilara genuinamente no tenía idea de lo que realmente estaban buscando, pero ¿no se había equivocado con Elias? Myia parecía cautelosa y negó sutilmente con la cabeza mientras la expresión de Elias permanecía neutral. Fue Nick quien tomó la decisión por ella; le ofreció un asentimiento y una mirada tranquilizadora.

—¿Puedes decirnos —dijo Adrian, volviendo hacia Dilara— qué sabes sobre Atlantis?

VEINTIOCHO

Museo de Troya
Tevfikiye, Turquía
1:39 P.M.

El Museo de Troya, donde se enviaban muchos de los hallazgos excavados del sitio arqueológico, estaba ubicado en el cercano pueblo de Tevfikiye. Adrian y los demás estaban reunidos en una de las salas de registros, examinando pilas de documentos que Dilara les había proporcionado.

Adrian le había dicho que estaban preparando una charla sobre las posibles ubicaciones de una Atlantisreal para el congreso académico al que asistían. Dilara no ocultó su escepticismo, prácticamente poniendo los ojos en blanco. —Sin menospreciar vuestra investigación, pero no creo que Atlantis fuera real, sino una metáfora. No hay pruebas concluyentes de su existencia.

Habían permanecido en silencio. Aunque Adrian sabía que la noticia del papiro de Solón se había filtrado, era obvio que Dilara desconocía su existencia.

A pesar de su escepticismo, Dilara les había seguido la corriente, proporcionándoles registros de artefactos descubiertos en las excavaciones de las diversas capas de Troya, incluso de los cementerios y asentamientos prehistóricos circundantes. Hasta ahora, no habían encontrado nada similar a lo que descubrieron en el santuario de la cima ni nada que apuntara a una Atlantis histórica.

Adrian apartó uno de los archivos que había estado examinando, frotándose los ojos con cansancio. Se reclinó en su silla. ¿Qué estaban pasando por alto? Pensó de nuevo en el símbolo del laberinto y en la noción de origen. *Hogar.* ¿Qué conectaba a los antiguos minoicos con esta zona?

Sacando su teléfono, Adrian abrió un archivo encriptado para estudiar el mapa que habían utilizado para localizar los santuarios de cima en la región que Myia le había enviado.

—¿Hay algún otro lugar al que podrían estar señalando los santuarios? —le preguntó a Elias—. ¿O mi conjetura está completamente equivocada?

Adrian le entregó su teléfono y él estudió el mapa. —Bueno —dijo, tras una larga pausa—, está Mileto.

—¿Dónde está eso? —preguntó Nick.

—A tres horas al sur de aquí —respondió Elias—. Los escritores griegos antiguos afirman que fue fundada por colonos de Creta, que incluso nombraron la ciudad como su hogar nativo: Mileto. El registro arqueológico lo respalda. Se han encontrado allí artefactos de la civilización minoica.

—¿Por qué irían allí? —preguntó Myia.

—Nadie está seguro de por qué se establecieron allí, pero hay teorías: guerra, enfermedades, hambruna. Las mismas razones por las que la gente huye de sus patrias hoy en día. Hay historias legendarias sobre la fundación de Mileto, todas centradas en un héroe llamado Mileto. En dos de estas versiones, huye de Creta para escapar de los avances no deseados del rey Minos.

—¿El rey Minos, el rey mitológico de los minoicos? —preguntó Nick.

—Exactamente —dijo Elias—. En una de esas versiones, Mileto se casa con la hija de un rey después de fundar el asentamiento de Mileto. En otra versión, es exiliado de Creta por el rey Minos, funda Mileto y se casa con la hija de un dios río. ¿Qué tienen en común estas historias?

—Mileto huyendo de Creta y fundando una ciudad. Echando raíces al casarse con la hija de un rey o un dios —respondió Adrian.

Elias asintió. —A menudo hay semillas de verdad en las leyendas. Estos relatos son similares a cómo los minoicos huyeron de su hogar y se establecieron en Mileto, probablemente mezclándose con los lugareños.

—Vale —dijo Adrian, tamborileando con los dedos sobre la mesa —. Independientemente de su razón para huir de Creta, ¿por qué los minoicos irían específicamente a la zona de Mileto?

Hubo silencio mientras todos consideraban la pregunta de Adrian.

—Deberíamos ir a Mileto, ver si hay algo notable allí. Algo que pueda conectarse definitivamente con Atlantis y quizás explicar por qué fueron allí —propuso Elias—. Desafortunadamente, no tengo ningún contacto en el yacimiento de Mileto.

—Yo sí —dijo Myia—. Si estáis dispuestos a hablar con mis contactos... no son exactamente oficiales.

—Déjame adivinar, ¿más traficantes del mercado negro? —preguntó Nick con los ojos entrecerrados.

—Lo que yo y mis amigos hacemos no es lo que piensas —respondió Myia, lanzándole una mirada dura.

—No sabemos si... —comenzó Nick.

—De nuevo, necesitamos toda la ayuda posible —le dijo Adrian a Nick. Se volvió hacia Myia—. ¿Puedes contactar con ellos?

Ante el asentimiento de Myia, Adrian se puso de pie y se dirigió a la puerta. Como arqueóloga que trabajaba en esta región, quizás Dilara podría contarles más sobre Mileto, o tal vez también tuviera un contacto en Mileto que pudiera darles más información.

Cuando Adrian llegó a la puerta y la entreabrió, se quedó paralizada. Una Dilara con expresión confusa se acercaba a la sala de registros acompañada por dos policías turcos.

VEINTINUEVE

2:26 P.M.

Adrian y Nick cruzaron a toda prisa el estacionamiento del museo, agachados, con Elias y Myia pisándoles los talones.

Después de que Adrian divisara a los oficiales, habían salido apresuradamente por la salida trasera. Llegaron hasta el borde del estacionamiento, alcanzando su coche de alquiler. Adrian se subió al asiento del conductor, arrancando inmediatamente mientras los demás se amontonaban dentro.

Antes de que siquiera hubieran cerrado las puertas tras ellos, ella aceleró saliendo del estacionamiento, revisando el espejo retrovisor para asegurarse de que no los seguían.

—Esto fue cosa tuya, ¿verdad? —gruñó Myia, girándose para enfrentar a Elias una vez que estaban en la carretera principal alejándose del museo—. Tú o Dilara...

—Estaba trabajando con criminales que amenazaban constantemente mi vida y la de mi familia si respiraba siquiera en dirección a la policía. Ahora estoy vinculado a ellos. Lo último que querría hacer es contactar a la policía —replicó Elias bruscamente.

—¿Cómo podemos confiar en algo de lo que dices? —exigió Myia.

—Le creo. No ha tenido oportunidad de contactar a nadie. Y para que conste, Dilara parecía genuinamente confundida —intervino Adrian. Ella también se había preguntado cómo los habían

encontrado, pero realmente dudaba que fuera Elias—. No creo que Elias o Dilara tengan nada que ver con esto.

Por el rabillo del ojo, vio que Elias le dirigía una mirada de agradecimiento. Myia todavía no parecía convencida.

—¿Entonces cómo supo la policía que estábamos aquí? —preguntó Myia, todavía mirando con furia a Elias.

—Odio interrumpir este juego de culpas —dijo Nick sombríamente, con la mirada fija en el espejo del lado del pasajero —. Pero hay un coche de policía siguiéndonos varios autos atrás.

La mirada de Adrian voló al espejo retrovisor, divisando el coche de policía, y soltó una maldición en voz baja. Acababa de entrar en la autopista y delante de ellos había un denso flujo de tráfico. Apretando su agarre en el volante, cambió de carril, aumentando su velocidad. El coche de policía también cambió de carril.

Adrian pisó el acelerador, zigzagueando entre el tráfico. Las sirenas del coche de policía se encendieron, y aceleró, persiguiéndolos a toda velocidad.

Ella examinó la carretera adelante. El tráfico era denso y solo los ralentizaría.

Desviándose abruptamente hacia el arcén de la carretera, Adrian aumentó su velocidad hasta que divisó una rampa de salida. Dio un giro brusco a la izquierda, tomando la rampa y lanzándose hacia ella. Pero el coche de policía seguía pisándoles los talones, y el corazón de Adrian se hundió cuando vio otro grupo de tráfico más adelante. Justo cuando estaba a punto de desviarse para evitarlo...

El coche de policía se adelantó, girando bruscamente frente a su coche, bloqueándole el avance.

Dos oficiales salieron, con las armas levantadas, gritándoles en turco que salieran del coche.

Centro de Investigación Histórica y Científica
Atenas, Grecia
3:02 P.M.

La madre de Athena la había nombrado como la antigua diosa griega de la sabiduría. Le encantaba la mitología griega y le pareció apropiado otorgar ese nombre a su hija. Durante su crecimiento, Athena parecía hacer honor a su nombre, su curiosidad intelectual eventualmente la llevó a una carrera resolviendo crímenes, usando sus habilidades de resolución de problemas para el bien común.

Sin embargo, en este momento, no se sentía muy sabia. Estaba sentada frente al campus principal del Centro de Investigación Histórica y Científica en una furgoneta alquilada, con una peluca rubia y gafas oscuras, estudiándolo a través de unos prismáticos.

Desde que descubrió el número del centro en el teléfono de Stavros, había investigado todo lo que pudo encontrar sobre él, pero parecía ser nada más que un centro de investigación científica financiado con fondos privados.

Su instinto le decía que era mucho más. Le había pedido a Gavril en la sede que investigara por ella, extraoficialmente, sin decirle por qué. Pero Gavril también había sido amigo de Stavros y parecía saber instintivamente por qué. Le había prometido que se pondría en contacto con ella si encontraba algo, pero Athena no podía quedarse quieta, no después de lo que le sucedió a su compañero.

Había decidido venir al campus principal de la organización para vigilarlo ella misma, aunque dudaba que descubriera algo, y no sabía exactamente qué estaba buscando. Necesitaba hablar con alguien que trabajara aquí, para averiguar exactamente qué había estado investigando Stavros. En este momento, no tenía base para una orden de registro, dado que la muerte de Stavros fue oficialmente clasificada como suicidio, y ella todavía estaba técnicamente "de permiso" en el departamento.

Athena comenzaba a preguntarse si había un mejor uso de su tiempo, cuando divisó una figura familiar saliendo del edificio, con expresión tormentosa. Se quedó completamente inmóvil.

Era el Teniente Tobias Vasileiou.

TREINTA

Kalafat, Turquía
5:30 P.M.

El oficial de policía cerró la puerta de la celda, dejando a Adrian y Myia encerradas.

Ella y Myia estaban en una celda, mientras que el segundo oficial había llevado a Nick y Elias a otra. Se encontraban en una pequeña cárcel adyacente a una comisaría. A diferencia de las infames prisiones más grandes de Turquía, parecía estar destinada a retener a borrachos locales y turistas alborotadores, o mantener temporalmente a criminales más peligrosos antes de trasladarlos a una prisión de mayor seguridad.

Eso no hacía que su situación fuera menos peligrosa. Los oficiales de policía habían afirmado que los retenían para la policía de Heraklion. Ella había temido que fuera por Lucas y Vasilis después de su confrontación en la cueva, que Briggs no hubiera podido manejar las consecuencias, pero se habían negado a decirles la razón por la que los retenían, solo que las "autoridades" querían interrogarlos. Esto le confirmaba que su arresto no era legítimo, especialmente cuando las protestas de Adrian y Nick sobre su condición de agentes federales habían caído en oídos sordos. Cuando Adrian exigió ponerse en contacto con el consulado estadounidense, ambos oficiales solo respondieron con sonrisas burlonas.

Adrian se volvió hacia Myia**.** Dada la desconfianza general de Myia hacia la policía, esperaba que hubiera opuesto mucha más resistencia. Pero desde que las habían detenido, la otra mujer permanecía inquietantemente callada. Al sentir los ojos de Adrian sobre ella, Myia la miró y bajó la voz.

—Justo antes de que la policía nos alcanzara, envié un mensaje. Tengo amigos que van a sacarnos de aquí. Están muy familiarizados con cómo opera la policía en este lugar.

Adrian la miró fijamente, parpadeando sorprendida.

—¿Amigos? ¿Quiénes son?

—Vas a tener que hacer lo que yo hice por ti —respondió Myia—. Confiar en mí.

Adrian mantuvo su mirada por un momento y le dio un breve asentimiento. Odiaba sentirse tan indefensa, pero en ese momento, no tenía más remedio que confiar en Myia.

Aun así, no le gustaba estar separada de Nick. Incluso en las situaciones más precarias en las que se había encontrado en los últimos meses, siempre se sentía más segura cuando Nick estaba a su lado.

—Tu compañero está bien —dijo Myia, como si le leyera la mente. Se recostó contra la pared, estudiándola detenidamente—. Ustedes dos son amantes, ¿no?

A pesar de sí misma, Adrian sintió que sus mejillas se calentaban y se quedó desconcertada ante qué responder. Myia se rio, divertida.

—Ya veo. No entiendo por qué no. Veo cómo te mira... y cómo lo miras tú.

De nuevo, Adrian no encontró palabras. No debía ser muy buena ocultando sus crecientes sentimientos por Nick. ¿Él también lo habría notado? Adrian sacudió la cabeza como para aclararla. Esto era ridículo. En este momento estaba en una situación mucho más grave que la posibilidad de que Nick conociera sus sentimientos hacia él.

—Esta... ayuda que viene —dijo, decidiendo cambiar de tema con tacto—. Si no llegan a tiempo, o si no vienen en absoluto, tendremos que idear un plan B.

Myia pareció divertida por el cambio de tema, pero le siguió el juego.

—Vendrán, confía en mí.

Adrian rezó para que tuviera razón.

Nick apoyó la cabeza contra la pared de su celda, cerrando los ojos.

—Bueno, esto es algo para tachar de la vieja lista de deseos —murmuró—. Ser encerrado en una cárcel turca.

Se volvió hacia Elias, que estaba sentado en la esquina opuesta, temblando de miedo. A pesar de su persistente desconfianza hacia el hombre, sintió una punzada de compasión. A diferencia de Nick, Adrian y, hasta cierto punto, Myia, obviamente no estaba acostumbrado a peligros como este y se encontraba fuera de su elemento. Era una de las razones por las que, a regañadientes, empezaba a estar de acuerdo con Adrian en que Elias había sido arrastrado a todo esto contra su voluntad.

—Debería haberme negado a Michalis —dijo Elias, mirando al suelo—. Debería haber tomado a mi prometida y huido, advertido a mi familia, ido a la policía. Pero entonces... pienso en su sonrisa. Lucia se llama. De Italia. Vino a Atenas a trabajar en el museo porque ama la antigua Grecia y su historia. Es lo que nos unió. Cuando le propuse matrimonio, prometí amarla siempre, protegerla. —Cerró los ojos y dejó escapar un estremecimiento—. Cuando Michalis la hizo golpear, habría hecho cualquier cosa, incluso quitarme la vida, para mantenerla a salvo. Ahora ni siquiera sé si está a salvo, o si el resto de mi familia... —Se interrumpió, con la voz quebrada.

Nick pensó en las personas que le importaban: su hermana Elizabeth y su familia y, por supuesto, Adrian. ¿Haría cualquier cosa en su poder para salvarlos si se vieran amenazados? Recordó el miedo que lo había invadido cuando Lucas levantó su arma para disparar a Adrian. Su terror había sido... visceral. Había visto a Adrian en peligro muchas veces antes, pero esta vez se había sentido diferente. Más inmediato y real. No sabía cuánto tiempo más

podría mantener sus sentimientos por ella en secreto. Un escalofrío de temor lo recorrió ante la idea de no tener nunca la oportunidad.

—Oye —dijo, y Elias lo miró—. Eres humano. Yo habría hecho lo mismo. Cuando salgamos de aquí, y lo haremos, haré que Briggs confirme que tu familia está a salvo y tal vez te ponga en contacto con ellos.

Por la forma en que se iluminaron los ojos de Elias, Nick sintió una punzada de arrepentimiento por su persistente desconfianza. Su compañera, como siempre, había tenido razón. Este era un hombre que había estado contra las cuerdas y había hecho lo que hizo para mantener a su familia a salvo.

El sonido de pasos acercándose a su celda le hizo levantar la mirada. El oficial que los había encerrado allí, un hombre pequeño y robusto, que estaba en medio de un enorme viaje de poder, lo miró con desdén.

—Las autoridades están en camino. Pero quieren respuestas sobre lo que han estado haciendo desde que salieron de Creta. Me vas a dar esas respuestas. Si no... tendré que obtener respuestas de esas dos encantadoras mujeres con las que viniste. Y no te gustarán los métodos que use.

Una oleada de furia recorrió a Nick ante su insinuación. Aunque sabía que Adrian podría darle una paliza a este hombre, eso no impidió que lo invadiera una oleada de instinto protector.

Se irguió en toda su estatura, alzándose sobre el oficial, dándole una sonrisa peligrosa. Tenía tanto altura como masa muscular sobre el oficial, lo que ahora era aún más evidente.

—Las autoridades, ¿eh? —repitió, sabiendo que el oficial mentía. Dio un paso adelante hasta quedar presionado contra los barrotes, a solo centímetros del oficial, que ya no parecía tan prepotente.

—Por favor, interroga todo lo que quieras.

El oficial vaciló, tragando saliva. Dio un paso atrás, comenzando a hablar, pero mientras lo hacía...

Una explosión sonó, sacudiendo las paredes y derribándolos a todos hacia atrás.

TREINTA Y UNO

Aeropuerto Internacional de Esmirna
5:58 P.M.

Stephanos examinó las fotos del laberinto inscrito en la pared de la cueva mientras su avión privado iniciaba el descenso final hacia Esmirna.

Después de que Tobias le informara del hallazgo, le había ordenado enviar fotografías para que sus expertos pudieran analizarlas. Aunque las fotos le parecían impresionantes y el descubrimiento era muy significativo, no podía evitar sentirse irritado porque Elias y los estadounidenses hubieran llegado primero.

Pero por fin había buenas noticias, y dejó que esto lo calmara mientras miraba por la ventana.

Un contacto que trabajaba en el Yacimiento Arqueológico de Troya había visto a Elias, los estadounidenses y la novia de Sócrates en una visita privada con un arqueólogo. Sólo habían hecho falta unas cuantas llamadas y un generoso soborno para que la policía local los arrestara.

Tan pronto como supo que estaban en Turquía, había pedido a sus expertos que centraran su atención en la región para buscar posibles conexiones con Atlantis, y habían encontrado varias posibilidades. Sabría si Elias y sus colegas estaban mintiendo cuando los interrogara. Y estaba deseando interrogarlos.

Stephanos miró al otro lado del pasillo hacia Irina. Después de su última conversación con Dmitris, tanto él como su hijo habían desaparecido convenientemente; Irina no había podido localizarlos. Los cobardes. Había sido una tontería decirle a Dmitris que sabía que estaba trabajando en su contra, pero la falta de progreso de Irina seguía irritándole.

Sus aliados le habían asegurado que seguían apoyándole después de que les contara sobre la amenaza de Dmitris, siempre y cuando cumpliera. *Siempre y cuando cumpliera.* También era una amenaza, y todos lo sabían. Se estaban impacientando, pero él también. Con suerte, sería aquí, en este antiguo país, donde finalmente encontraría las respuestas que necesitaba, empezando por Elias y esos molestos agentes federales estadounidenses.

Kalafat, Turquía
6:02 P.M.

Mientras la explosión hacía temblar su celda, el humo rápidamente la llenó. Adrian cerró los ojos y se cubrió la boca, tosiendo.

Encima de ella, escuchó el tintineo de llaves en la puerta de la celda y la divertida risa de Myia, aunque tosía a través de la bruma de humo.

—Baris. Ya era hora —dijo.

Adrian levantó la vista. Baris, un hombre bajo pero de constitución poderosa, estaba en la puerta de su celda. Le dedicó a Myia una sonrisa torcida, revelando una hilera de dientes amarillentos. Abrió la puerta de la celda y metió la mano en su mochila, entregándoles a ambas pistolas y máscaras antigás.

—Llego a tiempo. Venid ahora —dijo en un inglés con fuerte acento.

Se dio la vuelta para marcharse, con Adrian y Myia pisándole los talones mientras se ponían sus máscaras. Se apresuraron tras él, corriendo por el pasillo lleno de humo fuera de su celda.

Unos pasos resonaron detrás de ellas, y se giraron. El oficial que las había encerrado en su celda gritó algo en turco, levantando su arma.

Baris disparó al oficial, gritándoles que corrieran. Adrian y Myia avanzaron a toda velocidad, llegando pronto a la salida trasera. Adrian miró alrededor. No había señales de Nick y Elias. Se detuvo.

—¡No me voy sin Nick! —gritó.

—¡Mi amigo los tiene a él y a Elias, tenemos que irnos! —siseó Myia.

—No. ¿Dónde está su celda?

Myia la miró con furia, pero podía ver que Adrian no iba a ceder. Myia se volvió y habló con Baris en un rápido turco cuando él se acercó.

—Él con amigo. Nosotros ir ahora —insistió.

Desde el otro extremo del pasillo, podía oír el sonido de más pasos y gritos. Más agentes de policía. Aun así, Adrian no se movió.

—¿Dónde está su celda? —repitió Adrian.

—Por donde venimos a la izquierda —respondió Baris.

—Adrian, si te atrapan, estás por tu cuenta —advirtió Myia.

Adrian no dudó. Se dio la vuelta, regresando por el camino que acababan de recorrer. Más adelante, escuchó gritos y disparos. Se agachó en posición defensiva, continuando hacia delante, con su arma lista.

Un cuerpo masculino y duro chocó contra ella por detrás. En la bruma de humo del pasillo, era difícil distinguir quién era. Inmediatamente entró en modo de ataque, dejando que su cuerpo se relajara, girando, levantando la pierna para darle un rodillazo...

—¡Adrian!

Miró hacia arriba, sintiendo un profundo alivio al ver a Nick. Elias y otro hombre, que supuso que era el otro amigo de Myia, estaban justo detrás de él.

Se dieron la vuelta, Nick tomando su mano mientras corrían de vuelta por el pasillo. Salieron corriendo por la salida trasera, agachándose cuando varias balas rebotaron en las paredes tras ellos.

Un destartalado Toyota les esperaba justo fuera de la salida, con Myia y Baris en los asientos delanteros. Myia se inclinó hacia atrás para abrirles las puertas traseras mientras otro oficial salía apresuradamente por la salida tras ellos.

Adrian y Nick se metieron en el asiento trasero, junto con Elias. Se agacharon mientras las balas impactaban contra el coche y Baris salía disparado del estacionamiento.

TREINTA Y DOS

Esmirna, Turquía
9:12 P.M.

Conocida como Esmirna en la antigüedad, la ciudad de Izmir tenía raíces que se remontaban a tiempos prehistóricos. Su puerto había sido una característica clave a lo largo de su historia y seguía siendo una fuente de importancia económica para la ciudad moderna. Como muchas ciudades de la región, había sido gobernada por los griegos, luego por los romanos, y finalmente por los otomanos. Ahora estaba salpicada tanto de rascacielos de la era actual, como de edificios y estructuras de varios momentos de su pasado: tumbas y antiguas ágoras de la época grecorromana, y bazares del tiempo de los otomanos.

Baris y Mehmet, los amigos de Myia que los habían liberado de la comisaría, los habían llevado en coche a la ciudad, conduciéndolos hasta una modesta casa en el barrio de Alsancak, en la parte histórica de Izmir.

Una vez dentro, Adrian y Nick se pusieron inmediatamente en contacto con Briggs a través de una videollamada utilizando el portátil encriptado de Mehmet, informándole de su sospechosa detención por la policía local.

—Apenas logramos escapar —dijo Nick—. Creemos que nos rastrearon, posiblemente debido al vuelo que tomamos desde Heraklion, pero no estamos seguros.

—Alguien con influencia sobornó a la policía local para que nos detuvieran. No podemos confiar en las fuerzas del orden aquí. No sabemos en quién confiar —añadió Adrian.

—Veré qué puedo hacer respecto a la policía, pero esto va a ser una pesadilla burocrática —dijo Briggs con un suspiro de frustración. Briggs se inclinó hacia la cámara, bajando la voz—. Ahora, no voy a decirles que permanezcan fugitivos, mantengan un perfil bajo y encuentren Atlantis antes de que lo hagan esas personas peligrosas. Oficialmente, voy a decirles que encuentren la oficina del FBI más cercana y esperen allí instrucciones adicionales.

Briggs miró a Adrian a los ojos, y ella sonrió. Este ciertamente no era el Briggs apegado a las normas que la había perseguido como sospechosa potencial de asesinato durante el tiempo que estuvo trabajando en el caso de Cleopatra.

—Oficialmente, lo tomaremos en consideración —respondió Nick con cara seria, aunque Adrian podía escuchar el guiño en su tono—. Nos pondremos en contacto contigo si podemos. Si no podemos...

—Comprendo —dijo Briggs, su expresión tornándose seria—. Hicimos una investigación completa sobre Lucas Dimou pero no pudimos encontrar nada sospechoso, nada criminal en absoluto. Seguimos buscando información sobre grupos criminales que busquen un arma relacionada con Atlantis, pero hasta ahora, nada. Seguiré haciendo lo que pueda por mi parte.

—Gracias —dijo Nick—. Antes de que te vayas, ¿podemos obtener confirmación de que la familia de Elias está a salvo? Y si es posible, ¿un número de contacto seguro para su prometida? Está preocupado por ellos, y creo que le dará tranquilidad.

—Claro —dijo Briggs—. Tengan cuidado, ustedes dos.

Adrian y Nick finalizaron la llamada. Ella miró a Nick, levantando las cejas.

—Eso fue amable de tu parte.

—Tenías razón. El tipo es solo un curador asustado que estaba entre la espada y la pared.

—¿Puedes repetir eso? —bromeó Adrian.

—Ja, ja. Tenías razón. Pero... ahora entiendo a qué te refieres. Y comprendo lo que es hacer cualquier cosa para proteger a alguien

que amas.

Su mirada se encontró con la de ella por un momento, solo un momento, antes de que él se levantara para salir. Adrian lo observó marcharse, con el pulso acelerado, antes de seguirlo hasta la sala de estar, donde Myia y Elias estaban sentados con Baris y Mehmet.

Durante el viaje a Izmir, Myia, hablando en nombre de Mehmet y Baris, ya que ninguno de los dos hablaba mucho inglés, les había contado a Adrian y a los demás que eran hermanos. Habían sido amigos de Myia durante una década; ellos fueron quienes la presentaron a Sócrates. Myia les había contado sobre su asesinato, pero no mucho más por su propia seguridad.

—Policía aquí no nuestros amigos —dijo Baris, cuando Nick les agradeció por arriesgarse a ayudarlos a huir de la comisaría, y por la mirada sombría en sus ojos, Adrian podía intuir que había una historia detrás. Myia les contó que habían utilizado bombas de presión colocadas a unos metros de la salida y la entrada de la pequeña estación, asegurándose de que no hubiera nadie cerca que pudiera resultar herido. El objetivo era crear una distracción, y había funcionado.

—Por si te lo preguntas —añadió Myia, lanzando una larga mirada a Nick—, Baris y Mehmet no hacen lo que tú crees que hacen, y yo tampoco. Devolvemos artefactos a los países de origen que los museos occidentales han saqueado. Museos de esos países nos pagan, extraoficialmente, por hacerlo.

Nick no dijo nada, pero un destello de sorpresa cruzó sus facciones. Adrian estudió la expresión desafiante de Myia, viendo un lado diferente de ella. Inicialmente había asumido que Myia era simplemente una mercenaria, pero a medida que pasaba el tiempo juntas, había llegado a verla como ferozmente leal. Sus sospechas de que esto era más que dinero para ella estaban demostrando ser correctas. Myia no había preguntado por ningún tipo de recompensa desde Heraklion, incluso después de haber terminado sus llamadas telefónicas con Briggs.

—Hablamos con nuestro jefe. Por ahora, estamos por nuestra cuenta —informó Adrian a Myia y Elias, mientras ella y Nick entraban en la sala de estar—. De ahora en adelante, tendremos que ser

extremadamente cuidadosos. Pero todavía necesitamos llegar a Mileto... sin ser detectados esta vez.

Myia se dirigió a Mehmet y Baris, hablando en turco rápidamente. Ante su respuesta, ella sonrió radiante, dando a los hombres un gesto de gratitud.

—Baris es amigo de un estudiante de posgrado y asistente arqueológico, Oran, que trabaja en el sitio —dijo ella—. Se están llevando a cabo excavaciones en un santuario subterráneo. Puede reunirse con nosotros en el sitio con registros y contarnos más sobre lo que se ha descubierto allí, y sobre el sitio en general. Dice que hay caminos secundarios que podemos tomar, inaccesibles para el público. Pero si queremos pasar desapercibidos, es mejor que vayamos de noche, sin turistas ni guardias, lo que significa que debemos ir ahora.

Sitio Arqueológico de Mileto
Balat, Provincia de Aydin, Turquía
11:37 P.M.

Las ruinas de la antigua Mileto se ubicaban a dos horas al sur de Izmir. Antiguamente rodeada por agua, el sitio ahora estaba en tierra firme, con ruinas de edificios que relataban su histórico pasado salpicando el paisaje, desde estructuras griegas antiguas hasta edificios de la era bizantina. En su apogeo, Mileto había rivalizado con algunas de las grandes ciudades griegas de la época, siendo un centro de comercio y negocio, con una población abundante.

Mientras se desviaban de la autopista Izmir-Aydin, tomando un camino secundario que llevaba a la parte trasera del sitio, donde se llevaban a cabo las excavaciones actuales, Adrian podía ver las extensas ruinas de Mileto en la distancia, incluyendo el gran teatro de la época griega. Mehmet estacionó a un lado del camino de tierra que cortaba hacia la parte trasera del sitio, sacando sus binoculares

para inspeccionar el sitio de excavación desde la distancia. Palideció, entregando los binoculares a Myia.

Myia miró a través de ellos y soltó una maldición.

—¿Qué? —preguntó Adrian.

—Compruébalo tú misma —dijo Myia con un suspiro, entregándole los binoculares.

Adrian los tomó y miró a través de las lentes, quedándose rígida de temor. Dos SUVs negros estaban estacionados cerca del sitio, un grupo de hombres patrullándolo, todos armados hasta los dientes.

Se tensó con pánico cuando un hombre de aspecto misterioso y atractivo y una mujer alta e impresionante salieron de la tienda de excavación; el hombre arrastraba a un joven turco detrás de él y lo obligó a arrodillarse. Un escalofrío recorrió la columna de Adrian. Este podría ser Oran, el contacto universitario de Baris. El joven lo miró, juntando las manos —parecía estar suplicando.

El hombre tomó tranquilamente una pistola y la levantó, disparando al joven a quemarropa. Se desplomó hacia atrás en el suelo, su cuerpo quedándose inmóvil.

TREINTA Y TRES

El horror invadió las venas de Adrian mientras los binoculares se deslizaban de sus manos. Nick los tomó y miró a través de las lentes, soltando una maldición propia.

En la distancia, Adrian podía ver los SUVs alejándose rápidamente del sitio. Retrocedió tambaleándose, apresurándose hacia el coche. —¡Le dispararon! —gritó—. Tenemos que ver si...

No tuvo que terminar su frase. Mehmet ya había arrancado el coche mientras se amontonaban dentro, y se dirigió a toda velocidad hacia el sitio de excavación.

Al llegar, Adrian y los demás salieron precipitadamente del coche. Oran estaba en el suelo, boca arriba, con una herida de bala en el pecho y la sangre empapando el suelo a su alrededor. Baris se tambaleó hacia él, buscándole el pulso. Bajó la cabeza y soltó un grito de desesperación.

Adrian cerró los ojos, invadida por la culpa. Este joven solo había venido aquí a esta hora de la noche para ayudarles, y ahora estaba muerto.

Pero, ¿cómo sabían esos hombres que él estaría aquí?

Myia se giró hacia Elias, obviamente pensando lo mismo, y por primera vez desde Heraklion, Adrian sintió su propia oleada de sospecha.

—¡Sabía que no debíamos confiar en ti! —espetó Myia, fulminando a Elias con la mirada—. Sigues trabajando para esos bastardos, ¿verdad?

Elias había estado mirando el cuerpo del joven, con una expresión pálida de shock. Levantó la vista hacia Myia, tensándose de rabia. Se acercó a Myia y, con un movimiento rápido, sacó la pistola de su cintura.

Adrian se adelantó, pero para su sorpresa, Elias le entregó el arma a Myia, de modo que el cañón apuntaba directamente hacia él.

—¡Me obligaron a hacer esto! —espetó, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Me siento responsable por cada persona herida o asesinada por estos hombres. Así que si crees que todavía estoy trabajando voluntariamente para estos monstruos, dispárame ahora.

El momento quedó en suspense, palpitando de tensión. Adrian dio un paso cauteloso hacia adelante, con el corazón martilleando.

—Myia, todos estamos alterados. Pensemos con lógica.

Myia ignoró a Adrian, concentrándose en Elias, con la mano temblando sobre el arma. Elias sostuvo su mirada, con un torrente de emociones en sus ojos.

Finalmente, Myia bajó su arma, apartándose de él. Los hombros de Elias se hundieron, pero seguía viéndose afligido, con los ojos desviándose nuevamente hacia el cuerpo del joven.

Adrian se dio cuenta de que Elias no podría haberse comunicado con nadie. No tenía acceso a teléfonos o dispositivos de comunicación, y lo habían estado vigilando como halcones desde Heraklion. Y realmente parecía abrumado por la culpa; nadie podía ser tan buen actor. Ahora se sentía culpable por su propia punzada de sospecha. Esos hombres debieron haber llegado al sitio llegando a la misma conclusión que ellos, especialmente si conocían el petroglifo del laberinto en aquella cueva de Creta.

—Tenemos que informar de esto y ver qué se llevaron —dijo ella.

No encontraron nada destacable en el sitio; el hombre había matado a Oran porque no les dijo nada, o habían encontrado lo que necesitaban. En cualquier caso, Adrian sabía que necesitaban averiguar qué, si es que había algo, habían descubierto aquí.

Mientras regresaban a Esmirna, Nick hizo una llamada a Vince en altavoz.

—Pensé que se suponía que ustedes estaban extraoficialmente fugitivos —respondió Vince, con un tono divertido. Pero el humor se

desvaneció cuando Adrian y Nick le contaron lo sucedido.

—Necesitamos obtener fotos de ese sitio de excavación lo antes posible —dijo Adrian.

—Haré lo que pueda —prometió Vince.

Nadie habló mucho durante el viaje de regreso a Esmirna, el silencio cargado de conmoción, dolor y culpa.

Adrian pensó en el hombre y la mujer que había visto. El hombre tenía un aire de autoridad, y los otros hombres en el sitio —y la mujer— parecían responderle a él. ¿Podría ser el jefe de Michalis y Lucas? ¿Un líder de esta organización que Myia había mencionado? Algo le decía que sí. Sin embargo, cuando le describió el hombre a Myia, ella no lo reconoció. Solo recordaba a Michalis por su cicatriz.

Cuando regresaron a la casa en Esmirna, Myia se volvió hacia Adrian y los demás. —Entraremos en un momento. Quiero hablar con Baris y Mehmet a solas por un minuto.

Myia se reunió con ellos momentos después, seguida por Baris y Mehmet, quienes se dirigieron a los armarios, sacando varias maletas.

—Les dije que tienen que abandonar el país —dijo Myia en voz baja—. No puedo vivir con más muertes en mi conciencia. Ya es bastante malo que los haya arrastrado a esto. Por supuesto que se resistieron, pero les dije que podrían estar poniendo en peligro las vidas de sus familias. Es la única manera en que pude convencerlos de que se fueran.

Adrian y Nick asintieron comprensivamente. Myia se acercó a Elias, quien se puso tenso con cautela. Ella le dijo algo en voz baja, y él pareció relajarse. No dijo nada, pero le ofreció un rápido asentimiento. Adrian se preguntó si su amistad comenzaría a repararse lenta pero seguramente después de su confrontación en Mileto.

Después de despedirse de Baris y Mehmet, agradeciéndoles profusamente por su ayuda, se dirigieron a las habitaciones de invitados que Myia les había indicado. Elias les deseó buenas noches y entró en su habitación, mientras Nick se quedaba atrás cuando Adrian se detuvo frente a la suya.

—Has estado callada desde que dejamos el sitio —dijo él—. ¿Estás bien?

—No —respondió ella honestamente—. Ese chico, ¿Oran? Solo estaba tratando de ayudarnos.

—No fue tu culpa —insistió Nick—. No hay nada más que pudieras haber hecho. Créeme, todos nos sentimos culpables. Pero sé cuánto tiempo puedes cargar con la culpa, y cuánto pesa sobre ti.

Adrian sabía a qué se refería: el caso de la estudiante universitaria desaparecida que había aparecido muerta antes de que pudiera resolverlo, durante su período inicial en la agencia. Ese caso la había llenado de tanta frustración y culpa que había abandonado la agencia y las fuerzas del orden por completo antes de verse arrastrada de nuevo. Nick tenía razón; ella tenía la costumbre de sentir cada caso sin resolver, su necesidad innata de corregir injusticias. Se preguntó si todo se remontaba a la pérdida de su padre... su constante necesidad de llenar un vacío imposible de colmar.

—Lo intentaré —susurró.

Nick levantó la mano para tocarle la mejilla, dejándola ahí un momento. Adrian tuvo que contenerse para no inclinarse hacia su contacto. Después de un momento demasiado breve, Nick retiró la mano y se alejó, murmurando un rápido buenas noches antes de desaparecer en su habitación.

7:02 A.M.

El vibrar del teléfono de Adrian la despertó de su sueño inquieto. Parpadeó, frotándose los ojos. Todavía se sentía aturdida; había dado vueltas la mayor parte de la noche, preguntándose sobre esos hombres y lo que podrían haber encontrado, la identidad del hombre que sospechaba era el líder de esta misteriosa organización, y atormentada por la persistente culpa por la muerte del amigo de Baris, Oran.

Se incorporó, tomando su teléfono y mirando la pantalla. Había un mensaje de texto de Vince, enviado tanto a ella como a Nick.

Van a querer revisar su correo electrónico. En serio... de verdad.

Momentos después, Adrian y los demás estaban amontonados alrededor de un portátil que Baris había prestado a Myia antes de irse. Nick abrió su correo electrónico, haciendo clic en un enlace. Inmediatamente se descargaron dos docenas de fotos en la pantalla.

—Vince lo hace de nuevo —dijo Nick, sacudiendo la cabeza con asombro.

Las fotos fueron tomadas en el sitio de excavación. Había varias fotos de artefactos extraídos del santuario subterráneo: vasijas de libación, fragmentos de arcilla, ofrendas votivas.

Pero su atención se centró en varias fotos en particular. Todas eran de un petroglifo de laberinto, tallado en la pared, casi una réplica del que habían encontrado en la cueva de Creta.

Y al igual que el de Creta, había escritura en el centro, pero esta escritura estaba en jeroglíficos cretenses, un guion indescifrable aún más antiguo que el Lineal A. Sin embargo, tenía la corazonada de que la escritura decía lo mismo que el petroglifo en Creta. Atai. Atlántida.

TREINTA Y CUATRO

Esmirna, Turquía
7:15 A.M.

Todos miraron asombrados las fotografías en la pantalla durante varios momentos, hasta que Adrian rompió el silencio.

—Bien. Tenemos otro petroglifo de laberinto junto con lo que supongo es la palabra Atlantis, de una época incluso anterior al santuario de cima en Creta —dijo Adrian—. ¿Cuál es el significado?

—Probablemente sea similar a lo que encontramos en Creta: una oración, un anhelo de regresar a su hogar original —dijo Elias.

—Esto podría explicar por qué los minoicos eligieron ir allí. Tal vez era su hogar original, y sus antepasados también tenían un recuerdo de Atlantis, que se remonta aún más atrás en el tiempo —reflexionó Adrian.

—¿Y si también está señalando hacia Atlantis real? —propuso Nick—. Creo que podemos argumentar que cuanto más retrocedamos en el tiempo, más cerca estaremos de una Atlantis histórica.

Adrian asintió mostrando su acuerdo. Se volvió hacia Elias.

—¿Puedes buscar en tu base de datos otros petroglifos del laberinto en la región mediterránea? Sé que hay muchos, pero tal vez podamos reducirlo a los que datan de una época aún más antigua que este.

—Parece que hay uno que es anterior a este petroglifo en Cerdeña —dijo Elias, varios momentos después, tras haberse conectado y realizado una búsqueda—. Y se parece bastante al de Mileto y al de Creta.

Giró la pantalla hacia ellos, revelando la tenue imagen de un laberinto tallado en la pared de una tumba. No era tan grande como el laberinto que habían encontrado en la cueva del santuario de cima en Creta, ni tenía ninguna escritura, pero el diseño era inquietantemente similar.

—Este petroglifo está en la tumba rupestre de Luzzanas, o la "Tomba de Labrinto" —continuó Elias—. Para ser justos, su datación exacta es incierta, pero comúnmente se supone que es de alrededor del 2500 a.C. La tumba consta de al menos cuatro, posiblemente más, cámaras que están interconectadas y no han sido completamente excavadas. Es una de las docenas de "Domus de Janas", tumbas subterráneas prehistóricas repartidas por toda Cerdeña.

Adrian estudió la imagen del laberinto, pensando en lo que sabía sobre la historia antigua de Cerdeña. Estaba dominada por una sociedad de la Edad de Bronce conocida como la civilización nurágica, nombrada así por las estructuras *nuraghe* que construyeron: torres megalíticas cuyos restos aún salpican la isla de Cerdeña en la actualidad. Los nuraghe y sus constructores habían fascinado incluso a los antiguos griegos, quienes inventaron leyendas para describir cómo habían construido estructuras tan grandiosas. Incluso los antiguos la consideraban una sociedad avanzada.

—¿Crees que los sardos de la Edad de Bronce, la civilización nurágica, podrían tener una conexión con una Atlantis histórica? —le preguntó a Elias.

—Como muchas civilizaciones antiguas del Mediterráneo, como hemos visto con Troya, por ejemplo, ha habido quienes han supuesto que Cerdeña era Atlantis misma, con su civilización nurágica y sus impresionantes pero misteriosos edificios megalíticos, junto con su importante posición estratégica en el Mediterráneo. Pero no creo que sea Atlantis. Hay algo más, sin embargo. La

conexión con el colapso de la Edad de Bronce. ¿Recuerdas cuando mencioné a los misteriosos Pueblos del Mar que invadieron Egipto y otras civilizaciones durante el colapso? Uno de ellos, los sherdanos, se cree comúnmente que eran los antiguos sardos.

Adrian imaginó a los sardos nativos, como los minoicos, viendo colapsar su sociedad a su alrededor, invadiendo otras tierras mientras las suyas se agotaban de recursos. Se preguntó si también habían inscrito el símbolo del laberinto en la pared de esta tumba como una oración, una súplica a los dioses para que les ayudaran a regresar a su hogar original.

Pensó en la escritura de la cueva en Creta y en este petroglifo, escritos en escrituras no descifradas en idiomas inciertos, aunque muchos lingüistas suponían que las escrituras eran del idioma minoico, un idioma pre-griego. Su mente se aferró a la noción de los idiomas pre-griegos, ocurriéndosele otra idea.

—Los idiomas pre-griegos —dijo lentamente—. Esa podría ser otra conexión. Nadie sabe con certeza qué idioma hablaban los sardos de la Edad de Bronce, aunque abundan las teorías, desde el proto-ibérico hasta el ligur. Hay una teoría que afirma que hablaban un idioma pre-indoeuropeo, como muchos teorizan que era el minoico.

Consideró la antigua palabra para Atlantisen pre-griego. Atai. ¿Podrían los antiguos sardos haber tenido un idioma similar al de los minoicos porque en última instancia tenían un origen compartido?

—Entonces estás diciendo... —dijo Myia lentamente.

—Que estos idiomas pre-griegos, pre-indoeuropeos podrían haber tenido un origen compartido, que se remonta hasta Atlantis —dijo Adrian—. Se hablaban en tiempos prehistóricos, mucho antes incluso del proto-griego. No están conectados al indoeuropeo, y hay teorías sobre a qué familia lingüística podrían pertenecer. Habría considerado esta teoría una locura antes del descubrimiento del papiro de Solón, pero creo que puede haber algo de cierto en ella. —Como lingüista, la emoción recorrió a Adrian ante la idea de descubrir el misterio de los idiomas pre-griegos y su conexión con una sociedad aún más antigua, Atlantis.

—Creo que tenemos suficiente para saber hacia dónde debemos ir a continuación —dijo Nick.

Atenas, Grecia
11:08 A.M.

Athena siguió el coche de Tobias mientras serpenteaba por el denso tráfico del centro de Atenas. Lo había seguido ayer desde las oficinas del CHSR, pero solo había ido a la jefatura de policía desde allí, quedándose hasta altas horas de la noche antes de dirigirse a su casa en el barrio de Pangrati.

Athena había permanecido estacionada toda la noche, a varias casas de su hogar, luchando por mantenerse despierta, no queriendo arriesgarse a perderlo si se iba. Había tenido la previsión de traer un cambio de ropa y su cepillo de dientes para su aventura de vigilancia, pero sabía que tendría que ducharse; simplemente estaba aterrorizada de perderlo. Él estaba conectado con todo esto, y si tan solo pudiera descubrir cómo, estaría más cerca de averiguar quién había matado a su compañero y por qué.

Mientras lo seguía ahora, parecía que no se dirigía a la jefatura de policía. Estaba tomando una ruta diferente. Si se dirigía de nuevo al CHSR, tal vez podría seguirlo hasta dentro. Todavía llevaba su disfraz.

Él giró hacia la avenida Katechaki, una de las principales vías de Atenas que conducían fuera de la ciudad. Athena se mantuvo dos coches atrás, con la mirada fija en su Audi negro. Él hizo un giro brusco y repentino al salir de Katechaki, y Athena casi lo pierde. Rápidamente hizo el giro también.

Ahora estaban en el suburbio de Neo Psychiko, y él maniobró su coche por las estrechas calles, con Athena siguiéndolo de cerca, hasta que hizo otro giro brusco.

Athena lo siguió, y su sangre se heló cuando se dio cuenta de que había girado hacia un callejón sin salida.

La había detectado.

Tobias frenó bruscamente, deteniéndose en medio del callejón. Con el corazón en la garganta, Athena comenzó a retroceder, pero otro coche entró detrás de ella en el callejón, bloqueándola.

Athena buscó desesperadamente su arma reglamentaria, pero Tobias fue rápido, llegando a su ventana con su propia arma apuntando a su cabeza.

—Teniente Karras —dijo, negando con la cabeza en señal de lamento—. Parece que eres tan insensata como tu difunto compañero.

TREINTA Y CINCO

Provincia de Sassari, Cerdeña
8:46 P.M.

Iluminada únicamente por la luz de la luna, Adrian podía distinguir el exuberante paisaje verde del campo de Cerdeña, desde colinas onduladas y extensas tierras de cultivo hasta pintorescos pueblos. Dada su extensa historia, desde sus primeros habitantes durante la era paleolítica hasta la indígena civilización nurágica, el paisaje evocaba un lugar detenido en el tiempo, inmune a la era moderna. Sería apropiado, pensó Adrian, si pudieran encontrar aquí la clave para localizar la última civilización antigua.

Habían volado desde el aeropuerto internacional de Esmirna hasta el aeropuerto de Alghero en Cerdeña con la ayuda del grupo operativo, utilizando pasaportes falsos ahora que la policía en Turquía los buscaba. Ahora se dirigían hacia el oeste a través del campo en dirección a Benetutti, el pueblo más cercano a la tumba de Luzzanas, en su vehículo de alquiler.

Ni Elias ni Myia tenían contactos en el país, así que estaban completamente solos. Habían decidido dirigirse al sitio por la noche para evitar cualquier turista que pudiera estar en la zona.

Como habían hecho en Mileto, Nick estacionó el coche a aproximadamente un kilómetro y medio del lugar una vez que se acercaron. La tumba era difícil de detectar desde esta distancia, ya que se encontraba en el centro de un campo plano sin nada

distintivo que marcara su ubicación; dependían tanto de los mapas físicos que habían comprado en el aeropuerto como de los mapas en sus teléfonos.

Adrian sacó los binoculares, llenándose de una furiosa frustración al ver un coche solitario estacionado allí. A menos que casualmente hubiera algún turista que quisiera ver la tumba por la noche, alguien se les había adelantado, posiblemente hombres de esta organización.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Myia, soltando un suspiro después de que ella y Nick también hubiesen mirado a través de los binoculares.

—Podríamos jugar a lo seguro y mantenernos fuera de vista hasta que estas personas —quienesquiera que sean— se vayan —dijo Adrian—. O...

—¿O qué? —insistió Nick.

—Podemos enfrentarnos a ellos. Solo hay un coche; no pueden ser muchos. Si son turistas, podemos asustarlos con nuestras placas. Si no... tenemos el elemento sorpresa. No podemos arriesgarnos a que nos lleven ventaja.

—Estoy de acuerdo —dijo Nick—. Además —añadió con un guiño —, la opción segura siempre es la aburrida.

Momentos después, Adrian y Nick se movían a través del campo adyacente al lecho del arroyo que conducía a la tumba, agachados, con sus armas firmemente sujetas en sus manos. Myia los seguía veinte pies más atrás como respaldo adicional. Elias se había quedado con el coche, observándolos con los binoculares, listo para servir como su conductor de escape si fuera necesario.

Habían recorrido un largo camino en cuanto a confianza desde el enfrentamiento en Mileto. Adrian había esperado que Nick o Myia protestaran por dejar a Elias atrás. En cambio, simplemente asintieron en acuerdo cuando ella lo sugirió.

Adrian y Nick continuaron arrastrándose hacia la apertura de la tumba. Nadie había salido y el coche seguía estacionado junto a ella; solo rezaba para que no fueran muchos o, al menos, que fueran turistas.

Solo se escuchaba el latido acelerado del corazón de Adrian y su respiración mientras se acercaban. Se alegraba, como siempre, de tener a Nick a su lado. Él se movía con cautela pero con confianza, su cuerpo alerta mientras avanzaban.

Se detuvieron cuando estaban a unos cuatro metros de la entrada de la tumba, que era simplemente un agujero excavado en el suelo. Escuchó, oyendo el rumor de dos voces masculinas debajo de ellos. Dos hombres. El alivio invadió a Adrian: tenían una oportunidad.

Miró a Nick, levantando la mano y contando hasta tres antes de avanzar rápidamente, descendiendo a la tumba, encendiendo las linternas que sostenían junto con sus armas reglamentarias para guiarse en el camino.

Aunque llena de rocas y con techos bajos, la tumba era sorprendentemente espaciosa y amplia. Había varias aberturas cuadradas talladas en las paredes donde alguna vez habían reposado restos y tesoros, pero que ahora estaban llenas de rocas desmoronadas. En la pared izquierda podía ver el petroglifo del laberinto inscrito.

Pero su atención se dirigió inmediatamente a los dos hombres que estaban dentro, iluminando con sus linternas en la oscuridad. Los hombres se giraron para enfrentarlos, un hombre mayor de unos cincuenta años y uno más joven de unos veinte. El más joven inmediatamente llevó la mano a su funda para tomar su arma.

—¡Alto! —gritó Nick—. Quietos. Manos donde pueda verlas. Dispararé si es necesario.

El hombre más joven los fulminó con la mirada, como si fuera a desafiarlo, pero el mayor extendió el brazo, colocando una mano apaciguadora sobre el suyo. Mantuvo el otro brazo levantado para indicar que no estaba armado.

—Zacharias, está bien —dijo. Dirigió su atención a Adrian—. ¿Es usted Adrian West?

Adrian parpadeó sorprendida, pero se mantuvo alerta, apuntándole con su arma.

—¿Quién lo pregunta? —exigió.

—Dmitris Karagiannis. Quiero ayudarles a detener a un hombre peligroso que busca Atlantis.

TREINTA Y SEIS

Mientras Adrian y Nick miraban a Dmitris con incredulidad, Myia dio un paso al frente, temblando de furia, con su pistola aún apuntando al pecho de él.

—¿Por qué deberíamos creerte? —gruñó ella.

La mano de Zacharias se desvió hacia su arma, pero Dmitris lo detuvo.

—Porque si Stephanos tiene éxito, será el fin para todos nosotros. Y quiero impedir eso.

Dmitris se volvió hacia Zacharias, dándole un asentimiento. Zacharias dudó, su mirada pasando de la expresión hostil de Myia a Adrian y Nick, quienes lo observaban con cautela. Pareció llegar a una decisión interna, sacando su pistola y arrojándola al suelo.

—Este es mi hijo, Zacharias. Entiendo por qué serían cautelosos en confiar en nosotros. Escúchenme, y déjenme demostrárselo.

9:22 P.M.

Adrian estaba de pie frente a Dmitris y Zacharias, aturdida por todo lo que él les había contado: todo sobre CHSR, la versión moderna de una antigua sociedad secreta, los planes de Stephanos Keliades para la destrucción mundial para reiniciar la civilización desde cero, y el

arma de fuego griego que buscaba en el sitio para ayudar a impulsar sus planes.

Ella y los demás habían acertado en su suposición sobre las intenciones de esta organización respecto a Atlantis. Una parte de ella había esperado estar equivocada, que solo la buscaban por los tesoros que contenía para obtener beneficios, aunque Dmitris le dijo que ese también era un objetivo.

Adrian y los demás estaban reunidos alrededor de su coche de alquiler y el coche de Dmitris, ahora estacionados más lejos del sitio, aunque todavía lo suficientemente cerca para ver si alguien más se acercaba.

—Crecí con el padre de Stephanos, Alexandrios —continuó Dmitris, su expresión ensombreciéndose por la pena—. Ambos padres nuestros habían sido miembros durante mucho tiempo, y sus padres antes que ellos. Al principio, estaba orgulloso de formar parte de una organización con una historia tan antigua, hasta que supe lo que algunos miembros tenían la intención de hacer, incluido Alexandros. Estaba obsesionado con el colapso de la Edad de Bronce. Estaba convencido de que necesitábamos que algo similar ocurriera en los tiempos modernos. Lo confronté, pero él se mantuvo firme en sus creencias. Pensé que podría convencerlo de lo contrario, y cuando enfermó de cáncer, esperaba que sus prioridades hubieran cambiado. Pero poco después de su muerte, supe que su hijo había asumido sus planes. Alexandros adoctrinó fuertemente a su hijo en sus creencias. Yo enseñé a mi propio hijo de manera diferente, que la humanidad es inherentemente buena y vale la pena luchar por ella —añadió, deslizando la mirada hacia Zacharias. Zacharias, que estaba en silencio pero escuchando atentamente, le dio a su padre una pequeña sonrisa y un asentimiento de confirmación.

—Los otros líderes no están entusiasmados con Stephanos. Piensan que es demasiado impulsivo, y aquellos que conocen sus planes o están completamente alineados con él, o no lo toman en serio y no están haciendo nada para detenerlo —continuó Dmitris—. Están más preocupados por los tesoros que Atlantis sacará a la luz. He estado fingiendo seguir los planes de Stephanos, incluso con lo

del papiro, aunque tenía la intención de entregarlo antes de que llegara a Atlantis. He estado realizando mi propia investigación paralela desde que se descubrió el papiro.

—¿Por qué robó el papiro? —preguntó Nick.

—Hay rumores de larga data en nuestra organización de que hay algún tipo de mapa oculto en él, un mapa que conduce a Atlantis. Ese rumor resultó no ser cierto, ya que obviamente no lo ha encontrado —respondió Dmitris.

Adrian se tensó, ocurriéndosele un pensamiento. —¿Fuiste tú quien envió hombres a ver a Elias en el hospital?

Dmitris pareció arrepentido. —Lo hice. Me enteré de que Stephanos había enviado a uno de sus hombres a acercarse a Elias, y quería ver qué sabía. Les ordené que no hicieran daño a nadie; las armas solo debían ser una demostración de fuerza. Me enfadé cuando supe que habían herido a aquel agente de policía. Pero tuve que actuar rápidamente. Temía que Stephanos enviara a sus hombres a eliminar a Elias después del robo. No podía arriesgarme.

—¿Qué hay de Sócrates... Ben Grant? —exigió Myia—. ¿También estuviste detrás de lo que le sucedió?

—¿Sócrates? —repitió Dmitris con un ceño confuso. Maldijo, cerrando los ojos—. Subestimé lo asesino que se ha vuelto Stephanos. Y no, para responder a tu pregunta, no tuve nada que ver con eso. Estoy tratando de salvar vidas, no eliminarlas.

Adrian estudió a Dmitris, considerando todo lo que les había dicho. Desde la traición de Elias, había dudado de sus instintos, los que ahora le decían que confiara en él. Pero... había tenido razón sobre Elias en el fondo. Él había sido obligado a ayudar a Michalis y se había convertido en un aliado útil. Y había acertado sobre la intención de la organización detrás de todo esto.

—Entiendo si no confían en mí, pero no tenemos mucho tiempo. El equipo de expertos de Stephanos probablemente también viene hacia aquí. Estamos en un callejón sin salida; no encontramos nada en la tumba aparte del petroglifo. Lo hemos enviado a un amigo experto de confianza, alguien que no tiene nada que ver con CHSR, y no ha podido decirme mucho. Cuando nos encontraron, estábamos

tratando de ver si había algo más de interés en la tumba, pero no encontramos nada —dijo Dmitris.

—Dame un segundo —dijo Adrian. Se volvió hacia Nick, Myia y Elias, y se apartaron de Dmitris y Zacharias—. ¿Qué pensamos?

—Creo que está diciendo la verdad. Tiene recursos, y es miembro de esta organización, así que tiene información útil. Creo que podemos avanzar significativamente si trabajamos juntos —dijo Nick.

—Ya me conoces, no confío en nadie —murmuró Myia—. Pero Nick tiene razón. Estamos en otro callejón sin salida, y necesitamos toda la ayuda posible, como sigues diciendo, Adrian. Dicho esto, si siquiera parpadea de manera sospechosa, lo mataré yo misma —añadió, con un tono tranquilo pero feroz.

Cuando Adrian miró a Elias, él le dio una sonrisa irónica. —Yo soy partidario de confiar en la gente. Es la única razón por la que estoy aquí ahora.

Adrian volvió a acercarse a Dmitris, con la mente decidida. —Tienes razón. No hay mucho tiempo. Necesitamos llegar a Atlantis antes que Stephanos. —Miró hacia la dirección de la tumba, su mente acelerándose—. ¿Y si nos hemos enfocado demasiado en los petroglifos del laberinto? —preguntó—. Sí, el símbolo es muy importante y probablemente podría señalar hacia Atlantis, pero creemos...

—¿Que los atlantes se extendieron por las islas del Mediterráneo con el tiempo? —interrumpió Dmitris. Ante su asentimiento, continuó —: Es lo mismo que creían los miembros antiguos de nuestra sociedad. Simplemente no pudieron precisar la ubicación de su origen.

Ella se volvió hacia Elias. —¿Puedes pensar en algo más aquí en Cerdeña que pudiera vincularse con otros lugares donde hemos estado? ¿Algo además del símbolo del laberinto, tal vez similar a los santuarios de cima en Creta?

—Tienes que considerar la geografía —dijo Elias—. Creta es montañosa, por lo que hay muchos santuarios de cima y de cuevas. Aquí en Cerdeña, los antiguos preferían estructuras megalíticas, como los nuraghes, que podrían haber servido para diversos propósitos. También hay pozos sagrados, que se construyeron para

adorar el agua. Al igual que los santuarios de cima en Creta, tanto los nuraghes como los pozos sagrados están por toda la isla.

—¿Hay algún pozo sagrado o nuraghe cerca? ¿Uno significativo que fuera construido alrededor de la época del colapso? —preguntó Nick.

—Hay uno importante no muy lejos de aquí: el pozo de Santa Cristina —respondió Elias.

TREINTA Y SIETE

Paulilatino, Cerdeña
10:58 P.M.

El templo del pozo se encontraba en el santuario de Santa Cristina, cerca del pueblo de Paulilatino. Derivaba su nombre de la iglesia de Santa Cristina construida en el siglo XI, adyacente al templo.

Estaba ubicado a una hora en coche hacia el sur de la tumba, más cerca de la costa oriental de Cerdeña. Una vez más, se detuvieron a cierta distancia, escaneando el sitio con sus prismáticos para asegurarse de que no hubiera nadie antes de acercarse. Aun así, aparcaron a medio kilómetro de distancia en caso de que necesitaran escapar rápidamente sin ser detectados.

Mientras se acercaban al templo, Adrian pudo distinguir la mayor extensión del sitio, incluso en la oscuridad. Incluía el templo del pozo, un nuraghe, la iglesia medieval y viviendas para peregrinos que todavía se utilizaban en la actualidad.

Una vez que llegaron cerca del exterior del templo del pozo, Adrian dejó escapar un leve jadeo de asombro. Una cosa era que Elias lo describiera, pero verlo en persona era simplemente impresionante.

El templo del pozo estaba situado en un *temenos,* un recinto sagrado, construido en forma de cerradura. Desde su punto de vista, podía ver la escalera triangular que descendía hacia el pozo, dando el efecto de una escalera inversa al descender. Se detuvo un

momento para contemplarlo; el templo parecía sagrado bajo la luz de la luna. Podía imaginar la reverencia de los antiguos sardos cuando venían aquí a adorar.

Zacharias permaneció fuera del templo como vigía mientras Adrian y los demás entraban y descendían por la escalera, usando linternas para guiar su camino. Los escalones conducían a una sala subterránea, donde una abertura en el techo permitía que la luz de la luna se derramara en el interior. El estanque en el fondo era un manantial todavía activo que, según les contó Elias, los sardos habían construido intencionadamente este templo alrededor.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo Elias—. Hay teorías de que además de ser un templo, era un observatorio astronómico. El sol brilla directamente en la escalera que desciende al pozo durante los equinoccios.

Adrian observó las formas geométricas marcadas del templo, que sugerían armonía. Todo en el templo parecía tener un propósito en su diseño. Sus pensamientos se dirigieron a los santuarios de cumbres en Creta y su teoría de que habían servido como puntos de referencia direccionales.

—¿En qué dirección está orientado el templo? —le preguntó a Elias.

—Creo que mira hacia el este —respondió él.

—Si los santuarios de cumbres en Creta eran puntos de referencia direccionales, ¿qué tal si los templos de pozos, o los nuraghe, también lo fueran? —preguntó.

Dmitris dio un paso adelante, sacando una tableta de su bolsa.

—Ya hemos trazado los nuraghe y los templos de pozos por toda la isla. Mi experto también sospechaba que eran importantes.

Pulsó un botón en la tableta y se la entregó. Adrian la estudió; en la pantalla había un mapa de la isla con puntos digitales que indicaban los templos de pozos y los nuraghe.

Nick, Myia y Elias se acercaron, mirando por encima de su hombro el mapa. A primera vista, parecían dispersos al azar por toda la isla, pero cuando Adrian estudió la dirección general a la que miraban los templos de pozos... todos parecían apuntar hacia el este.

—Elias, ¿qué hay al este de aquí? —preguntó ella, con el corazón martilleando.

Antes de que Elias pudiera responder, Zacharias bajó corriendo las escaleras, con el rostro blanco de pánico.

—Hay aproximadamente media docena de SUVs en la distancia, viniendo hacia aquí —dijo—. Tenemos que salir de aquí. *Ahora*.

TREINTA Y OCHO

Ante las palabras de Zacharias, Adrian se puso tensa de miedo. Dmitris dio un paso adelante, con expresión urgente.

—Llévalos al aeropuerto y asegúrate de que el avión esté listo. Dile al piloto que vuele hacia el este hasta que hayas fijado una ubicación. Si es Stephanos, haré todo lo posible por ganarles tiempo.

Zacharias se quedó inmóvil, palideciendo.

—Papá, no creo que...

—Es una orden, hijo. Sabes que esto es más grande que tú o yo —se volvió hacia los demás—. Váyanse. Cuando pueda, me pondré en contacto.

Obedecieron, corriendo escaleras arriba y saliendo del templo. Detrás de ellos, escuchó el profundo rumor de la voz de Dmitris mientras murmuraba algo que sonaba tranquilizador a Zacharias antes de salir apresuradamente tras ellos.

Se apartaron del templo y se dirigieron hacia su coche de alquiler, dejando atrás el vehículo de Dmitris con él. Adrian se arriesgó a mirar hacia atrás; a lo lejos pudo ver una línea de SUVs acercándose. Dmitris los observó marcharse un momento, con el cuerpo tenso, antes de volverse para enfrentar a los vehículos que se aproximaban.

Adrian aceleró el paso, y pronto llegaron a su vehículo de alquiler. Nick tomó el volante, y se alejaron del lugar a toda velocidad, manteniendo los faros apagados para evitar ser detectados.

Se giró para mirar por la ventana trasera mientras Nick se alejaba. Podía ver los SUVs deteniéndose en el sitio, uno tras otro. En el asiento trasero, Zacharias estaba pálido, girándose continuamente para mirar por la ventana trasera. Cerró los ojos como para recomponerse antes de sacar su teléfono y enviar un mensaje.

—Acabo de enviarle un mensaje a nuestro piloto. Cuanto antes podáis decidir una ubicación, mejor.

Adrian se volvió hacia Elias, que estaba sentado entre Myia y Zacharias en el asiento trasero.

—¿Qué hay significativo para Cerdeña, para Atlantis, que esté al este de aquí? —preguntó.

—Está España, por supuesto, pero también están las Islas Baleares —respondió Elias tras una breve pausa.

—¿Las Islas Baleares... como la isla de fiesta de Ibiza? —preguntó Nick. Había vuelto a encender los faros una vez que estaban fuera de la vista del templo, pero había aumentado la velocidad. Aunque su tono era ligero y juguetón, su agarre en el volante era firme, con los nudillos blancos mientras su mirada iba repetidamente al espejo retrovisor.

—Son mucho más que islas de fiesta. Tienen una historia rica y variada —respondió Elias con el ceño fruncido—. En el período prehistórico...

—Danos la lección de historia más tarde. Necesitamos saber si esto está relacionado. No sabemos cuánto tiempo puede Dmitris contener a esos hombres —interrumpió Myia.

—Se han encontrado petroglifos de laberintos en varios sitios de las Islas Baleares. Incluso había una tribu llamada Balares en la antigua Cerdeña. Se cree que vinieron directamente de las Baleares, de ahí su nombre. También hay edificios similares en las Islas Baleares a los encontrados en Cerdeña, construcciones megalíticas llamadas "talayots", parecidos a los nuragas de Cerdeña.

Adrian se volvió para mirar a Nick y Myia. Las palabras de Elias eran lo suficientemente convincentes para ella. Tenía la corazonada de que se estaban acercando.

—Patrick —dijo Zacharias, sacando de nuevo su teléfono y poniendo la llamada en altavoz—. Tengo un destino para ti. Llévanos al Aeropuerto de Palma en Mallorca, en las Islas Baleares.

11:27 P.M.

La furia recorría a Stephanos mientras salía de su SUV y encontraba a Dmitris de pie cerca del templo del pozo de Santa Cristina. Le picaban las manos por sacar su pistola y ejecutarlo, tal como había hecho con aquel inútil asistente de arqueólogo en Mileto, pero tenía la sensación de que no sería tan satisfactorio.

Había estado de mal humor una vez que llegaron al sitio de Mileto, tras enterarse de que Elias y sus amigos americanos habían escapado de la cárcel. Lo habían eludido, otra vez. Fue una agradable sorpresa encontrar a alguien en el sitio de Mileto, donde sus expertos habían recomendado explorar debido a sus conexiones con los minoicos. Pero el chico no le había dado ninguna información útil, principalmente, qué estaba haciendo allí a esa hora de la noche. Debería haberse tomado el tiempo para torturar las respuestas, pero no tuvo la paciencia.

El chico había traído fotos de las excavaciones en Mileto, y esas fotos los habían conducido a Cerdeña. Él, Irina y sus hombres habían estado aquí todo el día, deteniéndose en varios puntos alrededor de la isla que sus expertos consideraban relevantes, pero hasta ahora no había surgido nada significativo, y se sentía cada vez más frustrado.

Dmitris se acercó a él con su habitual mirada imperiosa, y Stephanos reprimió su furia. Dejaría que el hombre mayor se ahorcara con su propia soga antes de ejecutarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Stephanos con tensión.

—Me estaba cansando de que arrastres los pies —espetó Dmitris —. Un experto mío me habló de este lugar.

Stephanos lo fulminó con la mirada. El descaro de este imbécil.

—¿Así que viniste aquí completamente solo?

—Tengo derecho a tomar las cosas en mis propias manos cuando siento que no se están manejando adecuadamente —dijo Dmitris fríamente.

Stephanos lo miró fijamente durante un largo momento antes de mirar alrededor.

—¿Dónde está tu sombra, o debería decir, tu niñito? No respira a menos que tú se lo digas.

—Algunas cosas es mejor manejarlas solo —dijo Dmitris, pero Stephanos notó que había palidecido cuando mencionó a su hijo.

—Estoy harto de este juego —dijo Stephanos con un suspiro impaciente, sacando su pistola—. Sabes que yo sé lo que estás tramando, pero te daré puntos por intentar una historia de cobertura, aunque sea estúpida.

Apuntó su pistola a la cabeza de Dmitris, deleitándose con la expresión de miedo que apareció en el rostro del hombre mayor. Ya no parecía tan imperioso.

—Tu padre —escupió Dmitris— estaría avergonzado del hombre en que te has convertido.

La furia de Stephanos se encendió. Golpeó la culata de la pistola contra la sien de Dmitris, continuando golpeándolo incluso después de que cayera, una y otra vez, hasta que la sangre de Dmitris salpicó su cara y camisa.

Fue Irina quien lo detuvo.

—Todavía no, Stephanos. Necesitamos averiguar qué sabe. Y tienes influencia sobre él. Su hijo. Puedes ejecutarlo después de que encontremos Atlantis.

Stephanos retrocedió, con el pecho agitado, permitiendo que su furia disminuyera. Dmitris yacía en un montón arrugado en el suelo frente a él, su rostro un desastre sangriento, luchando por respirar. Stephanos ansiaba terminar el trabajo, golpear al hombre hasta la muerte, las palabras sobre su padre resonando en su mente. Pero Irina tenía razón.

—Mi padre estaría orgulloso de mí y avergonzado de ti. Le hice una promesa en su lecho de muerte que he dedicado mi vida a

cumplir, y la cumpliré. Tú eres el cobarde que no tiene el valor de hacer lo que hay que hacer.

Se enderezó e hizo un gesto a dos de sus hombres.

—Pónganlo atrás. Viene con nosotros.

TREINTA Y NUEVE

Espacio aéreo sobre el Mar Balear
2:37 A.M.

Adrian miró por la ventanilla del avión privado, hacia las oscuras aguas del Balear. En otras circunstancias, podría imaginarse viajando a algún destino turístico en una de las islas que formaban el archipiélago balear. Pero la situación estaba lejos de ser idílica. Incluso ahora, la adrenalina corría por sus venas mientras pensaba en lo que les esperaba.

Habían llegado al aeropuerto de Alghero para encontrar el avión privado de Dmitris listo y esperándolos en la pista. Apenas habían abrochado sus cinturones de seguridad cuando ya estaban ascendiendo.

—¿Estás seguro de que las Islas Baleares son a donde debemos ir? —le había preguntado Zacharias a Elias, cuando el avión alcanzó su altitud máxima.

—No —dijo Elias sin rodeos—, pero lo que vimos en Cerdeña parece apuntar en su dirección.

—¿Qué sabemos sobre los nativos que las habitaban? —preguntó Adrian.

—Las Baleares han estado pobladas desde aproximadamente 2500 a 2300 a.C., con población que migró desde el sur de Francia o la Península Ibérica. No se sabe demasiado sobre esos primeros pueblos; gran parte de lo que sabemos procede de escritores

grecorromanos. Los nativos, al principio, vivían en cuevas y formaciones rocosas. Fueron quienes construyeron edificios megalíticos llamados talayots, similares a los nuragas en Cerdeña. Los talayots servían para muchas funciones: eran funerarios, marcadores territoriales, centros ceremoniales, torres de vigilancia o santuarios religiosos para rituales. Hay cientos repartidos solo en Mallorca, la isla más grande de las Baleares.

Elias les habló también sobre las necrópolis que existían en las islas, pero decidieron centrarse en los talayots, ya que parecían servir el mismo propósito que los santuarios de cumbres en Creta y los templos de pozos y nuragas en Cerdeña. Utilizando estudios topográficos que Zacharias proporcionó, y registros arqueológicos a los que Elias pudo acceder, decidieron comenzar con varios sitios talayóticos en Mallorca. Dos estaban bien conservados mientras que uno no había sido tan excavado como los otros. Tenían que moverse rápido. Sabía que no quedaba mucho tiempo; Stephanos podía estar pisándoles los talones, si es que no estaba ya allí.

Adrian desvió su atención de la ventana hacia Myia y Elias, que estaban sentados al otro lado del pasillo. Estaban inmersos en una profunda conversación, e incluso los sorprendió sonriendo un par de veces. Zacharias se sentaba solo en la parte delantera del avión, revisando constantemente su teléfono, con el cuerpo tenso; sabía que estaba preocupado por su padre. Ella le había agradecido su ayuda y le había dicho que harían todo lo posible para ayudar a su padre si estaba en peligro; él solo había respondido con gruñidos. Había decidido dejarlo solo y darle espacio.

—¿Crees que vamos al lugar correcto? —preguntó Nick, tomando el asiento junto a ella.

—Eso espero. Si no, pronto nos vamos a quedar sin islas mediterráneas —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa irónica.

Nick se rió entre dientes, recostándose en su asiento.

—Si el destino del mundo no estuviera en juego, casi podría fingir que estamos viajando de vacaciones.

—Estaba pensando lo mismo.

Nick la estudió durante un largo momento.

—Una vez que terminemos de salvar el mundo, y espero que lo logremos, ¿qué te parece si...

El piloto anunciando su descenso inicial hacia Palma lo interrumpió. Nick parpadeó, como si la voz del piloto lo hubiera devuelto a la realidad. Se tensó, dándole una sonrisa incómoda mientras se levantaba para volver a su asiento.

Mientras se abrochaban los cinturones para el descenso, Myia se giró para lanzarle una mirada de complicidad. ¿Había escuchado a Nick? Adrian evitó su mirada, volviéndose para mirar por la ventana, obligándose a prepararse para lo que les esperaba... y no preguntarse qué había estado a punto de decir Nick.

Lugar desconocido
2:45 A.M.

Athena se abrazó a sí misma, temblando en el frío húmedo del sótano.

Tobias la había sacado a rastras de su coche y la había pinchado en el cuello con algo que la dejó inconsciente. Había despertado aquí, sin su peluca, con la cabeza palpitante.

No estaba segura de dónde se encontraba, pero sospechaba que seguía en Atenas; a lo lejos, podía escuchar el rumor del tráfico. Había intentado gritar y golpear la puerta, pero el silencio fue su única respuesta. Tampoco estaba segura de cuánto tiempo llevaba aquí, pero su estómago rugía de hambre. ¿La había traído Tobias aquí para que muriera de hambre y se consumiera? El terror la invadió ante ese pensamiento, y cerró los ojos, tomando una respiración temblorosa.

Se sobresaltó al oír un chirrido; alguien estaba abriendo la puerta del sótano. Tobias entró, cerrando la puerta tras él y apoyándose contra ella, empuñando una pistola. El pánico surgió en su vientre, pero lo contuvo. Si iba a sobrevivir, esta era su oportunidad.

Tobias la miró con desprecio, y ella se dio cuenta de que él estaba obteniendo un oscuro placer de su situación. *Hazlo hablar*, se dijo a sí misma. *Y mantenlo hablando*.

—CHSR... ellos están detrás de todo esto, ¿verdad? El robo del papiro, la muerte de Stavros.

—CHSR es mucho más de lo que crees. Como la mayoría de la gente, estás ciega a lo que tienes delante —espetó él.

—¿A qué estoy ciega?

Tobias la estudió por un momento antes de reírse.

—Veo lo que estás haciendo, Karras. Olvidas que yo también soy policía. Mantenlo hablando, ¿verdad? Pero te complaceré —dijo, sacudiendo la cabeza—. CHSR se remonta a milenios atrás, y ha preservado la sabiduría antigua. La destrucción es el camino hacia la renovación, y solo la destrucción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Athena, con el terror recorriéndole la columna vertebral.

—Hay quienes dudan de Stephanos, pero él es tan grande como lo fue su padre. Él traerá el fin que necesitamos. Yo creo en él, aunque otros no lo hagan —murmuró Tobias, ignorando su pregunta, con la mirada fija en la pared detrás de su cabeza. Sus ojos ahora brillaban con locura—. El fin es el único camino para llegar al principio.

—¿El fin de qué? —insistió Athena.

Tobias la miró como si recordara que ella estaba allí, y una sonrisa cruel se dibujó en sus labios.

—Te he complacido lo suficiente. Es una tragedia lo que le sucedió a Athena Karras —dijo—. Angustiada por el suicidio de su compañero, ella también se quitó la vida. Una lástima. Tenía una carrera tan prometedora por delante.

Para ser un hombre tan alto, se movía rápido. Tobias se abalanzó sobre ella, levantándola del suelo por su camisa y estrellándola contra la pared. El dolor irradió por todo su cuerpo, y estaba débil por la fatiga y el hambre, pero usó toda su fuerza para levantar su rodilla...

Él chasqueó la lengua y cambió su posición, evadiendo su intento de ataque. Su pistola estaba fuera ahora, presionada bajo su

barbilla, sus ojos desquiciados.

—Tu compañero también luchó. Pero no pudo detener esto. Nadie puede.

Cuando comenzaba a apretar el gatillo, Yiannis irrumpió en el sótano con otros dos oficiales. Los oficiales derribaron a Tobias al suelo, arrebatándole el arma mientras Yiannis corría hacia Athena.

—Athena —dijo Yiannis, sus ojos escaneando su forma con preocupación—. Gavril rastreó el teléfono de Tobias después de que desapareciste. ¿Estás bien?

Un profundo alivio invadió a Athena, y las lágrimas llenaron sus ojos. No podía creer lo cerca que había estado de la muerte.

—Yo también he estado investigando a Tobias. Lamento no habértelo podido decir. Tuve que ser muy cuidadoso con quién lo sabía. Tuve que fingir que aceptaba la versión oficial del suicidio de Stavros.

Athena asintió, todavía conmocionada, pero se obligó a concentrarse.

—Tobias me dio un nombre: Stephanos. Tenemos que detenerlo.

CUARENTA

Puerto de Pollença, Mallorca
11:14 A.M.

Adrian subió por la colina que conducía a las ruinas de la antigua ciudad de Bocchoris, siguiendo a Zacharias, Myia y Elias. Nick cerraba la marcha, y por la expresión de su rostro, ella podía ver que se sentía tan derrotado como ella.

Después de llegar a la bulliciosa capital de Palma la noche anterior, habían conducido hasta la costa norte de Mallorca, donde pasaron la noche en una moderna villa de tres pisos ubicada en los acantilados con vistas a la bahía de Pollença. Zacharias les contó que la villa pertenecía a una de las ex amantes de Dmitris con quien aún mantenía una buena relación y que actualmente estaba fuera del país.

Habían salido de la villa temprano esa mañana. Bocchoris era el último de los sitios que habían visitado: los otros dos, un pueblo talayótico bien conservado cerca de la localidad turística de S'illot, en la costa este de la isla, y otro sitio cerca de Son Oleza, también en la costa este, aunque mostraban impresionantes ruinas de edificios antiguos, no habían revelado nada útil. Su ansiedad había aumentado con cada parada, y empezaba a temer que estuvieran en el lugar equivocado.

Bocchoris estaba cerca del pueblo de Puerto de Pollença, donde las ruinas se elevaban en una pequeña colina. Databa del 1400 a.C.

y eventualmente se había convertido en una ciudad federada del Imperio Romano antes de caer en ruinas siglos después. Era difícil de encontrar, ya que no quedaba mucho de la antigua ciudad aparte de algunas paredes desmoronadas, pilares de entrada y los restos de un talayot, junto con fragmentos de una naveta, una antigua tumba de cámara. Rocas, hierbas altas y arbustos cubrían todo el sitio; tenían que moverse con cuidado para no perder el equilibrio en el terreno irregular.

Los estudios topográficos de Zacharias en la zona confirmaban que había un extenso túnel estrecho bajo las ruinas del talayot. Si no fuera por el estudio, Adrian habría omitido el sitio por completo, dado el estado fragmentario de las ruinas.

Finalmente llegaron a las ruinas del talayot, que solo se distinguía por una hilera de piedras antiguas. Trabajando juntos, apartaron las hierbas que rodeaban las ruinas y, con gran esfuerzo, movieron varias de las piedras desmoronadas en la base, revelando una estrecha abertura debajo.

Adrian se agachó, iluminando la abertura con su linterna. Lo que vio corroboraba el estudio. El túnel parecía adentrarse profundamente en el costado de la colina.

—Voy a entrar —dijo Adrian, enderezándose y dejando caer su mochila. Sacó su lámpara frontal y se la ajustó.

—Voy contigo —dijo Nick inmediatamente.

—Nick... —comenzó Adrian, mirando el pequeño espacio por donde tendrían que arrastrarse.

—Voy contigo —repitió él, con un tono firme, y ella supo que no había forma de discutir con él.

Momentos después, ambos estaban sobre sus vientres, arrastrándose por el túnel bajo el talayot. Estaba completamente oscuro. Incluso la luz de sus lámparas frontales creaba poca iluminación. El túnel descendía gradualmente, haciéndose más grande, y Adrian y Nick eventualmente pudieron ponerse de pie, aunque tuvieron que mantener la cabeza agachada, especialmente Nick con su estatura.

Adrian sacó su linterna para crear aún más iluminación, explorando alrededor mientras avanzaban con cautela. Sin embargo,

hasta ahora, solo veía oscuridad, las paredes de tierra a su alrededor y el suelo polvoriento debajo.

Se quedó inmóvil cuando pequeñas partículas de tierra del techo cayeron a su alrededor. El miedo la invadió; no sabía qué tan estable era este túnel ni la probabilidad de que se derrumbara sobre ellos.

Con su frustración creciendo, iluminó con su linterna a su alrededor, sin saber si era seguro continuar.

—Adrian —dijo Nick abruptamente. Estaba mirando más allá de ella, con los ojos muy abiertos—. Detrás de ti. En el suelo.

Ella siguió la mirada de Nick. A unos dos metros detrás de ella, grabados en el suelo, había tenues petroglifos. *Múltiples* petroglifos.

Adrian y Nick se acercaron, iluminando los petroglifos con sus linternas. Su corazón se aceleró mientras apartaba la tierra que los cubría. Los petroglifos eran laberintos, o al menos formas tempranas de ellos, sin tantos caminos circulares como los que habían encontrado en Creta y Mileto. Había doce de ellos dispuestos en el suelo. En dos de ellos, se habían dibujado toros en el centro.

—Dios mío —susurró Adrian con asombro. Se enderezó, sacó su teléfono y tomó múltiples fotos de los petroglifos. Mientras lo hacía, más tierra cayó a su alrededor.

Adrian se quedó quieta. Más adelante, la tierra continuaba cayendo del techo, y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo: el túnel se estaba derrumbando sobre ellos.

CUARENTA Y UNO

Nick y Adrian corrieron de vuelta por el túnel mientras la tierra continuaba cayendo a su alrededor. Llegaron a la parte del túnel que ascendía hacia un estrecho pasadizo y se apresuraron a entrar, moviéndose tan rápido como podían a gatas. El túnel detrás de ellos estaba empezando a derrumbarse por completo; si no llegaban a la abertura lo suficientemente rápido, quedarían atrapados.

Adrian se movió tan rápido como pudo, con el pánico obstruyendo sus venas y el pulso acelerado. Cada movimiento que hacía parecía agonizantemente lento. El túnel se deterioraba rápidamente a su alrededor, y solo era cuestión de segundos antes de que no hubiera salida. Esa sensación de claustrofobia tiraba de sus sentidos ante la idea de ser enterrada viva. Se obligó a moverse aún más rápido, hasta que vio el rayo de luz al final del túnel.

Se apresuró hacia él, y Zacharias y Elias la sacaron. Adrian inmediatamente se dio la vuelta, sacando a Nick justo cuando el túnel detrás de él se derrumbaba por completo. Adrian arrastró a Nick con tanta fuerza que ambos cayeron hacia atrás, con Nick aterrizando encima de ella.

Sus miradas se encontraron, y Nick le dio una sonrisa.

—Un día más en nuestra vida.

Ella sonrió, llenándose de alivio. *Amo a este hombre.* El pensamiento llegó de repente y de la nada, haciendo que el corazón ya acelerado de Adrian vacilara en su pecho.

Nick se movió y la ayudó a levantarse. Ella no hizo ningún intento de soltar su mano. Se sentía bien donde estaba.

—Chicos —dijo Myia. Estaba mirando sus manos entrelazadas, con los labios temblando de diversión—. No os olvidéis del resto de nosotros. Me alegro mucho de que no quedarais enterrados vivos en ese túnel, pero ¿encontrasteis algo? ¿Valió la pena la experiencia cercana a la muerte?

Adrian metió la mano en su bolsillo, sacando su teléfono. Abrió sus fotos, observando los petroglifos.

—Definitivamente valió la pena —dijo.

Alcudia, Mallorca
4:15 P.M.

—Nunca he visto nada igual —murmuró Elias, observando la disposición de los petroglifos.

Habían regresado a la villa, donde Adrian compartió las fotos que había tomado de los petroglifos con los demás. Ahora estaban reunidos alrededor del gran monitor de Zacharias, estudiándolas.

—¿Qué crees que podrían significar? —preguntó Adrian—. ¿Por qué hay toros en dos de ellos?

—Los toros eran un motivo común en las religiones antiguas. El toro sagrado simbolizaba la fuerza, la destreza, la virilidad masculina —respondió Elias—. Lo que están haciendo en el centro de dos de estos... podría ser un antiguo origen del mito del Minotauro. Pero no lo sé. Como dije, nunca he visto una disposición como esta.

—Tengo una sugerencia loca —dijo Nick después de varios momentos de silencio—. A veces la navaja de Occam es el camino a seguir. ¿Y si esto es una especie de mapa?

Adrian se quedó inmóvil, estudiando los petroglifos. Los laberintos parecían estar dispuestos en un orden particular.

—Vale —dijo Myia, inclinándose más cerca y estudiando cada petroglifo individualmente—. Entiendo lo que quieres decir. Pero ¿un

mapa de qué?

Zacharias se inclinó y abrió otra pestaña en su ordenador, mostrando un mapa del Mediterráneo.

—¿Quizás de las propias Islas Baleares?

—No, no coincide con la disposición que tenemos aquí. Además, hay más de cien islas en el archipiélago de las Baleares, y cuatro islas principales. Hay doce de estos petroglifos —dijo Elias.

Zacharias amplió varias áreas del mapa, mirando islas por todo el Mediterráneo, incluso moviéndose hacia el este hasta el Egeo, pero nada parecía corresponder con la disposición de los petroglifos.

—Bueno, ¿y si no es un mapa? ¿Y si es una representación de las estrellas o algo así? —preguntó Zacharias—. Elias, mencionaste que los talayots también podrían ser observatorios astronómicos.

—O esta disposición podría ser simplemente simbolismo religioso y no tener nada que ver con Atlantis —dijo Myia con un profundo suspiro de frustración.

Pero Adrian negó con la cabeza, estudiando los laberintos. Tenía la sensación de que había algún significado en la disposición de los laberintos, algo que se vinculaba con Atlantis, al igual que había habido significado en la disposición de los santuarios de cima y templos de pozo que finalmente los habían llevado hasta aquí.

—No. Creo que hay algo en esto —dijo Elias, haciéndose eco de sus pensamientos—. La disposición parece muy específica.

Adrian miró a Zacharias. Había querido poner al tanto al equipo en DC desde que abordaron el vuelo a Palma, pero Zacharias se había negado, no queriendo abrir ninguna línea de comunicación hasta que tuvieran noticias de su padre. Adrian había insistido en que su comunicación con Briggs era segura y no había sido interceptada, pero Zacharias no había cedido. Finalmente acordaron esperar antes de contactar a Briggs.

—Creo que ahora es el momento de informar a nuestro grupo de trabajo en DC —dijo con firmeza.

Zacharias parecía a punto de protestar cuando una alarma estridente lo interrumpió. Se puso de pie instantáneamente. Sacó su teléfono, palideciendo.

—Es la alarma de seguridad. Han violado la villa —Se volvió para mirarlos—. Salid por la parte trasera, hay un bosque detrás. A medio kilómetro hay una carretera. Haré todo lo posible para detenerlos. ¡Id! ¡Ahora!

Obedecieron, girando para salir corriendo del estudio. Pero tan pronto como llegaron al pasillo, varios hombres ya estaban dentro, cargando hacia ellos con armas en alto.

Adrian y los demás se dieron la vuelta, pero un hombre y una mujer —la mujer alta e impresionante que reconoció de Mileto— se acercaban a ellos desde el extremo opuesto del pasillo.

Estaban atrapados.

—Adrian West.

Adrian se quedó inmóvil cuando el hombre de aspecto sombrío que reconoció de Mileto emergió detrás del hombre y la mujer, dedicándole una sonrisa glacial.

—Stephanos Keliades. Es un placer conocerte finalmente en persona.

Se acercó a ella. Nick se movió para protegerla, pero uno de los hombres de Stephanos lo agarró, tirando de él hacia atrás. Stephanos tranquilamente levantó su pistola, golpeándola en la cabeza, y su mundo se volvió negro.

CUARENTA Y DOS

Desconocido
7:37 P.M.

Adrian recuperó lentamente la conciencia, con la sien palpitándole mientras observaba sus alrededores. Durante varios momentos, parpadeó mirando al techo, que parecía... balancearse.

Miró a su alrededor. Estaba acostada en una cama en lo que parecía ser el camarote de un barco, con un pequeño escritorio, una silla y una pequeña ventana que daba al mar.

Adrian se incorporó bruscamente. Hizo una mueca y se frotó la cabeza donde Stephanos la había golpeado. Ignoró el dolor y se concentró. Estaba en un barco. ¿Dónde estaban Nick y los demás? ¿Dónde estaba ella ahora?

Con el pánico recorriéndole el cuerpo, se tambaleó hasta ponerse de pie, buscando por el camarote cualquier cosa que pudiera usar como arma, cuando la puerta se abrió de golpe.

Se quedó inmóvil. Stephanos estaba en el umbral, con una cálida sonrisa en su rostro, como si ella fuera una invitada y él un amable anfitrión.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, dándole una mirada de arrepentimiento—. Lamento haber tenido que golpearte, pero tu reputación te precede.

—¿Dónde están los demás? —exigió ella.

—Vivos, por ahora —dijo Stephanos con un encogimiento de hombros casual—. Su supervivencia continua depende de tu cooperación.

—Quiero verlos.

—Por supuesto —dijo con una cálida sonrisa. Se dio la vuelta y se dirigió por el pasillo, dejando la puerta abierta tras él. Adrian observó su espalda mientras se alejaba, con el corazón martilleándole. Si se movía lo suficientemente rápido, podría atacarlo.

Pero tan pronto como salió del camarote, dos guardias corpulentos se acercaron, uno de ellos presionando una pistola en la parte baja de su espalda. Habían estado de pie justo fuera del camarote, fuera de su vista.

Más adelante, Stephanos miró por encima del hombro con una sonrisa burlona, como si hubiera leído su mente y supiera lo que había intentado hacer. Conteniendo su ira, Adrian lo siguió por el pasillo. Por los alrededores, parecían estar en un yate. Pasó por varios otros camarotes en su camino por el pasillo, pero no podía ver nada a través de sus pequeñas ventanas.

Stephanos subió por unas escaleras y bajó por otro pasillo, llevándola a una habitación con grandes ventanales que daban al mar. El alivio la invadió al ver a Nick y los demás; incluso Dmitris, con la cara severamente magullada, y Zacharias estaban allí. Pero sus manos y tobillos estaban atados con bridas, sentados uno al lado del otro en una fila de sillas, con un guardia a cada lado, armas en alto.

Elias era el único separado del grupo. Estaba sentado frente a una larga mesa en el centro de la habitación, con un mapa desplegado frente a él, junto con fotografías de los petroglifos. Sus manos y tobillos también estaban atados, y había otro guardia a su lado, la mujer alta que reconoció del sitio de Mileto. La cara de Elias estaba pálida de miedo mientras levantaba la mirada para darle un sutil asentimiento.

—El mapa frente a nuestro amigo Elias es del Mediterráneo —dijo Stephanos—. Hemos estudiado los petroglifos que encontraste, gracias por eso, por cierto, y mi experta ha concluido que

probablemente sea un mapa. Tú y Elias me van a ayudar a determinar a qué apunta, lo que suponemos, por supuesto, es Atlantis.

Stephanos se giró, asintiendo hacia una mujer que Adrian no había notado antes. Estaba sentada en un rincón frente a un portátil. Tecleó en su teclado y una pantalla descendió del techo. La pantalla mostraba fotografías de los petroglifos, junto con un mapa del Mediterráneo.

—El tiempo corre —dijo Stephanos—. No soy un hombre paciente. Y si intentas engañarme, mataré con gusto a todos tus amigos. De dos en dos. Empezando por tu novio, por supuesto.

Adrian tragó saliva mientras Stephanos le daba una sonrisa helada. No sabía exactamente dónde estaban ni cómo sacarlos a todos de esta situación. Necesitaban ponerse en movimiento, lo que aumentaría sus posibilidades de escapar. Y eso significaba que tenía que hacer lo que Stephanos le pedía. Dada su difícil situación, no tenía otra opción.

El guardia a su espalda la empujó hacia adelante, y Adrian tomó asiento junto a Elias.

—Hemos estado intentando averiguar a qué masas de tierra corresponden estos. Simplemente no hemos podido determinar cuáles son —dijo Elias, con voz temblorosa. Podía notar que estaba aterrorizado, pero intentando concentrarse.

—Hemos estado mirando todas las islas de la región, incluso masas de tierra más grandes, sin éxito —añadió Stephanos.

Adrian miró los petroglifos y luego el mapa. Se preguntó si estaban enfocando esto de manera incorrecta.

Se puso de pie. Tan pronto como lo hizo, dos guardias se volvieron inmediatamente hacia ella, con sus pistolas apuntando a su pecho. Su ritmo cardíaco aumentó, pero mantuvo un tono firme.

—Quiero mirar los petroglifos desde otro ángulo.

—Está bien —dijo Stephanos a los dos guardias—. Pero si hace un movimiento en falso, dispárenle a su novio en la cabeza, y luego a Myia. Demonios, dispárenle también a Zacharias. Él simplemente... me irrita.

Los hombres asintieron, uno manteniendo su pistola apuntando hacia ella, mientras el otro apuntaba su arma hacia Nick. El miedo se deslizó a través de ella, pero mantuvo su concentración, mirando las fotos de los petroglifos y luego el mapa. Recordó lo que sabía de los escritos de Platón sobre la ubicación de Atlantis. Él se había referido a las Columnas de Hércules, el término antiguo para el Estrecho de Gibraltar.

Adrian miró el mapa del Mediterráneo en la pantalla. —Alejen la imagen —dijo.

La mujer obedeció, alejando la imagen. El mapa ahora mostraba Europa, el Atlántico y el norte de África. Adrian se acercó a la pantalla, los guardias de Stephanos siguiendo cuidadosamente sus movimientos. Su mirada recorrió los archipiélagos más allá del Estrecho de Gibraltar.

—Ya hemos examinado los archipiélagos más allá del estrecho —dijo Stephanos, su tono agudizándose con molestia e impaciencia—. Las Azores, Madeira, las Islas Canarias...

—Alejen más la imagen —dijo Adrian, ignorándolo. La mujer obedeció—. Alto —dijo abruptamente.

Sus ojos se desviaron hacia otro archipiélago, uno justo en la costa occidental de África. Las islas de Cabo Verde.

Con el corazón martilleando, Adrian miró los petroglifos y volvió a mirar el archipiélago. Cabo Verde tenía diez islas principales, mientras que había doce petroglifos. Aun así, se sintió animada.

—Intenta diferentes disposiciones de los petroglifos sobre las islas de Cabo Verde para ver si encuentras alguna coincidencia —dijo Adrian.

Todos observaron mientras la mujer obedecía, transponiendo digitalmente los petroglifos sobre las islas de Cabo Verde en múltiples disposiciones hasta que diez de los petroglifos se asentaron casi perfectamente sobre las diez islas principales. Los otros dos petroglifos estaban ligeramente al norte de las islas.

—¿Esos otros dos petroglifos, con las representaciones del toro sagrado? —preguntó Stephanos.

—Creo que corresponden a dos islas que alguna vez estuvieron allí pero se hundieron en el mar —dijo Adrian, volviéndose para

encontrarse con sus ojos—. Atlantis.

La habitación quedó en silencio. Adrian pensó en los santuarios de cumbre en Creta, los templos de pozos y nuragas en Cerdeña, los talayots en las Baleares. Eran puntos de referencia direccionales, patrones de migración, de una memoria antigua compartida, trazando su migración en oleadas desde un punto de origen común.

Stephanos se adelantó, presionando sus manos sobre los dos petroglifos al norte del archipiélago de Cabo Verde, su rostro reverente de asombro. Permaneció allí por un largo momento antes de volverse hacia uno de sus hombres.

—Prepara mi avión —ordenó—. Mis invitados y yo vamos a hacer una excursión.

CUARENTA Y TRES

Atlantic Glider
Océano Atlántico Norte
4:37 A.M.

El *Atlantic Glider* era un yate de lujo con instalaciones específicamente diseñadas para el buceo profundo. El yate en sí tenía una docena de camarotes, una piscina, un spa e incluso una helipista. La tienda de buceo contaba con extenso equipamiento: trajes de neopreno, aletas, tanques, compresores y generadores de oxígeno. La tripulación había trabajado para Stephanos y otros líderes de CHSR anteriormente, y se les pagaba generosamente para mantener silencio sobre lo que presenciaban a bordo.

Adrian y los demás habían volado en el avión privado de Stephanos desde el Aeropuerto de Palma de Mallorca hasta el Aeropuerto Internacional Cesária Évora en la isla de Sao Vicente en Cabo Verde, donde habían abordado el yate fletado en el puerto.

Durante el vuelo, Adrian fue separada de Nick y los demás, sentada con Stephanos, la mujer, Irina, y un guardia, mientras que Nick y los otros fueron sentados en el extremo opuesto del avión, junto a otro hombre armado. Ella había esperado que hubiera una oportunidad de escapar durante el viaje, pero los hombres de Stephanos los vigilaban en todo momento, manteniéndolos atados y separados, sin darles nunca la oportunidad de liberarse.

Incluso en el *Atlantic Glider* los mantenían separados. Adrian solo pudo ver un vistazo de Nick y los demás cuando los guardias los obligaron a subir al yate a punta de pistola antes de que desaparecieran en uno de los camarotes. Adrian y Elias fueron llevados a las cubiertas inferiores del yate, donde los equiparon con equipo de buceo.

Por lo que Adrian había escuchado durante el vuelo, los expertos de Stephanos habían trabajado rápidamente una vez que habían localizado el océano al norte de las islas de Cabo Verde como la ubicación potencial de Atlantis, señalando varias áreas para explorar, utilizando datos de estudios batimétricos existentes. Stephanos tenía la intención de utilizar tecnología adicional para explorar las profundidades del océano, como Lidar, un método avanzado de escaneo bajo la superficie del océano, y dispositivos de teledetección, pero llevaba tiempo obtener y ejecutar esos recursos. Como el tiempo era esencial, iba a bucear hasta el posible sitio de las ruinas de Atlantis. Irina, dos buzos expertos que trabajaban para él, junto con Adrian y Elias, también harían la inmersión.

—Si alguno de ustedes intenta sabotearme, puedo enviar una señal a mis hombres desde las profundidades para que disparen a sus amigos. No me pongan a prueba —advirtió Stephanos.

Ahora, el corazón de Adrian martilleaba mientras miraba desde la cubierta hacia las aguas profundas del Atlántico. Estaba en medio del océano y no tenía idea de cómo iban a salir de esta situación. Si las ruinas de Atlantis estaban bajo las aguas, Stephanos ya no tendría ningún uso para ellos. Por la expresión sombría y aterrorizada en el rostro de Elias, sabía que él también era consciente de esto.

Stephanos hizo que Adrian y Elias bucearan primero, seguidos por Stephanos, Irina y sus dos buzos. Mientras se sumergían bajo las aguas, Adrian y Elias encendieron sus linternas submarinas para guiar su camino. Se obligó a calmarse, concentrándose en su respiración. La última vez que había buceado fue en el palacio submarino de Cleopatra, y entonces, como ahora, a pesar de la situación en la que se encontraban, halló calma en las profundidades. Las aguas a su alrededor estaban turbias, apenas

iluminadas por sus linternas submarinas, pero aun así eran tranquilizadoras. Deseó que esta calma fluyera por sus venas. Necesitaba pensar en un plan para salvarse a sí misma, a Nick y a los demás una vez que Stephanos encontrara lo que quería.

Adrian podía sentir la presión en sus oídos aumentando mientras continuaban descendiendo más. Pronto, escuchó débilmente un alboroto arriba, proveniente del yate, llamando su atención hacia la superficie. No estaba segura, pero vagamente sonaba como disparos. Su corazón saltó a su garganta. ¿Podría alguien haber venido a rescatarlos? ¿Habían Briggs y el equipo en DC rastreado su ubicación hasta aquí?

Miró y vio a Stephanos haciendo señales a Irina y sus buzos, temiendo que les estuviera diciendo que regresaran a la superficie o que acabaran con ellos ahora. En cambio, solo aumentaron su velocidad de descenso. Se dio cuenta de que Stephanos estaba decidido a llegar a Atlantis, sin importar el costo.

Continuaron descendiendo, sus linternas submarinas guiando su camino. Adrian se preguntaba qué haría Stephanos si Atlantis no estuviera aquí. Si el alboroto de arriba no era un rescate, se preguntaba si empezaría a matarlos uno por uno... comenzando por Nick. El miedo surgió en ella ante ese pensamiento, pero lo apartó, obligándose a concentrarse en la tarea actual: mantenerse con vida.

Continuaron nadando más abajo, y sintió la creciente presión de las aguas sobre su cuerpo. Se preguntó cuánto más profundo podrían ir de manera segura.

Tan pronto como tuvo ese pensamiento, divisó algo abajo.

El pulso de Adrian se aceleró. Los buzos de Stephanos dirigieron sus luces de respaldo hacia las profundidades, acelerando su descenso. Stephanos, Irina, Adrian y Elias iban justo detrás de ellos.

Si hubiera podido jadear, lo habría hecho.

Más abajo, en las profundidades, podía ver las ruinas de una ciudad sumergida, los restos desmoronados de muros, edificios, estatuas, pilares... incluso calles pavimentadas.

Habían encontrado Atlantis.

CUARENTA Y CUATRO

Atlantic Glider
Océano Atlántico Norte
5:02 A.M.

Nick se tensó al oír gritos y disparos fuera en la cubierta.

Estaba en un camarote con Myia; sospechaba que Dmitris y Zacharias estaban en otro. Un guardia armado de cara amargada, a quien Nick había apodado silenciosamente Cara Amargada, estaba en la habitación con ellos, pero se puso rígido al escuchar los disparos. El guardia dudó, mirando alternativamente a sus prisioneros y al caos exterior.

—Yo iría a ver qué pasa si fuera tú —dijo Nick con ironía.

—Cállate —gruñó Cara Amargada, pero seguía indeciso. A medida que los disparos se acercaban, pareció tomar su decisión, saliendo del camarote y cerrando con llave tras él.

—Pensé que nunca se iría —dijo Myia—. ¿Quién crees que sea?

—Por nuestro bien, espero que sean los buenos —respondió Nick.

Gruñó con esfuerzo mientras se ponía de pie con las piernas atadas, estrellando la silla en la que estaba varias veces contra la pared hasta que se desintegró.

Costó trabajo, pero con algo de forcejeo, se deshizo de las ataduras en sus muñecas. Rápidamente se agachó para quitarse las

bridas de los tobillos antes de volverse hacia Myia, liberándola de su silla y ataduras.

Miraron alrededor de la habitación: no había nada que usar como arma. Nick agarró los brazos descartados de su silla destruida. Myia arqueó las cejas.

—Oye, es mejor que nada —murmuró él.

Myia tomó el otro brazo, y juntos se movieron hacia la puerta del camarote. La desbloquearon, pero estaba obstruida desde fuera. Cara Amargada había empujado una silla o algo contra ella. Juntos, Nick y Myia golpearon sus cuerpos contra la puerta hasta que lo que la bloqueaba se desalojó.

Nick abrió la puerta, dando un paso cauteloso hacia afuera.

—¡Eh!

Nick se giró bruscamente. Cara Amargada corría hacia ellos, su expresión tensa de furia. Levantó su arma para disparar.

Nick retrocedió tambaleándose hacia el camarote, arrastrando a Myia detrás de él, cerrando de golpe la puerta y asegurándola. Cara Amargada disparó dos veces al pomo, haciéndolo caer. La puerta se abrió parcialmente.

Nick aferró el brazo de la silla; Cara Amargada estaba a solo segundos de entrar. Se volvió para mirar a Myia, quien le dio un asentimiento, entendiendo lo que pretendía hacer.

La puerta se abrió de golpe, y Cara Amargada entró con el arma en alto, pero Nick y Myia estaban listos. Nick lo golpeó en la sien con todas sus fuerzas. Mientras se desplomaba hacia adelante, Nick le arrebató el arma mientras Myia le asestaba otro golpe en la cabeza, dejándolo inconsciente.

—Esos brazos de silla no parecen tan malas armas ahora, ¿verdad? —preguntó Nick, señalando al guardia noqueado en el suelo.

Myia solo sonrió y puso los ojos en blanco. Salieron rápidamente de la habitación, Nick aferrando el arma, golpeando y gritando en cada puerta de camarote que pasaban buscando a Dmitris y Zacharias, pero no hubo respuesta. Sin embargo, siguió avanzando; necesitaba llegar a las cubiertas superiores, averiguar qué estaba pasando, llegar hasta Adrian. Adrian, que estaba atrapada con un

loco a cientos de metros bajo el agua. El pensamiento de su compañera le hizo acelerar el paso.

Al llegar a las escaleras que conducían a las cubiertas superiores, se quedó paralizado al oír pasos que descendían.

—¡Ponte detrás de mí! —le gritó a Myia, adoptando una postura defensiva y levantando su arma.

La media docena de hombres y mujeres que descendían vestían uniformes de la Policía Marítima de Cabo Verde. El alivio lo invadió. *Los buenos.*

Pero lo miraban como si fuera el enemigo, gritándole en portugués que soltara su arma.

Obedeció, levantando las manos y poniéndose de rodillas. —¡Me llamo Nick Harper! ¡Soy un agente federal estadounidense del FBI!

La policía seguía acercándose con sus armas en alto, aunque dudaron cuando una cara familiar se movió entre ellos, dando un paso adelante.

Era Athena Karras. Se dirigió a la policía, gritándoles en portugués que bajaran las armas. Se apresuró a acercarse, ayudándolo a él y a Myia a ponerse de pie.

—Es bueno verte, Nick —dijo—. ¿Dónde está Adrian?

—Todavía está en peligro —dijo él, con el corazón martilleando—. Está a cientos de metros bajo el agua con Stephanos Keliades.

CUARENTA Y CINCO

Océano Atlántico Norte
5:23 A.M.

Adrian contempló las ruinas que había debajo. Una parte de ella todavía no podía creer lo que estaba viendo. Esto era *Atlantis*. La civilización mitológica y avanzada que se hundió bajo el mar.

Pero ahí estaba, justo ante sus ojos... un mito que cobraba vida. Una ciudad que alguna vez había bullido de actividad y que precedía incluso a la antigua civilización minoica por miles de años.

Podía ver las piedras pavimentadas desmoronadas de lo que una vez fueron calles; pilares que habían sostenido grandes estructuras, estatuas de antiguos dioses desconocidos; restos deteriorados de edificios que alguna vez fueron casas, templos, almacenes.

Stephanos, Irina y sus dos buzos se sumergieron más, acercándose aún más a las ruinas. La asombró cuando vio exactamente hacia dónde nadaban.

Las ruinas de un laberinto, compuesto de piedras desintegradas, situado entre los cimientos de lo que alguna vez fueron edificios, posiblemente templos.

Elias comenzó a sumergirse tras Stephanos, pero ella extendió el brazo para detenerlo, agarrándolo con fuerza. Él la miró, y ella levantó la mano, indicándole que esperara. Luego señaló hacia el centro del laberinto.

Una revelación había surgido mientras observaba a Stephanos nadar hacia allí, un recuerdo de otro significado del centro del laberinto. El minotauro en el centro del laberinto cretense. Los toros en el centro de los dos laberintos que representaban a Atlantis. Ahora se daba cuenta de lo que también podían representar.

Peligro.

Elias pareció entender y permaneció donde estaba. Se mantuvieron suspendidos, flotando en las profundidades, observando mientras Stephanos y los otros se acercaban cada vez más al centro del laberinto, esperando que ella estuviera en lo cierto.

Stephanos contemplaba maravillado las ruinas de la ciudad que se extendía bajo él... Atlantis.

Una oleada de emoción lo invadió mientras descendía más cerca del laberinto, el símbolo que lo había guiado hasta aquí. En algún lugar dentro de estas ruinas, encontraría los secretos de esa antigua arma de fuego griego, la clave para la destrucción que se avecinaba... y luego el inevitable renacimiento. *La sabiduría antigua*.

No era un hombre religioso, ni siquiera adoraba a los antiguos dioses como muchos miembros de la *Archaia Sofia*, pero ahora profería una oración a todas las entidades sobrenaturales que se le ocurrían. Deseaba que su padre estuviera aquí con él, para ver la grandeza de Atlantis con sus propios ojos.

La euforia recorría su cuerpo mientras se acercaba al centro del laberinto. Para su asombro, vio varias palancas adheridas a las deterioradas paredes de piedra que formaban el corazón del laberinto. Hacía tiempo que se habían oxidado, pero imaginaba que en su época estaban hechas de oro puro.

Stephanos, Irina y los otros dos buzos se acercaron a las palancas. Stephanos extendió la mano hacia una, ansioso por saber qué revelaría al tirar de ella. ¿Más de la antigua ciudad? ¿Tesoros? ¿Un alijo de armas antiguas?

A su lado, sus expertos buzos hacían señales con las manos indicando precaución. Stephanos los ignoró. Había estado trabajando la mayor parte de su vida para llegar a este momento; no iba a esperar un instante más.

Se giró, encontrándose con los ojos de Irina. Ella sonrió, la misma sonrisa que le había dado cuando se llevaron el papiro. Él le devolvió la sonrisa, contento de haberla traído consigo, su anterior irritación con ella era ya un recuerdo lejano. Ella podía apreciar este momento casi tanto como él.

Con gran esfuerzo y usando toda su fuerza, Stephanos tiró de la palanca, la anticipación inundaba cada parte de su cuerpo. Al tirar de la palanca, se reveló una abertura de la que salieron disparadas llamas, y un retumbar desde el interior de las paredes del laberinto comenzó a sacudir el fondo marino.

Un dolor agonizante abrasó la piel de Stephanos, y vagamente se dio cuenta de que estaba en llamas.

Mientras la tierra bajo él temblaba y más llamas brotaban de las paredes del laberinto, consumiéndolo a él, a Irina y a sus buzos desde lo profundo, su última visión fue la de las ruinas de Atlantis a su alrededor.

Adrian y Elias ya habían comenzado su ascenso, cuidando de monitorear su velocidad para evitar la enfermedad por descompresión.

Escuchó el retumbar desde abajo, y el pánico la recorrió. No podían ascender demasiado rápido, el nitrógeno en sus cuerpos se expandía durante el ascenso. Aumentar su velocidad solo los pondría en peligro y posiblemente sería fatal; necesitaban tiempo para expulsar el exceso de nitrógeno de sus cuerpos.

Podía sentir la presión de la explosión debajo, y su pánico aumentaba. Ella y Elias patearon hacia arriba, incrementando ligeramente su velocidad. No podían ascender más de sesenta pies por minuto. Ahora estaban a cincuenta pies por minuto. Pero no

sabía hasta dónde llegarían los efectos de la explosión submarina, o si los succionaría hacia abajo...

Concéntrate. Adrian continuó pateando hacia arriba. Podía ver el cielo sobre la superficie. Cerca, muy cerca. El retumbar aumentó, y sintió la fuerza del mismo en su cuerpo, amenazando con arrastrarla de nuevo hacia abajo.

Adrian pateó, ahora impulsándose a la velocidad máxima de ascenso, con Elias siguiendo su ejemplo. Ya casi estaba allí. Y justo cuando la fuerza de la explosión submarina aumentaba...

Dos fuertes brazos se extendieron bajo la superficie del agua, sacándola.

Era Nick, con el rostro desencajado de alivio mientras la ayudaba a subir a la cubierta. A su lado, dos policías marítimos subían también a Elias a la cubierta. El efecto de la explosión submarina era leve en la superficie, con solo un ligero ondular de las olas y un balanceo del yate para mostrar su efecto.

Adrian encontró los ojos de Nick, y él se inclinó hacia adelante, capturando sus labios con los suyos. Adrian correspondió a su beso, todos sus sentimientos por él bullían a la superficie, desde los años pasados y los últimos meses: una catarsis y una sensación de lo que aquellos pueblos antiguos habían buscado cuando buscaban Atlantis. Un hogar.

CUARENTA Y SEIS

Ponta do Sol, Cabo Verde
2:49 P.M.

Adrian estaba sentada junto a Nick, Myia y Elias en la cubierta del barco policial, que se encontraba atracado en el puerto de Ponta do Sol. Los buzos de la policía habían tomado fotos preliminares del sitio de Atlantis, y ahora las estudiaban en una tableta que pertenecía a uno de los oficiales de la policía marítima.

La policía marítima había acordonado las aguas alrededor de las ruinas submarinas tanto por razones de seguridad después de la explosión submarina, como para prepararla para el extenso estudio que realizarían tanto científicos como arqueólogos submarinos.

La policía también había puesto bajo custodia a los hombres sobrevivientes de Stephanos y a la tripulación del yate. Adrian, Nick y los demás habían pasado las últimas horas siendo entrevistados por Athena y la policía local; la policía todavía estaba interrogando a Dmitris y Zacharias dentro de una de las cabinas.

—¿Cómo nos encontraron? —le había preguntado Adrian a Athena.

—Un teniente de policía que en realidad trabajaba para Stephanos y CHSR —respondió Athena. Le ofreció a Adrian una sonrisa dolorida—. Me tomó como rehén e intentó matarme, pero esa es una historia para otro día.

Athena le contó que una vez que vincularon a Stephanos con este teniente, su jefe hizo que la unidad cibernética realizara una investigación completa sobre él, incluida la financiera. Stephanos utilizaba múltiples alias, y descubrieron que uno de esos alias había realizado una gran transferencia financiera a una empresa privada de yates que le arrendó el *Atlantic Glider*. Una vez que rastrearon la ruta del *Atlantic Glider* a través de la Guardia Costera de Cabo Verde, salieron inmediatamente de Atenas hacia Cabo Verde, involucrando a la policía marítima.

—Estamos investigando las operaciones de Stephanos, de las cuales hay muchas, desde bioterrorismo hasta armas ilegales. También estamos investigando CHSR, que era una fachada para muchas de sus actividades. Stephanos estaba tratando de facilitar una guerra nuclear por cualquier medio necesario. Nos llevará tiempo desentrañar todo lo que estaba planeando. Todavía estamos entrevistando, rastreando y arrestando a sus asociados —continuó Athena.

Los buzos de la policía seguían investigando la explosión submarina, que parecía haber sido causada por un depósito de fuego griego almacenado en las paredes del laberinto. Stephanos debió haberlo activado al tirar de la palanca, un antiguo dispositivo de ignición. El mortal cóctel químico del fuego griego había permanecido allí durante milenios. También creían, a partir de un estudio preliminar del sitio, que una serie de violentos terremotos habían causado que la antigua ciudad se hundiera bajo las aguas, tal como había escrito Platón.

—Un mecanismo de seguridad —dijo Adrian, mirando a Nick y los demás—. Es otro significado del centro del laberinto, que se remonta incluso más atrás que el minotauro. Los petroglifos del laberinto que encontramos en Mallorca incluso tenían toros en el centro. Creo que no solo eran una representación de la fuerza de Atlantis, sino también una advertencia y representación de peligro, algo que los verdaderos descendientes de los atlantes sabrían. La antigua sabiduría con la que Stephanos y su sociedad secreta estaban obsesionados... me pregunto si era este mecanismo de seguridad desde el principio.

—Los atlantes debieron implementarlo antes de que la ciudad se hundiera bajo el mar, para protegerla de caer en las manos equivocadas —reflexionó Elias.

Después de hablar con la policía, Adrian y Nick hablaron brevemente con Briggs y lo pusieron al día, aunque tendrían que darle un informe completo una vez que regresaran a DC.

—No puedo creerlo —dijo ahora Myia, observando las fotos del sitio—. Cuando escuché por primera vez sobre la existencia histórica de Atlantis, era escéptica. Pero aquí está.

—Aquí está —repitió Adrian, mientras sus ojos recorrían las ruinas de las antiguas estructuras que yacían bajo las olas.

La explosión solo había afectado directamente al laberinto y dañado ligeramente las ruinas de algunos edificios cercanos, pero la mayoría de las ruinas permanecían intactas.

Adrian se puso de pie, acercándose a la barandilla del barco y mirando hacia la distancia, en dirección al sitio; múltiples barcos y helicópteros se dirigían hacia allí. Nick se unió a ella, tomándole la mano, y permanecieron en silencio. Había habido un cambio entre ellos desde su beso, un cambio positivo. Adrian ya no tenía que ocultar sus sentimientos por él. Ya no quería hacerlo. Sabía que hablarían más sobre el cambio en su relación una vez que regresaran a casa.

Sus pensamientos volvieron a Atlantis. Adrian imaginó la magnitud de lo que debió haber sido en su apogeo, antes de los violentos terremotos que la hundieron en lo profundo del océano, enviando a sus habitantes a buscar nuevos hogares. Poblarían las islas del Mediterráneo, construyendo réplicas de su antigua civilización con el tiempo. Habían dejado pistas en sus petroglifos laberínticos, en sus santuarios, en sus templos... a partir de su memoria colectiva compartida, un camino de regreso a su hogar perdido.

CUARENTA Y SIETE

Una semana después
Sede del FBI
Washington, DC
11:34 A.M.

El hombre observaba a Adrian desde la distancia mientras ella entraba en la sede del FBI con su compañero a su lado, sintiendo el orgullo crecer en su corazón. Le había dolido mantenerse alejado, observarla desde lejos, pero era el sacrificio que había hecho para que ella pudiera estar segura y vivir una vida plena. Estaba muy orgulloso de sus logros y de lo que había hecho de sí misma. A pesar del dolor que le había causado, sabía que había valido la pena solo por esa razón.

Pero ahora, todo eso tenía que llegar a su fin. Sus recientes éxitos habían puesto una diana en su espalda, y ella estaba nuevamente en peligro. No tenía otra opción que emerger de las sombras otra vez, aunque solo fuera para protegerla. Su corazón se encogió mientras dejaba que su mirada recorriera una vez más su figura antes de girarse para desaparecer entre la multitud.

Ya había puesto en marcha los engranajes. Ahora le tocaba a ella seguir el camino... hacia la llave.

Washington, DC
6:42 P.M.

Adrian y Nick caminaban por el pasillo de su edificio hacia su apartamento después de otra reunión informativa. Habían tenido que resumir sus experiencias varias veces para diferentes departamentos, incluido su grupo de trabajo. Briggs les aseguró que habían terminado con los informes, por ahora.

La policía había recuperado el papiro de Solon de la propiedad de Stephanos, y la noticia del descubrimiento de Atlantis finalmente se había hecho pública. A petición suya, Adrian y Nick habían quedado fuera del ruido del descubrimiento, y el enfoque estaba en el hallazgo mismo. Equipos de historiadores, científicos y arqueólogos submarinos habían descendido sobre Cabo Verde, y el área alrededor del sitio ahora estaba protegida, utilizándose todo tipo de tecnologías avanzadas, desde Lidar hasta sonar y dispositivos de detección remota para mapear completamente el sitio.

Elias había regresado a su trabajo en el Museo Arqueológico Nacional. Tan pronto como volvió a Atenas, se casó con su prometida. Les había dicho a Adrian y Nick por teléfono que se había dado cuenta de lo corta y preciosa que era la vida, y que no quería esperar ni un minuto más para casarse con el amor de su vida.

Myia había desaparecido para volver a su vida anterior de restaurar artefactos a sus países de origen, pero no sin antes darle a Adrian su dirección de correo electrónico real.

—Parece que me has caído bien, West —le había dicho Myia con una sonrisa. Myia también había confirmado que su nombre no era un alias sino su verdadero nombre. Su madre tenía amor por los filósofos griegos antiguos.

Athena había sido ascendida y estaba recibiendo reconocimiento por su trabajo en el caso; ahora dirigía la investigación sobre las operaciones de Stephanos y sobre CHSR, que había sido desmantelada y estaba sometida a múltiples investigaciones por vínculos criminales. Athena también había vinculado al ex teniente Tobias Vasileiou con la muerte de su compañero Stavros;

actualmente estaba en prisión esperando juicio por su asesinato y una multitud de otros crímenes. Incluso había reabierto el caso de la muerte de la madre de Myia a petición de Adrian.

En cuanto a Adrian y Nick, su relación había pasado con facilidad a ser romántica, algo que Adrian se dio cuenta que era simplemente su amistad prendida en fuego. Nick le había dicho lo que tenía intención de decirle, en el vuelo a Palma, que algún día tomaran unas vacaciones allí cuando tuvieran un descanso.

—¿Un descanso? —había preguntado ella con escepticismo, y él se rio.

—Un descanso. Uno de estos días —respondió Nick.

—Creo que podemos hacerlo funcionar —aceptó ella—. Solo intentemos no quedar casi enterrados vivos esta vez.

—Trato hecho.

Ahora caminaban de la mano hacia su apartamento para preparar la cena y quedarse en casa hablando de "cosas que no incluyan salvar al mundo", a petición de Nick. Briggs incluso les había ordenado tomarse al menos unos días libres antes de regresar a la oficina. La antigua Adrian adicta al trabajo se habría resistido, pero ahora estaba deseando pasar tiempo con Nick.

Llegaron a su apartamento, y Adrian se detuvo al ver un sobre parcialmente deslizado bajo su puerta. Intercambió una mirada inquieta con Nick, alcanzando su arma de servicio antes de recoger el sobre y desbloquear la puerta.

Ella y Nick entraron, con sus armas listas, escaneando el apartamento en busca de cualquier señal de un intruso. Pero estaba vacío.

Temblando, Adrian abrió el sobre, revelando un solo pedazo de papel con una serie de letras escritas en el centro.

EYKGFLANITOYTCIUOYKESEHEYI
ISLENHIWTIHE

—Déjame adivinar —dijo Nick con un suspiro profundo—. Algún tipo de código.

—Parece un anagrama —dijo Adrian lentamente, estudiando las letras.

Se sentó en el sofá, sacando un bloc legal, y juntos ella y Nick trabajaron para descifrar las palabras, hasta que finalmente encontraron la solución.

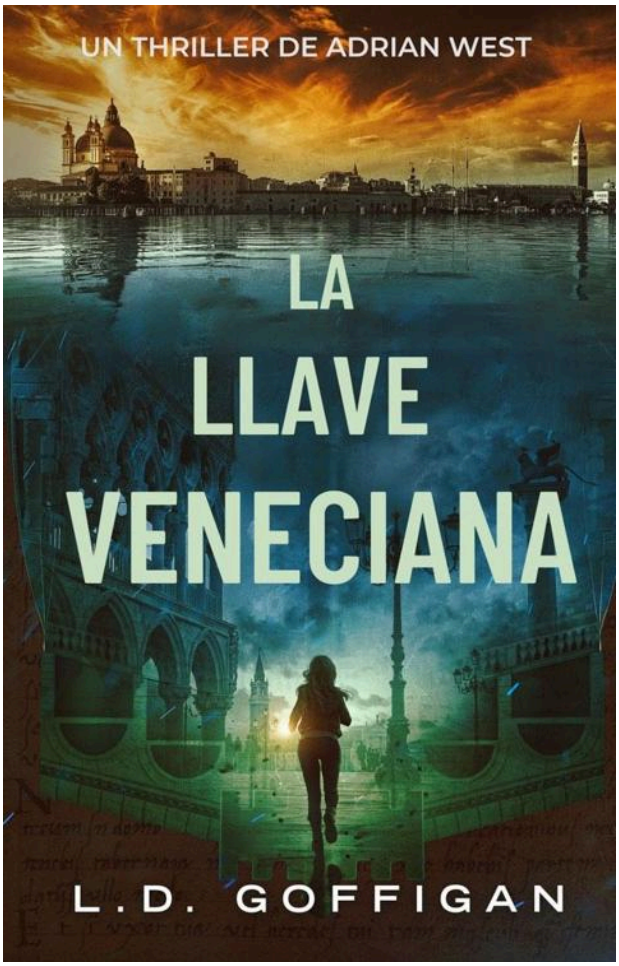
LA LLAVE QUE BUSCAS SE ENCUENTRA EN LA CIUDAD FLOTANTE

—¿La ciudad flotante? —preguntó Nick con el ceño fruncido.

Adrian encontró su mirada, su corazón acelerándose. —Venecia.

La aventura continúa en el Libro Cuatro, LA LLAVE VENECIANA. ¡Comience a leer ahora!

LA LLAVE VENECIANA



Un secreto estremecedor. Una llave perdida hace mucho tiempo. Una persecución letal...

Después de que una misteriosa carta convoca a Adrian West y Nick Harper a Venecia, una revelación del pasado hace añicos el mundo de Adrian...

Deberán recoger los fragmentos para seguir un rastro de pistas enigmáticas, desentrañando los hilos de una conspiración arraigada profundamente en la historia veneciana.

En una carrera desesperada desde los canales de Venecia, las antiguas calles de Dubrovnik, hasta las reliquias de la era bizantina de Estambul, Adrian y Nick deben impedir que una sociedad clandestina lleve a cabo una agenda letal con siglos de antigüedad que podría significar la extinción de la humanidad...

¡Comienza a leer ahora!

NOTA DEL AUTOR

Atlantis ha inspirado nuestra imaginación colectiva durante siglos. Siempre me ha parecido fascinante, y me intrigaba la idea de una Atlantis histórica. ¿Cómo sería una Atlantis histórica, si existiera? Ese fue el punto de partida para la última aventura de Adrian.

La única mención de Atlantis que tenemos actualmente proviene de los diálogos de Platón *Timeo* y *Critias*. Si existiera una Atlantis histórica, lo primero que necesitaríamos sería otra mención histórica verificable —de ahí el papiro de Solón, mi invención para los propósitos de esta novela.

Solón fue una persona real, un estadista ateniense mencionado por Platón en sus escritos sobre Atlantis.

El Lineal A y los jeroglíficos cretenses son sistemas de escritura reales sin descifrar de la antigua Creta. Y aunque el Lineal B, que ha sido descifrado desde la década de 1950, se ha utilizado para analizar el Lineal A, ambos sistemas de escritura permanecen sin descifrar.

Las lenguas pre-griegas son fascinantes, son una lengua o lenguas habladas antes de las lenguas de la familia indoeuropea, de las que descienden muchas de las principales lenguas del mundo. Se desconoce mucho sobre estas lenguas y solo se teoriza sobre ellas, su existencia fosilizada en palabras de otros idiomas. No existe ningún escrito conocido de estas lenguas. La etimología de la palabra Atlantises teorizada por algunos lingüistas como de origen pre-griego. Seguí esta teoría, dándole el nombre pre-griego Atai,

que inventé basándome en lo poco que sé sobre el sustrato pre-griego.

Como se menciona en la novela, hoy se encuentran las ruinas de tres complejos palaciegos minoicos en Creta; he tenido el placer de visitar Knossos, y es realmente magnífico en persona. La cordillera de Dikti también existe, pero el santuario de la cueva en la cima que encuentran, junto con el petroglifo del laberinto, es invención mía.

Los santuarios de cumbres, los nuragas y los templos de pozo existen, aunque la noción de que los pueblos antiguos los usaran como puntos de referencia direccionales es invención mía. (En ese sentido, la isla de Icaria existe, pero el santuario en la cima que señala a Troya también es invención mía).

Los sitios arqueológicos de Troya y Mileto existen, completos con el caballo de madera cerca de la entrada para que los visitantes lo vean, así como las capas marcadas por los excavadores de las diferentes capas de Troya, incluida la Troya descrita por Homero. Mileto tiene la conexión con Creta que mencioné en la novela (incluso hay un lugar llamado Mileto en Creta), pero el símbolo del laberinto encontrado es invención mía.

No tenía idea de lo rica que era la cultura antigua de Cerdeña hasta que comencé mi investigación para esta novela. Mis personajes originalmente iban a dirigirse directamente a España desde Turquía, pero había demasiados jugosos detalles históricos en Cerdeña para que los ignorara. El laberinto tallado en la pared de la tumba de Luzzanas, por ejemplo, existe y es bastante parecido a como lo describo, aunque aún no he tenido el placer de visitarlo. El templo del pozo de Santa Cristina también existe como lo describo en la novela, aunque su estatus como punto de referencia direccional es invención mía.

He estado en dos de las islas Baleares de vacaciones, y sería fácil descartarlas como meras islas festivas, pero tienen una historia interesante y rica, con su impresionante cultura talayótica. Los sitios de las islas Baleares que visitan mis personajes existen, aunque inventé el túnel y embellecí algunas de las ruinas que encuentran en Bocchoris, así como los petroglifos que encuentran allí. La mención de Elías sobre símbolos de laberinto encontrados por todas las islas

también es invención mía; las estructuras talayóticas, sin embargo, sí se cuentan por cientos.

El laberinto es un símbolo antiguo sorprendentemente misterioso en su origen. Nadie puede afirmar definitivamente qué simbolizan, aunque hay abundantes teorías, muchas de naturaleza religiosa. La conexión en esta novela del símbolo del laberinto con Atlantis es invención mía, aunque los posibles significados coinciden con muchas de las teorías existentes.

CHSR es ficticio, junto con la sociedad secreta *Archaia Sofia*, aunque está basada libremente en la agencia de investigación griega FORTH, la Fundación para la Investigación y la Tecnología.

El fuego griego fue un arma antigua real que existió, funcionando con gran efecto para los bizantinos y otros ejércitos. Los militares hicieron un trabajo tan bueno ocultando cómo se hacía que su receta sigue siendo un misterio hasta el día de hoy, aunque abundan las teorías.

Para la ubicación de Atlantis, elegí las islas de Cabo Verde debido a su posición relativamente remota en el Océano Atlántico Norte y la naturaleza volcánica de las islas mismas; ciertamente es posible que una de estas islas pudiera hundirse bajo el océano después de una erupción violenta o un terremoto.

En mi investigación para esta novela, leí innumerables artículos, trabajos de investigación y, por supuesto, libros. Algunos de los recursos más útiles que utilicé incluyen *El nacimiento de la Europa clásica* de Simon Price y Peter Thonemann, y *1177 a.C.: El año en que la civilización colapsó* de Eric H. Cline, que es una lectura absolutamente fascinante que recomiendo encarecidamente, y sorprendentemente premonitoria para el mundo moderno.

Espero que hayas disfrutado de la última aventura de Adrian. Su aventura continúa en una de las ciudades más fascinantes del mundo... Venecia.

Hasta la próxima,

-L.D.G.

2022

OTRAS OBRAS DE L.D. GOFFIGAN

Aventuras de Adrian West

El código de Cleopatra

El engaño de Excalibur

La conspiración de Atlantis

La llave Veneciana

SOBRE LA AUTORA

L.D. Goffigan escribe thrillers trepidantes y novelas de acción y aventura con intriga histórica. Estudió cine y escritura dramática en la Universidad de Nueva York y actualmente divide su tiempo entre Francia y California.

Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla viajando a lugares que nunca ha visitado, leyendo el último libro que ha captado su interés o viendo documentales sobre misterios antiguos.

Para recibir notificaciones sobre nuevos lanzamientos, suscríbete al boletín de L.D. Goffigan. Los suscriptores también reciben alertas sobre sorteos y contenido exclusivo adicional.

¡Mantente en contacto!

ld@ldgoffiganbooks.com
ldgoffiganbooks.com